

Carlota Lanpani

mi

medio

limón

*Mi medio limón*



**Carlota Laupani**

© Carlota Laupani  
1ª Edición, enero 2020  
ISBN: 978-1676818892  
Diseño cubierta: Carlota Laupani

*Para Mario*

**Junio**

# Capítulo 1

*Si la vida te da limones, haz limonada.*

Eso es lo que dice mi madre siempre que las cosas se ponen un poco chungas. No es muy habitual que yo esté de acuerdo con ella en nada, pero, en este momento, me repito a mí misma una y otra vez la misma frase, a ver si surte efecto en mí.

Sé que a ella le funciona.

Al menos, su filosofía de vida consigue que sea mucho más feliz que la media de los mortales. Así que... ¿por qué no funciona conmigo?

Pero ¿cómo iba a funcionar después de esta traición?

—Juanma, no puedes hacerme esto. Joder, somos amigos. Además, ¿qué va a pasar con mis clientes?

—Lo siento muchísimo, Alicia, pero es definitivo. Tus clientes los repartiremos entre el resto del personal.

¿Definitivo? ¿De verdad?

Aparecen en mi cabeza imágenes bastante realistas de mí misma bailando alrededor de su tumba, al lado de una hoguera, y con plumas al más estilo *Cheroqui*.

Si hace dos días me hubieran dicho que hoy me iba a encontrar en una situación como esta, me hubiera reído. Muy fuerte. Porque Juanma y yo llevamos trabajando demasiados años juntos. Porque, hasta hace apenas unos minutos, lo consideraba un amigo.

Y, sin embargo, aquí me encuentro, debatiéndome entre las ganas de tirarme hacia su cuello para apretarlo entre mis dedos hasta estrangularlo, o echarme a llorar al más estilo bebé de dos años.

Trabajo para una agencia de representación de famosos. Soy una versión refinada y elegante de Toño Sanchís y Mario Vaquerizo, que se desloma por sacar adelante los mejores contratos para sus representados. Aunque, ahora ya...

Con lo que yo he sido. Con lo que yo he sido y con lo que lo he ayudado a sacar adelante esta maldita agencia. Y, ahora, va el tío y, con toda su cara de imbécil engominado, me echa.

¿Por qué?

Pues que alguien me lo explique. Porque hasta hace un día era la mejor de sus trabajadoras. Llevo con él desde que esto empezó, así que conozco todos los recovecos y entresijos de la empresa, a todos los compañeros. Por dios, pero si incluso estaba planteándome convertirme en socia.

¿Cómo hemos podido llegar a esto?

En una fracción de segundo, se me pasan por delante de los ojos todos los años que llevo trabajando aquí. Desde el primer día que entramos en el local, con una caja de cartón llena de bártulos de escritorio, hasta el mismo día de ayer, cuando entré por la puerta a primera hora de la mañana con un café cortado para llevar entre mis dedos. Inmediatamente después, se me viene a la mente mi casa.

¿Cómo voy a pagarla si me despide?

Suelto todo el aire por la boca, consiguiendo a duras penas no echarme a llorar. En condiciones normales, ni siquiera se me ocurriría arrastrarme, pero no puedo quedarme sin

trabajo. Llevo un nivel de vida que exige un flujo continuo de dinero. Si me quedo sin ingresos, será el fin de mis días.

De repente, siento una presión en el centro del pecho. Una presión tan física que tengo que llevarme la mano a esa zona, solo para intentar disolverla.

Es la desesperación.

Y es tal que tengo que contenerme para no arrodillarme a sus pies y suplicarle que no me deje en la calle.

Gracias a dios, o a saber tú a qué, no lo hago. A pesar de todo, mi orgullo sigue siendo mucho más fuerte que cualquier otro sentimiento.

Jamás me arrodillaría delante de nadie.

Yo no suplico.

Pero esto es algo que jamás voy a perdonarle. No solo me ha despedido, sino que ha destruido nuestra amistad.

Reúno la poca dignidad que me queda, y me levanto de la silla.

—Esto no te lo voy a perdonar, Juanma.

—Alicia... no me amences. —El tono de su voz es tan impertinente que tengo ganas de escupirle. Le dirijo mi mirada de odio más letal.

¿Que no lo amenace? Acaba de tirar por la borda ocho años de amistad y a su trabajadora más competente.

¿Y me dice que no lo amenace? Lo descuartizaría con mis propias manos si no estuviese tan preocupada por cómo narices voy a pagar mis facturas de ahora en adelante.

Vuelvo a echarle otra mirada cargada de ira y, negando con la cabeza, cojo mi bolso colgado del reposabrazos de una de sus carísimas sillas.

Abro la puerta para salir de su despacho lo más rápido posible, pero, antes de marcharme, le dirijo las últimas palabras que pienso pronunciar en su dirección.

—No me llames cuando todo se vaya a la mierda, porque no pienso volver. —Salgo de su despacho dando un portazo, aunque lo oigo responder que no piensa hacerlo.

Que te den Juanma.

Que te den a ti y a tu empresa de los cojones.

Mierda.

Y, ¿ahora qué voy a hacer?

## Capítulo 2

Camino por el largo pasillo que separa el despacho de mi ya exjefe del resto de la oficina, sintiendo cómo el muro de contención que soporta el peso de mis lágrimas se va rompiendo a cada paso que doy.

Y mira que yo no lloro, pero qué difícil se me está haciendo aguantar las malditas lágrimas.

Antes de volver a mi mesa para recoger todas mis cosas, me paso un momento por el baño. Necesito coger aire unas cuantas veces para no echarme a llorar como un maldito bebé delante de todo el mundo. Compruebo que no hay nadie en ninguno de los cubículos y me miro en el espejo con resignación.

*Pero mira que eres tonta, Alicia. Y tú que pensabas que te iba a proponer como socia...*

¿Cuánto de cliché tiene esta situación?

Me paso la mano por la frente, mientras pestañeo unas cuantas veces mirando hacia el techo de pladur. Cuento los cuadrados que hay en él, mientras me obligo a respirar por la nariz y a soltar el aire por la boca.

Mi vida... ¿qué va a ser de ella de ahora en adelante?

Les suplico a mis lágrimas que me apoyen, que no se pongan a caer ahora mismo, pero una maldita hija de su madre se desborda de mis ojos y comienza a rodarme por la cara.

La aparto de un manotazo, llena de rabia y frustración, y me acerco al primer cubículo que encuentro para coger un trozo de papel higiénico.

Vuelvo a mirarme en el espejo.

Genial. Me ha dejado marca sobre el maquillaje.

Cómo no.

Paso el papel por la zona para secarme el estrecho riachuelo que se ha quedado dibujado sobre mi mejilla y apoyo las manos en el lavabo para volver a coger aire de nuevo.

Tendré que buscar otra cosa... a lo mejor, puedo hablar con mis clientes para intentar salvar algunos de los contratos.

Pero no querrán.

Por desgracia, Juanma ha conseguido formar una buena agencia, y el respaldo que eso te da... no creo que nadie se arriesgase a estar con una persona que acaba de empezar de cero.

Me maldigo a mí misma.

Tendría que haber huido de aquí antes de que las cosas se pusieran tan feas. Tendría que haber previsto que esto iba a pasar.

Pero confiaba en él.

Confiaba en su amistad y en su profesionalidad. Sin embargo, acaba de demostrarme que pesa más un rechazo que una relación de varios años. Que le han pesado más la vergüenza y el orgullo.

Espero unos minutos más dentro del baño, suplicándole al cielo que no entre nadie y me vea en este estado. Tengo que recomponer mi fachada de mujer dura y segura. Tengo que mostrar que no me afecta el haber perdido mi puesto de trabajo después de llevar cuatro años dejándome el lomo en esta maldita agencia. Porque, joder, sí, tengo una reputación de tía dura y no me da la gana de que un soplagaitas con tres kilos de gomina me haga perderla.

*Si la vida te da limones, haz limonada.*



La vocecita insidiosa de mi madre aparece de nuevo en mi cabeza y, de verdad, estoy teniendo serios problemas para decidir si quiero echarme a reír histéricamente o romper a llorar. Me la imagino a ella, con sus vestidos largos, su pelo ondulado sujeto con un gancho en un elaborado recogido, con su vocecita angelical y su tono celestial, recordándome que lo importante no es el trabajo, sino la felicidad. Que las cosas materiales no tienen tanto valor, sino el cómo se siente uno por dentro. Que lo que tengo que hacer ahora es buscar un objetivo en la vida, algo que me haga soñar, algo con lo que crea que puedo ser feliz, aferrarme a ello y conseguirlo. Me la imagino diciéndome todo eso y tengo ganas de arrancarme los malditos ojos.

Después de unos cuantos minutos, no sé cómo, pero consigo tranquilizarme. Al menos lo suficiente como para salir del baño, recoger mis cosas y marcharme para casa. Allí ya podré hacer lo que más me plazca. Estaré a mi libre albedrío para echarme a llorar, reír como una histérica, o repetir una y otra vez la frasecita de mi madre como si fuese una psicótica.

Me dirijo directamente hacia mi mesa, pero luego me doy cuenta de que no tengo nada donde meter todas las chuminadas que he ido almacenando en mi mesa a lo largo de todos estos años. Me rasco un ojo para disimular una mueca de desazón, antes de caminar a paso raudo hacia la sala de fotocopias, donde encuentro una caja de folios vacía.

Cuando vuelvo hacia mi mesa, algunos de mis compañeros ya me están mirando con cara de circunstancias. Seguro que ya lo sabía todo el mundo menos yo.

Joder.

Metó dentro de la caja un par de marcos de fotos. En una salgo con mi madre y con mi hermana y en la otra con mis amigas de la universidad. No quiero ni mirarlas. Meto también mi agenda con todos mis contactos, unas cuantas revistas de moda en las que salen algunos de mis clientes más importantes, e incluso una grapadora, un bote de bolígrafos y unos subrayadores. A tomar por saco. Llegados a este punto, me importa una mierda si me denuncian por ladrona de material de oficina.

Cuando levanto la vista de mi mesa, ya casi vacía, me encuentro con la mirada de Pepa, mi única amiga dentro de la empresa.

—¿Qué haces? —me pregunta.

—Me ha echado.

Sus ojos se abren de par en par.

Veó cómo algunos de los otros compañeros que escuchan la conversación reaccionan a mis palabras. Puedo ver incluso la alegría dibujada en unas cuantas caras. Les hago una peineta mental, me pongo la americana, me cuelgo el bolso del hombro y cojo la caja con mis pertenencias.

Camino hacia el ascensor y bloqueo mi cuello, a sabiendas de que me va a costar una contracción, para no volver la vista atrás. Si lo hago, o me echo a llorar o monto un harakiri.

—¡Espera! —Pepa corre detrás de mí y se mete conmigo en el ascensor—. No me puedo creer lo que te ha hecho ese cabrón, Ali. Se está vengando de ti por lo que pasó en la fiesta.

—Me la suda, Pepa. No quise acostarme con él porque yo pensaba que éramos amigos y porque no quería tener ese tipo de relación con mi jefe. Pero... joder, más me valía haberlo hecho. —Miro la caja que llevo entre los brazos y suspiro con resignación.

Cuatro años de mi vida... ¡cuatro! Y, ¿en qué se traducen? En una agenda, dos marcos de fotos y artículos de papelería robados metidos de cualquier forma en una caja de folios vacía.

—¡Eso no lo digas ni en broma! —me regaña ella.

Cuando llegamos al *hall* del edificio, le pido que me sujete un segundo la caja mientras le doy mi pase al portero.

—Ya, tía. Tienes razón. Lo siento. Es que esto es una putada. —Salimos al exterior del edificio y ella me acompaña hacia mi coche. Dejo la caja en la parte de atrás y le doy un breve abrazo—. Te voy a echar de menos, *corazona*.

—Joder, yo sí que te voy a echar de menos. ¿Qué voy a hacer ahora con todos esos cráneos vacíos cubiertos de gomina?

Suelto una risita triste mientras niego con la cabeza.

—No podrán contigo, *Peppa Pig*. Hazte valer. Nos vemos un día de estos y me cuentas cómo van las cosas sin mí, ¿vale?

—Claro. Te llamo mañana. Cuídate.

—*Ciao*.

Me monto en el coche y le digo adiós con la mano antes de incorporarme al tráfico. Según me voy alejando del que ha sido mi lugar de trabajo en los últimos cuatro años, me voy derrumbando poco a poco.

Menuda mierda.

## Capítulo 3

Cuando llego a mi casa, solo me apetece una cosa. Beber. Beber hasta emborracharme. Beber hasta que no sea consciente de nada. Pero, antes de ponerme manos a la obra, llamo a la descerebrada de mi hermana. A lo mejor, ha faltado a clase y le apetece emborracharse conmigo.

—*¿Qué pasa, Ali?* —Su voz cantarina me saluda desde el otro lado del teléfono.

—*¿Qué haces?*

—*Hola a ti también, hermana mayor. Pues nada... aquí, pasando el rato.*

—*¿Eso quiere decir que estás tocándote los cojones tirada en el sofá?*

—*Estoy en la cama.* —me corrige.

—Bueno, para el caso, patatas. *¿Quieres venir a emborracharte conmigo?*

—*Ali, tía, son las once de la mañana. ¿No es un poco pronto?*

—*Joder, Juli, pensé que molabas. Tú eres la hermana porreta, ¿no?*

—*Bueeeeno... pero solo si me cuentas qué ha pasado, por qué estás en casa a las once de la mañana y no trabajando.*

—*¿No es obvio?*

—*Te ha echado, ¿no?*

—Exacto. —Ella suelta un gruñido.

—*Menudo cabrón, el Gominas. ¿Por qué?*

—Pues porque... no lo sé, tía. Porque le ha dado la gana.

—*¿Sabes que puedes denunciarlo por despido improcedente?*

—Bueno, a ver... —Me rasco el cuero cabelludo con inquina—. Quizás haya perdido un buen contrato hace poco.

—*¿Qué dices, Ali. Si tú eres la hostia en lo tuyo. ¿Con quién?*

—Con una niñata asquerosa que estaba poniendo a prueba mi paciencia. —Dejo escapar un suspiro y me froto la frente—. Le dije que mi tiempo valía mucho y que no podía esperar por ella tres horas solo porque fuese una *modelucha* anoréxica de tres al cuarto.

—*Hostia, tía... vale.*

—Y puede ser también porque en la última fiesta de empresa Juanma se me insinuó y le dije que no. —Suspiro—. En fin... *¿Vienes?*

—*Mmm.... Bueno, dame media hora o así. ¿Te voy a encontrar desmayada cuando llegue?*

—Es bastante probable.

—*Entonces me daré prisa.*

En cuanto cuelgo el teléfono, tiro los zapatos de tacón bien lejos, me quito la falda de tubo a tirones y me desabrocho la camisa.

Abro el mueble del salón donde guardo las bebidas alcohólicas, y saco una botella de whisky. Bebo a morro, así, a palo seco.

Caliente y asqueroso.

Y es un puto whisky de quince años que me regalaron unos amigos por una fiesta que di hace unos meses. Me duele desperdiciar una cosa así en una situación como esta, pero... qué cojones, la ocasión lo merece.

Le voy dando besitos de amor a mi botella de whisky hasta que mis tripas rugen sin

consideración.

¿Qué voy a hacer ahora?

Tengo una hipoteca y facturas que pagar. ¿Por qué me ha tenido que pasar esto a mí? Con todo el esfuerzo y sacrificios que he hecho para la empresa. Con todas las noches sin dormir, con todas las cenas aburridas a las que he tenido que asistir, con toda la gentuza con la que he tenido que tratar... y, ahora, estoy en la calle.

No puedo aguantarlo más y me echo a llorar. Me rompo en mil pedazos, como hacía demasiado tiempo que no pasaba.

Es bastante posible que no haya llorado tanto desde la muerte de mi padre, pero esto me supera. Lloro desconsolada, bebiendo a morro de la botella de whisky, mientras espero a la idiota de mi hermana, que está tardando demasiado en llegar.

Sigo bebiendo y, justo cuando oigo la puerta de mi casa abrirse, me doy cuenta de que me he bajado más de media botella.

—¡Hola, cariño! Ya estoy en casa. —Mi hermana aparece en el salón de mi casa con una sonrisa reluciente. Lleva su pelo rubio atado en una especie de nido de pájaros en lo alto de la cabeza, una camiseta llena de rotos y unos pantalones cortos totalmente deshilachados.

—Vete a la mierda, Julieta. ¿Qué estabas haciendo para haber tardado tanto? ¿Follarte a Romeo?

—A la mierda te vas tú, que estás más cerca. —A veces me sorprende que, con sus veinte años, todavía siga utilizando expresiones propias de un niño de diez—. Y no, he tenido que coger el metro para venir hasta aquí. —Se deja caer a mi lado en el sofá y me mira con el ceño fruncido — ¿Y tú? ¿Te has ido de fiesta con el Sombrerero, o qué?

—Puf, vaya original, hermanita. Te superas con los años...

—No voy a tomarme en serio tus comentarios hirientes porque sé que estás jodida —dice ella, haciendo gala de la madurez que tiene, casi todo el tiempo—. ¿Entonces, qué?

—Pues nada, eso, que a la puta calle.

—Bueno, Ali, ya encontrarás otra cosa.

—Ya... pero mientras tanto, ¿de dónde leches voy a sacar la pasta para pagar la hipoteca?

—¿No tienes nada ahorrado?

—Pues... sí, algo. Pero no lo suficiente.

—En fin, no te rayes por eso ahora. —Se arrima a mi lado poniéndole ojos golosos a mi whisky—. ¿Me das un sorbo?

—No, Juli. Cógete tú otra botella, que esta es mía.

—Oh, dios mío. Has pasado de ser Alicia en el País de las Maravillas al puto Gollum. Ya verás cuando se entere mamá.

—De esta ni media, ¿eh? —La amenazo con el dedo—. No se te ocurra decirle nada.

—¿Por? —Mi hermana se levanta del sofá y camina hacia el armario de las bebidas—. Seguro que puede echarte un cable.

—Paso, Juli. Como le digas algo, me enfado.

—Vaaaaaaaale. No saldrá nada de esta boquita mía. —Se pone a revolver entre mi alcohol hasta sacar una botella—. ¿Puedo beberme tu ginebra?

—Más te vale, que te conozco. Y no, esa botella vale casi cincuenta euros.

—Joder, Ali, la última vez que me chivé de algo a mamá tenía doce años. —Ella coge la botella de ginebra que le he dicho que no podía beber, la abre, y le da un trago.

—Bueno, pero le dijiste que me había escapado por la ventana de mi habitación para *follar* con mi novio. ¿Te parece poco?

—Bah, tía. Cero rencores. Ni siquiera sabía exactamente qué cojones era follar. Por cierto, no sé cómo puedes beber esa mierda caliente. Esto parece pis de gato. ¿Tienes hielo en el congelador?

—Pues bien que lo sabes ahora, ¿eh, zorrón? Y sí, hay hielo.

—Vete a la mierda. —Mi hermana me hace una peineta justo antes de salir del salón para ir hacia la cocina.

—Vete tú, que estás más cerca —le grito con todas mis fuerzas, antes de darle un trago a la botella y volver a echarme a llorar.

## Capítulo 4

Mi hermana pasa conmigo toda la mañana, pero, a eso de las tres, y en vistas de que yo no tengo pensado levantarme del sofá para prepararle algo de comer, me dice que se va.

—Me muero de hambre, Ali. Y estoy súper pedo.

—Maldita traidora. Te has bebido mi botella de ginebra de cincuenta euros. —Soy consciente de que arrastro las palabras, de que mis párpados apenas se sostienen abiertos y de que yo también tengo hambre. Pero prefiero morir de inanición antes que levantarme del sofá.

—Vente conmigo a comer a casa de mamá.

—Ni de coña. Estoy borracha. Tú también estás borracha. ¿Qué va a pensar de sus dos hijas, si ambas llegan borrachas?

—Pues que la hija mayor pervierte a la pequeña, que es dulce y buena.

—Exacto. Paso.

—Bueno, vengo luego, ¿vale?

—Adiós.

En cuanto oigo la puerta cerrarse, me arrastro por el suelo hasta llegar al mueble de las bebidas, y saco otra botella.

Encuentro un aguardiente que compré en un pueblo hace varios años, y lo huelo. Bah, servirá.

Vuelvo a arrastrar el culo hasta el sofá y apoyo la espalda contra él. Le doy un trago a la botella y no puedo evitar poner una mueca. El sabor fuerte y dulzón contrasta con la sequedad del whisky. Pero tengo la lengua tan dormida que no me importa.

El aguardiente llega a mi estómago, lleno únicamente de alcohol, y siento cómo explota al mezclarse con el líquido ambarino. Se me suben a la boca efluvios ácidos y tengo ganas de vomitar, pero no lo voy a permitir. Necesito el alcohol para que la opresión del pecho deje de dolerme. Necesito el alcohol para dejar de pensar durante un rato. Seguro que al segundo sorbo ya no me da tanto asco. Ni al tercero, ni al cuarto...



De repente, abro los ojos. Me he debido de quedar dormida, porque ya está oscuro en la calle. No sé ni cómo consigo levantarme, pero lo hago. Deslizo los pies por el parqué hasta llegar a mi cama, donde me dejo caer con pesadez.

Que me despierten cuando ya todo haya pasado, por favor.



Mi hermana es la persona que me despierta, pero no cuando todo ha pasado, sino a las doce de la mañana del día siguiente.

—Joder, Ali, aquí huele a tigre borracho. Date una ducha, por favor.

—No. —Farfullo contra la almohada mientras ella abre las ventanas.

—Que sí, venga. He traído el desayuno.

—No quiero comer.

—¿Seguro?

—Me duele todo —protesto.

—Eso lo arreglan un café y unos cruasanes, venga.

—Que no, joder.

—Bueno... como tú quieras.

La oigo salir de la habitación, dejando todas las ventanas abiertas. Aguanto un rato sin moverme, resistiéndome a levantarme, resistiéndome a que la desidia abandone mi cuerpo. Pero hace frío, mucho frío. Así que termino levantándome para cerrar las malditas ventanas.

—Veeeeeenga —me grita mi hermana desde la cocina—. Ya que te has levantado a cerrar las ventanas, ven a desayunar.

Le hago una mueca a la puerta. Ella no puede verme, pero deseo con todas mis ganas que le llegue mi odio a través del pasillo.

Con un gruñido, arrastro los pies hasta el baño.

Tengo una pinta horrible.

Me desmaquillo, incidiendo en los churretones de rímel corrido que me llegan hasta la barbilla y me lavo los dientes. Normalmente, lo hago después de desayunar, pero hoy mi boca necesita un enjuague urgente. Después de asearme un poco, me siento algo mejor, así que camino hacia la cocina para desayunar con mi hermana.

Me recibe con un plato lleno de cruasanes, café recién hecho y una sonrisa de listilla. La miro con desgana y me dejo caer en una banqueta frente a la suya, antes de estirar el brazo para escoger a mi primera víctima.

El primer trozo de cruasán que hace contacto con mi boca me sabe a gloria bendita. Llevo un día entero sin comer y ayer me metí entre pecho y espalda una botella entera de whisky y media de orujo. Creo que me lo merezco.

Engullo como una loca por lo menos cuatro cruasanes. Apenas consigo tragar, porque tengo la garganta seca, pero no puedo dejar de comer de forma compulsiva. Suspiro con resignación. Mi hermana me mira con una expresión extraña; una mezcla entre diversión, preocupación y nerviosismo.

—¿Qué? —le digo con la boca llena.

—Nada, nada. Tú come —contesta ella, negando con la cabeza.

Le respondo con un gruñido mientras engullo el último trozo de cruasán. Tomo un trago de café, que me ayuda a deslizar por mi esófago todo el bolo.

No sé qué decirle. Estoy triste y enfadada. ¿Qué se supone que voy a hacer ahora con mi vida?

Julieta me mira todavía con esa expresión extraña, así que me levanto de la banqueta y voy hacia el salón. Me dejo caer en el sofá para digerir cual boa todos los cruasanes que me he zampado y cierro los ojos. Oigo cómo mi hermana arrastra los pies por el parqué hasta llegar al salón, y se sienta a mi lado.

—¿Qué vas a hacer? —me pregunta.

—No sé. Morirme. Seguir emborrachándome. Morirme borracha.

—No seas melodramática, Alicia —me regaña ella—. Tendrás que buscar un trabajo o algo...

—Pero ¿no eras tú la hermana hippy que pasa de todo? ¿Por qué no vas a fumarte unos canutos con tus amigos los melenudos y me dejas en paz? —La miro con una ceja levantada. Ella suelta un gritito de indignación y se levanta del sofá de un salto.

—Pues mira, sí, eso es lo que voy a hacer, porque ya me tienes hasta el higo. —Va hacia la cocina y vuelve con su bolso en la mano—. Cuando se te pase la rabieta de niña pequeña, me llamas.

—Que te den.

—No pienso seguirte el juego. Me piro.

Cuando oigo el portazo, cierro los ojos de nuevo. Me coloco en una posición cómoda para pasar así el resto de la eternidad y dejo que mi infelicidad me absorba el cerebro.



## Capítulo 5

Me paso varios días en estado vegetativo. Poco más hago que levantarme para coger una botella de alcohol, pedir comida china y hacer mis necesidades fisiológicas. Ni siquiera me he duchado desde hace por lo menos tres días, pero no me importa.

Mi hermana me mandó un mensaje el otro día diciéndome que no pensaba venir a salvarme el culo hasta que no me disculpase o le pidiese ayuda. Y yo, como soy la persona más orgullosa del mundo, no he hecho ninguna de esas dos cosas ni lo pienso hacer.

De hecho, es Pepa la que viene a mi casa, preocupada por que no le haya respondido a las llamadas.

El timbre de la puerta suena y suena, pero no es hasta que la oigo aporrear la madera gritando mi nombre que no me levanto del sofá. Y lo hago más porque no quiero que los vecinos piensen que me he muerto ahogada en mi propio vómito que por ganas de darle explicaciones, la verdad.

Cuando abro la puerta, la cara de Pepa se desencaja.

—Hostia, Ali. Tienes una pinta horrible.

Le gruño como respuesta, pero me hago a un lado para que pase.

—Tía... ¿a qué huele aquí? —Su nariz se frunce en un gesto de repulsión. Yo me encojo de hombros—. ¿Hace cuanto que no te duchas, marrana?

—No sé... tres días o así.

—Joder, Ali, tía, esto no puede seguir así. Venga, para la ducha inmediatamente.

Mi yo interno se resiste a hacerle caso, pero soy consciente de que tiene razón. Huelo a tigre borracho.

Cuando salgo de la ducha, me siento un poco mejor. Al menos, he sido capaz de hacer desaparecer todo el sudor que tenía pegado en la nuca.

—¿Ves? Mucho mejor así. Te he preparado algo de comer, porque... —señala todos los envases de comida rápida que he ido almacenando durante estos días— me temo que tú no lo has estado haciendo últimamente.

Suelto una risita triste, y me dejo caer en una de las banquetas de la isla de mi cocina. Pepa me pone delante un humeante plato de pasta y mis tripas rugen con ansiedad. Empiezo a comer sin demasiado cuidado, sin prestarle siquiera atención a mis papilas gustativas, que están muriendo achicharradas por la alta temperatura de la comida.

Pepa me cuenta cosas de la empresa, pero apenas me apetece saber nada del tema. Asiento y pongo cara de aburrimiento cuando la situación lo requiere, pero no estoy escuchándola.

—Bueno, y ¿ahora qué? —me dice ella, cuando hemos terminado de comer—. ¿Te vas a poner a buscar otra cosa?

—No me queda más remedio...

—Pues venga, al lío. Toma. —Me acerca mi ordenador portátil con unas cuantas páginas de empleo abiertas—. Empieza por ahí.

Asiento con resignación y me encamino en la tediosa tarea de buscar empleo.

## Capítulo 6

A veces me da la sensación de que la vida es una broma macabra. Parece que hay alguien controlando todas las cosas que te ocurren, que se venga de ti por todo lo que hiciste mal. No creo que haya un Dios religioso juzgando y perdonando, pero... alguien tiene que estar puteándome a conciencia, porque, si no, nada tiene sentido.

Quince días. Quince días con sus veinticuatro horas es lo que he aguantado, echando currículos, mirando páginas web que ni siquiera sabía que existían. Y son, exactamente, los mismos quince días que he tardado en desesperarme.

¿Cómo es posible que la gente aguante meses y meses en esta misma situación? ¿Qué cojones es lo que piden las empresas para contratarte? Porque unas veces no lo hacen porque no tienes experiencia suficiente, otras porque la experiencia que tienes es más de lo que ellos requieren, otras porque tu formación no es la que necesitan, otras porque están buscando a alguien de un rango inferior para pagarle mucho menos de lo que te pagarían a ti por hacer el mismo trabajo, otras porque... Creo que lo he dejado claro, ¿no?

Durante todos estos días, me he dado cuenta también de lo afortunada que fui al empezar a trabajar con Juanma. Puede que haya sido un hijo de puta después, pero... joder, tenía veintidós años cuando conseguí mi empleo. Eso, por lo que ahora puedo comprobar, no es que sea demasiado común.

Después de terminar la carrera de Publicidad y Relaciones Públicas, hice un máster en Representación de artistas y deportistas. Y fue allí donde me encontré con Juanma, un antiguo compañero de la carrera. Él era más intrépido y arriesgado que yo y, después de hacer las prácticas, dijo que quería empezar su propio negocio. Nos costó mucho, muchísimo, porque... claro, éramos jóvenes, empezábamos de cero y... no nos conocía ni perri. Pero, poco a poco, fuimos abriéndonos camino, yendo a fiestas donde conocíamos a gente importante que luego nos presentaba a otra gente... fuimos creándonos un nombre, un prestigio, y haciéndonos respetar. Cuando, al segundo año, no podíamos entre los dos, él fue contratando gente, asociándose con otras agencias de representación más importantes y, cuando alcanzamos el culmen, va y me echa.

Y, lo peor, sé a ciencia cierta que no es porque perdiera el contrato de la modelo aquella. Lo sé porque, después de que ocurriera, lo llamé para contárselo y él se echó a reír. Se rió porque sabía que había cosas por las que yo no pasaba y él me conocía bien.

Así que... supongo que el único motivo que me queda es que se insinuó, y yo lo rechacé. Me parece un poco pretencioso pensar que esa es la razón, pero... tiene que ser eso.

Presiento que estoy llegando a mi límite después de revisar mi email por enésima vez en la última hora para encontrar la bandeja de entrada vacía.

He intentado mantener a raya todos mis impulsos de seguir emborrachándome, de abandonarme a la melancolía y esperar a que alguien me rescate. No es que yo me considere una persona débil, pero es bastante posible que no lo haya sido hasta ahora porque no he tenido la oportunidad.

Desde los diecisiete años he tenido que tirar de mí, de mi vida, de mi casa, de mi hermana y de mi madre. Y, ahora, que había conseguido independizarme de eso, de esa responsabilidad que me quedaba demasiado grande, pero a la que a su vez no tuve más remedio que enfrentarme, veo que

me deshago.

Me siento caer como una figura de ceniza prensada dentro de una urna. He sido capaz de soportar el tipo durante un tiempo, encerrada en mi caja de plástico, pero en cuanto han echado abajo el muro que me protegía, me he desintegrado.

Y no me gusta.

Porque eso me recuerda a mi madre. Y yo no quiero ser como ella. No quiero ser débil, ni blanda. Quiero ser dura, quiero ser resistente. O mejor, quiero ser elástica. Poder adaptarme a las situaciones, adquiriendo la forma precisa, alcanzando las esquinas más oscuras y las curvas más pronunciadas. Solo así, siendo elástica, puedes resistir. Porque... una piedra puede romperse al caer, perder pequeñas lascas y esquirlas, que la van debilitando, que van volviendo más vulnerable su núcleo, que la van desgastando. Pero una goma... hay que estirar mucho para que una goma se rompa.

Así que me convierto en goma.

Después de todos estos días sin apenas salir de casa más que para comprar algunos víveres, sigo el consejo que me dio Pepa el otro día: “date un paseo, tómate un café en una cafetería bonita, despéjate, no dejes que la rabia te consuma, dúchate y... ¡no bebas más!”.

Me arreglo mínimamente, guardo el ordenador portátil en la cartera y me marcho a dar un paseo, a ver si encuentro algún sitio bonito donde me den un café y, a cambio, me presten su *wifi*.

Voy dando un paseo tranquilo, respirando el aire contaminado de la ciudad. El sol brilla esta mañana, y yo me he puesto unos zapatos demasiado altos, así que voy despacio, para que no me hagan daño. Aunque, en realidad, ya nada me hace daño. Estoy tan acostumbrada a usar ese tipo de calzado que mi pie reclama las alzas cuando no llevo tacones. A lo mejor, debería dejar de usarlos. Siempre he oído que son malos para la espalda y... en fin, no lo sé, quizás no me venga del todo mal cambiar un poco de vida.

A un par de calles de mi casa, encuentro una cafetería en la que no había reparado hasta ahora. Lo cierto es que nunca he sido mucho de cafeterías. Lo mío eran los cócteles y las fiestas. Pero supongo que eso se ha terminado. Al menos, por el momento.

El nombre de la cafetería me llama la atención.

Limón y medio.

No sé si es una casualidad, o una ironía del destino, pero me recuerda tanto a la frasecita de mi madre que no puedo contenerme y camino hacia allí.

Abro la puerta, empujándola con cuidado, y unas campanillas tintinean desde lo alto. Enseguida me abruma todo el olor a café recién hecho y repostería. Es una de esas cafeterías coquetas, con plantas colgando de cestas al lado de los ventanales que dan hacia la calle, con los suelos de madera y las paredes en color crema. La gente, sentada en sus mesas, charla animadamente, mientras le dan breves sorbos a sus tazas de café.

No sé por qué, pero se me escapa una sonrisa. Oteo todo el lugar, buscando una mesa libre, y encuentro una al final, junto a la pared. Camino, bordeando el resto de mesas y sillas, y me acomodo en el que será mi espacio durante, al menos, un par de horas.

Abro el maletín y saco el ordenador, que coloco sobre la mesa. Estoy tecleando la clave de acceso cuando siento una presencia junto a mí. Levanto la vista y me encuentro con un chico. Lleva el pelo largo anudado en un moño a la altura de la nuca, la barba mucho más larga de lo que debería y espera con una sonrisa divertida a que deje de escrutarlo para hacer mi comanda.

—¿Qué vas a tomar? —me pregunta en tono divertido.

Me quedo un segundo de más observándolo, con los ojos entrecerrados. Estoy segura de que podría ser un chico muy guapo si se quitase todo ese pelo de la cara, pero...

—Un café cortado, grande, a poder ser. ¡Ah! Y un vaso de agua.

—Marchando. —Él se despide de mí, con una inclinación de cabeza y vuelve hacia la barra.

No sé por qué, pero mis ojos van directos hacia su culo, envuelto en un pantalón negro bastante apretado y sujeto por unos tirantes del mismo color a sus hombros. Sigo subiendo mi mirada por su cuerpo, y me deleito al comprobar que su espalda musculosa está cubierta por una camisa blanca. Meneo la cabeza un par de veces. No es mi prototipo de chico, al menos en cuanto al estilismo, pero debo admitir que no está nada mal.

Camina con gracia hacia la barra, demostrando seguridad en sí mismo. Y no es para menos. Estoy segura de que ronda el metro noventa de estatura, y sus hombros forman un triángulo invertido con su estrecha cintura.

Mi ojo profesional empieza a funcionar. Si él quisiera, podría trabajar como modelo. Seguro que muchas firmas de ropa se lo rifarían para que protagonizase su próxima campaña. Además, con ese estilo tan bohemio y alternativo que lleva y que tan de moda se ha puesto en los últimos tiempos, no tendría ningún problema para encajar en el mundillo.

Sin embargo, tiene una sonrisa muy bonita y sincera. Con grandes dientes blancos, aunque ligeramente torcidos, lo justo como para hacerlo aún más atractivo. Habla con uno de los clientes que se acerca a la barra para pagar, y observo cómo se le crean unas arruguitas en las comisuras de los ojos al sonreír. De verdad, es un chico muy guapo. Y yo ya no sé si lo estoy mirando con ojos de mujer o con ojos profesionales, así que desvío la vista de nuevo a la pantalla. No me servirá de nada juzgar las apariencias del camarero si sigo en paro, así que tecleo en mi ordenador el enlace de las páginas web de empleo y retomo mi búsqueda.

Al cabo de unos minutos, oigo cómo alguien deposita una taza de porcelana con pinturas étnicas sobre mi mesa y un vaso de agua. Levanto la vista de la pantalla un segundo y me encuentro con los mismos ojos de hace apenas unos minutos.

—Gracias —digo, sonriendo de forma escueta.

—A ti.

No sé si soy yo, pero presiento que se demora un poco más de la cuenta en volver hacia la barra. Y yo, que no sé muy bien qué hacer en estas ocasiones, vuelvo a dirigir toda mi atención a mi ordenador.

Sin embargo, cuando retoma su trabajo, me encuentro a mí misma observándolo de nuevo durante más tiempo del que debería. Empieza a sacar tazas y vasos del lavavajillas, los seca con delicadeza con ayuda de un trapo, y los va colocando cuidadosamente en las estanterías que tiene tras él. Sonríe a todos los clientes, bromea con algunos con los que supongo que ya tiene algo de confianza, y le da las gracias a todo el mundo cuando van a marcharse.

En un par de ocasiones, me pilló mirándolo, y termino fingiendo que estoy absorta en un punto detrás de él por miedo a que piense que me he quedado embobada con su imponente figura. Lo veo sonreír, pero no con suficiencia, sino con educación, y eso hace que me sienta peor conmigo misma, porque, a lo mejor, estoy traspasando la línea. A mí me gusta que me los hombres me encuentren lo bastante atractiva como para desviar sus miradas hacia mí, pero no soporto que se conviertan en lascivia. Me muero del asco solo de pensarlo.

Cuando he terminado el café y ya no me quedan puestos para los que aplicar, cierro la tapa del ordenador, lo guardo en el maletín, y me acerco a la barra para pagar.

—Dime cuánto te debo.

—Uno cincuenta.

Saco de mi monedero el dinero y se lo doy.

—Adiós, gracias —me despido.

—Hasta la próxima.

No sé por qué su frase me ha sonado como una promesa. Como si estuviese seguro de que voy a volver, que va a haber una próxima vez.

Lo miro una última vez antes de salir del local y compruebo que me observa con una sonrisa amistosa. Se la devuelvo un poco tímida y me voy para mi casa, esperando de verdad volver a este sitio.

## Capítulo 7

Hay algo que no sabía hasta ahora, y es la cantidad de tiempo libre que te deja el no tener trabajo. Sin embargo, me parece que es un tiempo totalmente inútil. No me había dado cuenta hasta ahora de lo que es tener horas y horas para pensar, lamentarse, deambular por casa de un sitio para otro sin ningún objetivo más que el de levantarte del sofá unos minutos para estirar las piernas.

Y lo encuentro perdido porque no le veo utilidad a devanarme los sesos, para intentar encontrar una razón del porqué de esta situación. Me veo superada, y empiezo a encontrarme un poco sola.

La casa se me cae encima y, como los pocos amigos que tengo están trabajando, no tengo mucha gente a la que acudir.

Me quedaría mi hermana, claro, pero, no sé muy bien por qué, estoy un poco resentida con ella. Quizás se deba a que su positivismo me exaspera, me saca de quicio. Para ella, esta situación tendría una fácil solución, y sería ponerse a trabajar de cualquier otra cosa que le hiciera ganar el suficiente dinero como para poder vivir, pero yo no soy así.

Siento que tengo que agotar todas mis posibilidades antes de rendirme, porque sí, eso lo vería como un fracaso. Y que no se me malinterprete, que me parece muy digna la profesión de los camareros y dependientes, pero no me veo a mí misma desempeñando ese tipo de empleo.

Después de un par de días encerrada en casa, me obligo a salir. Pienso en el camarero del Limón y medio, y sonrío sin darme cuenta.

Repito la misma rutina durante el resto de la semana.

Me levanto, me ducho, me preparo para salir a la calle, cojo mi ordenador, y me voy a la cafetería. Paso allí por lo menos dos o tres horas buscando empleo, enviando emails a antiguos clientes sin apenas recibir respuesta, y, cuando termino, me vuelvo para casa.

El camarero siempre es muy amable conmigo, pero no hemos llegado a entablar una conversación real.

Es todo muy “¿qué te pongo?” y, aunque me apetece decirle que cachonda, le contesto “un café cortado largo y un vaso de agua, por favor”. Después, compartimos unas cuantas miraditas, pero poco más.

El juego adolescente me tiene un tanto... ¿cómo decirlo? Incómoda. No porque no me guste, que conste, pero es más porque me hace volver a mis épocas mozas, donde mi seguridad y amor propio no estaban al mismo nivel que están hoy en día.

Siempre he sabido que no soy fea, pero el coqueteo inocente me pone nerviosa porque no sé a dónde nos lleva. Casi que prefiero a un tío directo, que me diga que le pongo a cien, a uno que me dedique miraditas secretas.

O... no lo sé.

Quizás tengo que empezar a replantearme qué es lo que de verdad me gusta. Porque, hasta el momento, está claro que nunca he hecho una buena elección con los hombres.

Mi último lío resultó ser un patán, muy guapo, pero patán. Su máxima aspiración en la vida era parecerse a Cristiano Ronaldo, tanto física como económicamente, y... la verdad, no valía para ello. Empiezo a plantearme si es que yo los elijo tontos para sentirme más lista, o es que tengo un

imán para ellos.

Al menos, me consuela saber que nunca he sentido un amor profundo por ninguno de los chicos con los que he salido. Lo cierto es que, al cabo de un par de meses, todos me parecen soberanamente aburridos. Aunque, he de admitir que, cuando tenía veintiuno, estuve con un tío algo más mayor que sí que llegó a gustarme. Y me refiero a gustarme de verdad.

Él tenía cuarenta recién cumplidos, pero era sexy y ni siquiera aparentaba más de treinta y cinco. Lo conocí una noche que salí a tomar algo con mis amigas de la universidad. Solíamos ir sitios de gente algo más mayor; supongo que nos hacía sentirnos importantes. Durante el tiempo que duró mi relación con Javier, que así era como se llamaba, sentía que por fin estaba hablando con alguien que me entendiese. O, al menos, que me escuchase. No sé si por suerte o por desgracia, lo nuestro no llegó a ningún sitio porque, a los cinco meses, me enteré de que estaba casado y tenía dos hijos. Así que... ni siquiera el tío que más me había gustado había sido un buen tipo. Aun así, tampoco sufrí demasiado por ello. Puedo asegurar que, después de ver cómo se quedó mi madre cuando ocurrió lo de mi padre, me he dado cuenta de que no estoy muy segura de querer enamorarme.

Porque, ¿cómo puedes entregarle a otra persona tanto que, cuando falta, te quedas sin nada? Como sí, al irse, se hubiera llevado consigo toda la vida que corría por tus venas, todas las ganas que tenías de ser feliz.

Sin embargo, empieza a ocurrirme algo que me preocupa. Y no por la razón en sí misma, sino por lo que conlleva y que me niego a reconocer. Todos los días, estoy deseando volver a la cafetería. Me muero de ganas por volver a ese lugar, observar a la gente charlar, escuchar el traqueteo de las tazas... pero ¿a quién quiero engañar? Yo por lo que me muero es por ver de nuevo al camarero.

No obstante, no puedo tirar la casa por la ventana y no estaría mal que ahorrara algo de dinero... Soy consciente de que debería quedarme en casa para buscar trabajo, y no derrochar ni un solo euro, pero es que... hoy en concreto no puedo aguantarlo más. Literalmente, me subo por las paredes, la piel me pica y el estómago se me retuerce. Así que, después de pasarme casi media hora debatiendo conmigo misma si ir o no ir, decido que la indecisión ha de quedar relegada a un segundo plano, y me marcho de casa.

Cuando llego a la cafetería, a eso de las seis de la tarde, compruebo que todo está igual que por la mañana... a excepción de que mi camarero favorito está ausente. Claro, es muy probable que tengan turnos, y a él le toque el de la mañana.

Suspiro con un poco de resignación mientras camino hacia una mesa vacía. A los pocos minutos, una camarera preciosa, con estilo un tanto bohemio, me pregunta qué es lo que voy a tomar.

—Un té rojo, por favor.

—Ahora mismo. —Me dedica una sonrisa amable, antes de darse la vuelta para prepararme la bebida.

La observo mientras se aleja. Lleva el pelo castaño recogido en un moño desecho, con varios mechones sueltos ondeando a cada paso que da. Permanezco unos segundos examinándola, intentando adivinar qué es lo que le hace ser tan guapa y, cuando pienso que son sus pintas un tanto *grunge* o ese aire alternativo, me doy cuenta de que es ella misma. Su cara lavada, su pelo despeinado, su ropa sin pretensión. Es, simplemente, guapísima y no necesita ningún aderezo de maquillaje, o complementos que le hagan verse mejor.

Mientras espero a que me traiga el té, observo mis uñas a medio pintar. Desde que me echaron del trabajo no he vuelto a cuidar de mi manicura. Me ayudo del pulgar izquierdo para terminar de

desconchar el esmalte de las uñas de la mano derecha. Parece que mi vida se ha basado siempre en la buena imagen, con mis zapatos y ropa de marca, las uñas impolutas y el móvil siempre en la mano. He dejado de darle importancia a las cosas que de verdad la tienen, como sentirse bien con una misma, o verse guapa con la cara lavada. De hecho, estoy segura de que, desde que tengo edad para maquillarme, no he salido de casa sin mis pinturas de guerra. Es como si me dieran la valentía suficiente para enfrentarme al mundo, como si me hicieran ser la persona que, en el fondo, sé que no soy. En un mundo en el que reinan los hombres, en el que, si no te das prisa, te pasa por encima hasta el más imbécil, tienes que tener muy claro qué es lo que quieres de la vida. Que no te pille nada desprevenida, deshojando margaritas o mirando con nostalgia un atardecer. En mi mundo, o pisas, o te pisan. Y, muchas veces, la coraza ha de sostenerse a base de capas de maquillaje, para que no pueda verse ni un sonrojo, ni una debilidad.

Yo había sido capaz de cosechar una fama de tía dura, pero la verdad es que no lo era tanto. Sí que me considero una persona resolutiva, con mal carácter de vez en cuando y con amor propio, pero también creo que puedo llegar a ser caritativa y dulce, aunque apenas haya gente que conozca esas cualidades sobre mí.

La camarera me trae el té con su sonrisa de dientes blancos y no puedo hacer otra cosa que devolvérsela. Mientras me tomo la bebida caliente, me planteo que hay ciertas cosas que tengo que cambiar, empezando por mi forma de vestir.

La imagen siempre había supuesto algo muy importante para mí. Además, desde los veintitrés años, había ganado bastante dinero, lo cual me permitía gastar unos cuantos euros en caprichos caros. Tenía el armario lleno de ropa de marca, pero quizás no había nada que tuviese tanto valor sentimental como económico.

En el preciso instante en el que ese pensamiento me viene a la mente, una sensación de desasosiego me invade. No puedo ser capaz de entender en qué momento me he convertido en la persona que soy. Viniendo de una familia como la mía, en la que mi madre se volvió medio loca después de la muerte prematura de mi padre, debería tener más los pies en el suelo. O, a lo mejor, no dejo de usar todo esto como excusa para alejarme de aquello que me hace daño. Porque, para qué engañarnos, toda la regresión y regeneración de mi madre me había hecho, y todavía lo hace, mucho daño.

Ahora ella intenta hacer de madre enrollada, con sus *pashminas* de colores y sus tés curativos, con sus consejos de *Carpe Diem* y *YOLO* y demás gilipolleces, pero la tía había estado cuatro años prácticamente sobreviviendo a base de purés porque no tenía ni la fuerza suficiente para masticar.

Y, ¿quién se había encargado de todo, mientras ella se abandonaba a la tristeza?

Yo.

No es que se lo fuera a reprochar nunca, pero era algo que no le había perdonado. Tenía diecisiete años cuando mi padre se murió, joder, y mi hermana apenas tenía once años. ¿Qué clase de madre se deja morir en una cama, dejando a sus hijas a la suerte de una vida que no era justa?

En el momento en el que me doy cuenta de que vuelvo a irme por derroteros, de que vuelvo a permitir que los recuerdos de mi adolescencia oscura y triste me emborronen la mente, me levanto de la mesa para pagar mi consumición y me voy a dar un paseo.

Quizás respirar algo de aire fresco le venga bien a mi renovación personal. Eso de sacar lo malo para dejar sitio a lo bueno. A lo mejor, los pequeños cambios son los que nos llevan a la mayor revolución de nuestras vidas.



## Capítulo 8

El día siguiente me levanto con fuerzas renovadas. Abro mi armario empotrado, y lo observo con detenimiento. Es bastante posible que haya varios miles de euros aquí metidos. Es cierto que, cuando te dedicas a lo mío, la imagen es algo fundamental. Tienes que ofrecerle al cliente un aspecto impecable, meticuloso si quieres, que le dé la confianza suficiente como para emprender su camino profesional a tu lado, que sepa que puede contar contigo y que, de alguna manera, te conviertas incluso en su confidente.

Yo siempre había vestido regia. Dosis altas de elegancia combinadas con prendas un poco menos ostentosas, para no apabullar a nadie. No sé cómo podría describir mi estilo. Supongo que... elegante y casual. Normalmente, vestía con ropa buena, cara y bonita, pero siempre tendía a añadirle alguna prenda un poco más colorida, algo que le diese vida a mi estilo un tanto aburrido. Si no era un bolso, era un pañuelo. Mi madre, desde que se había hecho hippy, solía regalarme trapos que encontraba en mercadillos o en alguno de sus viajes místicos. Cosas hechas a mano, con delicadeza, pero que siempre tenían algún defecto propio de la artesanía. No estaba a favor de utilizar ese tipo de prendas en exclusiva, pero no me importaba darles uso de vez en cuando.

Pero, esta vez, me apetece desprenderme de ese aspecto. Encuentro unos vaqueros estilo *boyfriend* en el fondo de mi armario, una camiseta blanca con una fotografía de una chica medio desnuda impresa en blanco y negro y unas sandalias planas. Estamos ya a mediados de junio, así que el calor es bastante considerable.

Me miro en el espejo, comprobando que mi aspecto revela la edad que tengo. Siempre me había vestido de forma que aparentase más edad, para que nadie confundiese mi juventud con ingenuidad, pero me había pasado la primera mitad de mi veintena vistiendo como alguien de treinta y tantos. Cuando llegase a esa edad, ¿de qué forma iba a vestirme?

Me peino el pelo de color rubio oscuro frente al espejo, dejando que las suaves ondas naturales me enmarquen la cara.

Después, cojo el ordenador y el bolso, y salgo a la calle en dirección al sitio que, con toda probabilidad, se ha convertido en mi lugar favorito.

Camino el par de manzanas que separan mi casa de la cafetería sintiendo un nudo de nervios en lo alto de mi estómago. La semana pasada estuve allí todas las mañanas, y mi relación con el camarero no se había alejado de lo amable y cordial. Pero podía sentir su mirada clavada en mi cara muchas veces. Incluso creo que él sabía que yo también lo miraba a él mucho más de lo estrictamente necesario.

Me da la sensación de que nuestras miradas furtivas no se deben solo a una posible atracción física. Está claro que él es un chico guapo, por lo que estoy segura de que está acostumbrado a sentirse observado. Y yo, para qué mentir, también sé que muchos hombres me consideran atractiva, así que tampoco me extraña sentir las miradas de otras personas clavadas en mí. Pero esto es algo distinto. Es curiosidad, es interés. De hecho, creo estar segura de que, cada vez que me trae mi bebida, se demora un poco al intentar observar en la pantalla de mi ordenador qué es lo que estaba haciendo.



Cuando llego a la cafetería, el olor característico a café recién hecho, que mi cerebro ya vincula con este lugar maravilloso, me relaja un poco los nervios en el estómago. En la última semana, he tenido la posibilidad de sentarme siempre en la misma mesa, así que ya la considero como mía. Pero cuando voy a dirigirme hacia allí, me doy cuenta de que hoy está ocupada.

No puedo evitar sentir una pequeña decepción, una sensación de traición, como si me hubieran robado algo que es mío. Me repongo con rapidez, al darme cuenta de que el camarero me observa desde la barra con una sonrisa cómplice, y me siento en la primera mesa que encuentro libre, en primera fila.

—Te han quitado el sitio. —La voz del camarero, grave y masculina, me desconcentra de mi labor de encender el ordenador.

Levanto la vista hacia él, y me encuentro con sus dos ojos marrones, mirándome divertidos.

—Lo sé, qué decepción. —Finjo estar indignada y pongo un mohín, aún sabiendo que, hace unos minutos, llegué a sentir esa misma sensación que ahora estoy sobreactuando.

—Bueno, me ocuparé de que la próxima vez esté libre para ti.

—Oh, por dios, no. —Niego con la cabeza, poniendo una sonrisa—. Estoy bien aquí también.

—He visto tu cara al ver que estaba ocupada. —Él se inclina un poco hacia mí, permitiendo que unas tenues oleadas de perfume masculino lleguen a mi nariz—. Estoy seguro de que podemos hacer algo para que no vuelva a pasar.

—Quizás debería levantarme un par de horas antes, para venir a coger sitio.

—Seguro que esa podría ser una opción. —Me sonrío—. ¿Lo de siempre?

—Sí, gracias.

—A ti.

Se aleja de mi mesa, con ese caminar tan característico y mis pupilas viajan directas hacia su trasero. Por dios, tiene un culo demasiado bonito como para no mirarlo.

La verdad es que, en toda la semana, su repertorio textil ha sido bastante ecléctico. Desde vaqueros con los bajos deshilachados combinados con una camiseta blanca, a camisas con pequeñas flores estampadas combinadas con pantalones ajustados. Pero, cualquiera que haya sido su elección de ropa, siempre ha dejado patente el buen cuerpo que tiene. De hecho, creo que hasta un saco de patatas sujeto con un cordel le sentaría de lujo. A veces, me parece que la vida es tan injusta... unos que, con tan poco, están tan increíbles y otros que ni con kilos de pintura podrían resultar interesantes.

Ya con mi café entre manos, me pongo a revisar mi correo electrónico, a ver si es posible que alguna de las empresas a las que les he mandado mi currículum hayan tenido la deferencia de contestarme, aunque solo sea para decirme que no. Entre varios correos de publicidad, veo uno de mi banco. Llevo tiempo postergando lo inevitable, pero me temo que mis cuentas ya empiezan a temblar de puro frío.

Casi con un ojo cerrado hago *clic* sobre el mensaje y, al abrirlo, me doy cuenta de lo que ocurre. El último pago mensual de mi hipoteca se ha llevado gran parte de mis ahorros. Bueno, lo de ahorros es un eufemismo, porque lo cierto es que nunca se me ha dado demasiado bien administrar mi economía. No es que me considere yo un ser derrochador, pero la verdad es que, desde el momento en el que recibí mi primer sueldo, no he sido capaz de mantener la cuenta al final de mes con más de mil euros. Y teniendo en cuenta que este es el primer mes que no cobro... no voy a tener suficiente para pagar el próximo.

De repente, empiezo a encontrarme mal.

El café se me revuelve en el estómago como si fuese una centrifugadora y la piel se me empaña

de un sudor frío.

Dios mío.

No tengo un puto duro. En mi cuenta quedan apenas quinientos euros para pasar el resto del mes y con eso no me llega ni para pagar las facturas y comprar comida.

«Piensa, Alicia, piensa.»

Mi cerebro empieza a trabajar como loco. Repaso todos los movimientos realizados en mi cuenta en los últimos meses.

Chanel, Dior, perfumerías... ¿Por qué cojones me gastaría ciento cincuenta euros en una crema antiarrugas si solo tengo veintiséis años? Ahora ese dinero se sumaría a los quinientos treintaidós euros que me quedan en la cuenta y tendría casi ochocientos. Con eso y unos doscientos euros que le podría pedir a mi hermana sería suficiente para pagar otro mes de hipoteca...

Pero ¿qué estoy diciendo? ¿Cómo le voy a pedir a mi hermana doscientos euros de sus ahorros para resolver mis problemas por falta de cabeza?

Suelto un gruñido de frustración y dejo caer la cabeza contra el teclado del portátil.

De verdad, ¿en qué momento mi vida se convirtió en una pesadilla?

—¿Te encuentras bien?

Tan inmersa estaba en mi propia desolación, que ni siquiera me había fijado en que el camarero se había acercado hasta mi mesa.

Levanto la cabeza, que seguía enterrada entre las teclas de mi portátil, para comprobar que me observa con una mezcla entre preocupación y curiosidad.

—No. Mi vida es una mierda. —En cuanto las palabras salen de mis labios, me arrepiento. ¿Qué le importará a él si mi vida es o no una mierda? Desde luego, el filtro cerebro boca se ha debido de perder por el camino.

—No será para tanto, mujer. ¿Qué ocurre?

Me planteo contarle la verdad o decir alguna tontería que me saque del apuro. Pero, para qué engañarnos, hace tiempo que no tengo con quién hablar, y me gustaría conocer la opinión de un desconocido.

—Me han echado del trabajo y ahora me he quedado sin un puto duro.

—Bueno, pues... busca otro trabajo.

—Sí, en eso estoy... el problema es que nadie va a contratarme. No es que mi trabajo sea algo muy común y no tengo capital para fundar mi propia empresa.

—Pero ¿a qué te dedicas?

—Soy representante.

—¿Representante? ¿De famosos?

—Sí... actores, modelos, deportistas... todas esas cosas, ya sabes.

—Bueno, eh... —Se queda en silencio a lo mejor puedo ayudarte.

—¿Ayudarme? —Mis cejas toman altura. Están tan arriba que prácticamente se solapan con la raíz de mi pelo—. ¿Cómo?

—Verás... aunque por las mañanas trabaje en la cafetería, también he hecho algunos reportajes para revistas, campañas publicitarias... todo ese tipo de cosas.

—Ajá. —Lo que yo pensaba. Es demasiado guapo como para quedarse en su casa después de trabajar en la cafetería. Si yo fuera él, también le sacaría partido a esa bendición.

—Y, aunque no pretenda dedicarme a ello, quizás no me vendría del todo mal alguien que me asesore. Ya sabes, para saber dónde está el negocio. Además, tengo unos cuantos amigos a los que estoy seguro también les interesaría.

—Soy toda oídos. —Me incorporo hacia adelante y entrelazo los dedos de mis manos. Lo miro

con todo el interés posible, y él sonríe con complicidad.

—Si te parece, quedamos esta tarde y hablamos del tema. —Hace una pausa y alarga su mano hacia mí—. Soy Álex.

Me lo replanteo un segundo. Estoy acostumbrada a verme con los clientes en lugares públicos para poder hablar sobre sus futuros trabajos, pero... con él, me parece un poco peligroso. Aunque... también es cierto que ahora mismo no tengo nada que perder, así que, antes de que pueda arrepentirme, le respondo:

—Perfecto. —Le estrecho la mano en un apretón fuerte y profesional—. Soy Alicia.

## Capítulo 9

Esa misma tarde, quedo en verme con Álex en una cervecería a pocas calles de la cafetería. No voy a mentir. Estoy muy nerviosa, pero bastante más optimista de lo que estaba por la mañana. Quizás, después de todo, las cosas vuelven a remontar.

Cuando llego, él ya me está esperando en una de las mesas del interior, así que tomo asiento en una silla frente a la suya.

—Hola. —Mi sonrisa nerviosa me delata. Para qué engañarnos. Estoy atacada de los nervios.

—¿Qué tal? —Me da la sensación de que él está mucho más tranquilo que yo. Y no sé si eso acaba de gustarme. No es que quiera que él también estuviese nervioso, pero sentirme así no me hace estar a gusto conmigo misma. Me hace sentir un poco inferior y a mí no me gusta perder ni a las canicas.

—Bien. ¿Llevas mucho esperando?

—No, acabo de llegar. ¿Qué quieres tomar?

—Mmm... ¿es deformación profesional eso que noto por ahí? —Suelto una risilla—. Tomaré una cerveza.

—Eso parece... —Él también suelta una risotada—. Vale, espera, iré a pedir las bebidas.

Se levanta de la mesa y camina hacia la barra, mostrándome su culito prieto y sus piernas kilométricas.

¡Quién fuese pantalón vaquero, dios mío!

Después de pedir nuestras consumiciones, Álex espera pacientemente a que el camarero lo prepare y, cuando ya está en posesión de nuestras bebidas, vuelve a caminar hacia la mesa, donde yo lo espero mirándolo con un disimulo muy poco efectivo.

—Bueno, pues... lo que te comentaba esta mañana. —Después de darle un trago a su cerveza, empieza a hablar—. Compagino mi trabajo en la cafetería con algunas sesiones fotográficas y demás, entre otras cosas. No pretendo dedicarme a ello de manera permanente ni profesional, pero... bueno, me ayuda a sacarme unos cuantos euros para un proyecto en el que estoy trabajando.

—Ajá. ¿Para qué firmas has trabajado?

—Pues... he hecho algunas cosas para tiendas locales y demás, pero el trabajo más importante fue una campaña que hice hace unos años para Abercrombie.

—Joder, eso está genial. —Mis ojos se abren de par en par—. Y... ¿qué plan de vida tienes? Quiero decir, ¿a qué tienes pensado dedicarte? ¿El negocio es otra cafetería?

—¡No! —Álex suelta una risotada—. Soy ingeniero informático... estoy intentando desarrollar un *software*.

—Ah... qué guay. —Supongo que la sorpresa por esta noticia se muestra en mi cara, porque él me sonrío con una ceja levantada—. La verdad es que yo no tengo ni idea de ordenadores... más allá de los exploradores, el office y esas cosas, soy una negada.

—No te esperabas algo así, ¿no? Un camarero y modelo ocasional diseñando un *software* para ordenadores.

Pongo cara de circunstancias.

—Bueno... no. No te lo tomes a mal, pero no es muy común encontrar a un chico tan guapo y

que, además, sea listo.

Tomo un trago de mi vaso de cerveza, porque, de repente, siento la garganta muy seca. Definitivamente, he perdido el filtro cerebro-boca.

—Está bien saber que me consideras guapo. Lo de listo... todavía está por ver.

—Bueno, seguro que no todo el mundo sería capaz de hacer lo que tú haces.

—Que pueda hacerlo no significa que esté por encima de la media, solo que la gente se rinde con mucha facilidad. Y eso sí que no va conmigo. Yo nunca me rindo.

No sé por qué sus palabras me traspasan dejándome una sensación extraña. ¿Se refiere al trabajo o a otras cosas?

—Eh... claro. Eso está genial. Pero bueno, vamos a hablar de lo que hemos venido a hablar, ¿no? —Meneo la cabeza un par de veces de manera discreta e intento adquirir toda la profesionalidad que sé que hay en mí. No es normal que a mí me ocurran estas cosas. Estoy más que acostumbrada a lidiar con tíos guapos, así que esto, que me ponga tan nerviosa, es una cosa inaudita—. Como te dije esta mañana, me echaron hace poco del trabajo... no me preguntes por qué, porque tendría que decirte que fue porque mi jefe es un gilipollas redomado y un inmaduro, pero eso no sería nada profesional... —Lo miro con una ceja levantada, para que entienda que lo he dicho a sabiendas, y él sonríe—. El caso es que, ahora mismo, todavía no sé cómo voy a conseguir que la cosa salga adelante. Las compañías y las agencias tienen cogido la mayor parte del mercado. Pero supongo que lo importante aquí es que tú serías mi representado, por lo que no tendría que buscar al cliente. En cuanto a las campañas y demás, me gustaría que me pasaras un *book* o algo que me ayudase a publicitarte, algo con lo que acudir a las firmas para que te conozcan mejor.

—No hay problema. Lo tengo en casa. Si quieres, mañana te lo llevo a la cafetería. En cuanto a tu salario...

—Bueno, eso va a porcentaje. Yo me llevo un veinticinco por ciento de tus beneficios. No cobraré nada hasta que tú no lo hagas, así que por eso no tienes de qué preocuparte. Pero... precisamente por eso, es necesario que empecemos a movernos cuanto antes. Adoro demasiado mi piso. No creo que pudiera deshacerme de él.

—Vale, pues... entonces mañana empezamos.

—Mañana empezamos.

Sellamos nuestro trato haciendo chocar nuestras cervezas, sin despegar los ojos el uno del otro.

Y, no sé por qué, pero me da que todo esto me va a traer problemas.

Muchos problemas.

## Capítulo 10

Cuando llego a la cafetería a la mañana siguiente, ya tengo sobre la mesa del fondo un café cortado y un vaso de agua, además de una carpeta negra. Me quedo mirándolo todo un segundo, y tengo que volver la vista hacia la barra para encontrarme con la mirada divertida de Álex. Me hace un gesto con la cabeza, como animándome a que vaya hacia la mesa, así que eso hago.

Antes de nada, le doy un sorbo al vaso de agua. Siento que mi garganta está seca como una alpargata y eso que todavía son las diez de la mañana y que llevo más de dos semanas sin beber alcohol como una posesa. Menuda resaca emocional más absurda.

Respiro un par de veces antes de abrir la carpeta negra que me espera sobre la mesa y, cuando lo hago, tengo que contener el aliento.

Un montón de fotografías de Álex, tanto en color como en blanco y negro, se despliegan ante mí. Hay algunas en las que tiene el pelo más corto y la barba afeitada, así que me cuesta un poco reconocerlo. La verdad es que es una belleza. Tiene una de esas caras preciosas pero masculinas.

Siempre he pensado que los hombres guapos tienen cara de niña, que son los atractivos, lo sexis, los que más triunfan. Porque... a mí me gustan los chicos muy masculinos. Pero Álex es de esas pocas personas capaces de combinar ambos rasgos, la belleza y la masculinidad, sin ningún problema.

Paso una tras otra las fotografías hasta llegar a una en la que sale prácticamente desnudo. El juego de luces y sombras esconde todo lo que ha de taparse. No hay ninguna prenda de ropa a la vista, pero tampoco muestra nada fuera de lo normal. Bueno, si consideramos normal ese pecho musculoso, cubierto con una ligera capa de vello oscuro, que continúa con un estómago plano rodeado por dos oblicuos en forma de V. Si consideramos que eso es normal, entonces es todo muy normal.

Vuelvo a darle otro trago a mi vaso de agua y, cuando lo poso sobre la mesa, siento la mirada de Álex sobre mí. Me hace un gesto de barbilla, como interrogándome, y me encojo de hombros.

¿Qué le voy a decir? ¿Que está más bueno que el pan y que es bastante probable que las marcas empiecen a rifárselo?

Sigo mirando las fotos. Entre ellas están las de la campaña para Abercrombie y he de admitir que son geniales. Lleva el pelo largo, con algunas mechas más claras a causa del sol, un tanto alborotado, pero recogido en un moño bajo. Tiene la barba un poco más corta de lo que la trae ahora, pero sigue estando impresionante. En todas sale bastante serio, como si quisiera seducir a la cámara, o intimidarla. La verdad es que... conmigo lo está consiguiendo.

Cuando ya he revisado todas las fotos de la carpeta, me termino el café de un trago y me acerco a la barra. Álex me espera allí, con un ligero toque de inquietud en su mirada.

—¿Qué te han parecido?

—Son perfectas. No vas a tener ningún problema en conseguir más trabajo. Lo que me sorprende es que sigas trabajando de camarero. Estoy segura de que podrías ganarte la vida haciendo eso.

—Bueno... a mí no se me caen los anillos por trabajar aquí. De hecho, lo necesito. El ritmo de vida de un modelo me da un vértigo terrible. Conozco a demasiada gente que se ha jodido la vida por dedicarse a ello, así que prefiero tomármelo más como un extra que como una forma de vivir.

Lo miro un tanto extrañada. No es que me sorprenda; lo poco que conozco de él me ha demostrado que es un tío con los pies en el suelo, inteligente y con las ideas muy claras. Pero no puedo evitar observarlo durante un poco más de tiempo de lo estrictamente necesario.

La imagen de él medio desnudo se me viene a la cabeza justo en el momento en el que voy a responderle, así que me quedo sin palabras.

—Bien, bueno, pues... —Carraspeo un poco para ordenar las ideas que revolotean dentro de mi cabeza como pájaros sin rumbo—. Me pondré con ello hoy mismo, ¿vale?

Él me sonrío elocuente y siento cómo mis bragas se volatilizan. ¡Quedaos ahí, malditas!

—Genial. Supongo que nos veremos mañana.

—Claro. Hasta mañana.

Cuando salgo de la cafetería, tengo que dedicar un segundo para tranquilizar mi respiración. Después, cuando recobro la normalidad, saco el teléfono de mi bolso y marco el número de Pepa.

—*Hola, Ali* —me saluda ella.

—*Hola, Peppa Pig*. —La oigo gruñir al otro lado del teléfono. Sé que odia que la llame así, pero a mí me encanta—. Necesito que me hagas un favor. ¿Me puedes decir con qué firmas de moda estáis trabajando, y mandarme el listado por correo, *porfa*?

—*No sé cómo voy a hacer eso, Ali. Juanma tiene todo bastante capado desde que te fuiste. Creo que tiene miedo de que le hagas la competencia.*

—*Joder, menudo soplagaitas*. —Suelto un chorro de aire por la boca, haciendo que el pelo próximo a la cara se me despeine—. Qué más le dará.

—*Bueno... creo que, en el fondo, te echa de menos. El otro día me preguntó por ti.*

—No le dirías nada, ¿no? —Llego a un parque cercano y me dejo caer en un claro de césped.

—*¿Qué le voy a decir? Por supuesto que no le dije nada. Sabes que lo odio tanto como tú. La única razón por la que sigo en la empresa es porque tengo buenos clientes. No por él.* — Pepa suelta un grito de indignación—. *A él no le debo nada.*

—En fin... dejemos el tema, que me pongo de mala leche. Entonces, ¿no vas a poder echarme un cable? —Pongo la voz un poco mimosa, a ver si consigo ablandarla.

—*Veré lo que puedo hacer... ¿Ya has conseguido trabajo?*

—Pues... más o menos.

—*Qué enigmática, chica. Cuéntame, ¡venga!*

Suelto un suspiro.

—¿Te acuerdas de que hace unas semanas me dijiste que saliera de casa para dar un paseo, que me tomara algo en una cafetería bonita y demás...?

—*Claro.*

—Pues lo hice.

—*Ajá. Continúa, guapa. No te hagas la interesante.*

—Pues eso. Empecé a frecuentar una cafetería no muy lejos de casa y... resulta que el camarero es modelo.

—*Hala, ¡qué casualidad! ¿Cómo se llama la cafetería?*

—*¡Limón y medio!* —Me acuerdo de que, cuando vi el nombre por primera vez, no me pudo parecer más irónica la situación.

—*Ahhh, ni idea.*

—Pero ¿sabes qué es lo más gracioso?

—*¿Qué?*

—Que cuando Juanma me despidió, estuve repitiéndome mil veces la frase esa de mi madre “si la vida te da limones, haz limonada”. ¿No te parece una coincidencia?



—Pues... *la verdad es que sí. Y, ¿cómo se llama el chico?*

—Álex Cruz.

—Eh... *Ali.* —Pepa hace una pausa—. *¿Ese no es el chico que hizo una campaña para Abercrombie hace un tiempo?*

—Sí, ese mismo.

—*¿Y qué cojones hace de camarero?* —Pepa empieza a gritar un poco desde el otro lado de la línea—. *Me lo esperaba más liado con una súper modelo, paseando por las calles de Los Angeles.*

—Ya, eso mismo le pregunté yo. —Me quito los zapatos y enredo los dedos en las largas briznas del césped. Son las doce de la mañana, así que el sol ya empieza a calentar—. Lo mejor de todo es que no quiere dedicarse a ello. Es ingeniero informático.

—*Joder, con el niño. O sea que, además de guapo, es listo.*

—Eso parece.

—*Pues... mucha suerte con tus bragas, nena. Espero que seas capaz de conservarlas en su sitio.*

—Eso espero yo también...

Y, de verdad, eso espero.

Si no, me voy a meter en un buen lío.

## Capítulo 11

Esa misma tarde, Pepa me envía un email con el nombre de algunas de las firmas con las que colabora la empresa. Estoy decidida a hacerles la competencia. Sé más o menos cuál es el prototipo de persona que representan, y me temo que poco se parecen a Álex. Eso es lo bueno... que la novedad siempre llama más la atención. Además, el estilo alternativo de Álex está muy de moda ahora. Estoy segura de que lo vamos a petar.

Me paso el resto de la semana haciendo llamadas telefónicas a antiguos contactos en firmas de moda y, el viernes por la tarde, quedo con Álex para contarle lo que he conseguido.

—Mira. —Saco del bolso un catálogo de una de las marcas nacionales y se lo muestro—. Le enseñé tus fotos a una antigua amiga, que es la que lleva todo el departamento de marketing, y están muy interesados en ti. Quizás no es nada tan grande como lo de Abercrombie, pero por algo se empieza. En principio, serás la imagen de la campaña de invierno. La de otoño ya está cerrada, pero...

—¿Así? —Coge el catálogo de la temporada pasada y empieza a pasar las páginas—. ¿Tan fácil?

—Chico, pero ¿tú te has visto? —Él dirige la vista hacia mí, y yo levanto una ceja—. Estás buenísimo. Todas las firmas van a querer trabajar contigo, ya verás.

—Bueno... tampoco quiero hacer demasiadas cosas, ya sabes.

—Sí, sí. No te preocupes. Lo he hablado con ella y el *shooting* solo te llevara un par de días. Ya te iré informando cuando sepa qué días en concreto.

—Vale, bien. —Su gesto se vuelve un poco hosco, así que tengo miedo de que no esté satisfecho con lo que le he conseguido.

—¿No te gusta?

—Sí, sí. Es que hoy tengo la cabeza en otro sitio...

—Vaya. —Hago una pequeña mueca—. ¿Todo bien?

—Sí, bueno... —Coge aire por la nariz, haciendo que el pecho se le hinche y la camiseta se le pegue al cuerpo, marcando esos pectorales tan apetecibles, y lo suelta por la boca—. Problemas personales.

Eso me hace darme cuenta de que apenas sé nada sobre él, más que es guapísimo, que es ingeniero informático y que está desarrollando un software para ordenadores. Ni siquiera sé para qué es el software, redíos. Así que incido un poco en el tema, a ver si suelta prenda.

—Mira, yo no me quiero inmiscuir en tu vida, pero, si voy a ser tu agente, voy a necesitar que me hables más sobre ti.

—¿Sobre mí? —Él levanta una ceja, en un gesto que enmascara diversión—. ¿Qué quieres saber?

—Pues... necesito saber si estás soltero, si vives solo, si dependes de tu familia económicamente, si sales mucho de fiesta... todas estas cosas. —*Sobre todo, si estás soltero*—. Si todo sale bien, que espero que así sea, es bastante posible que empieces a hacerte conocido por el mundillo. Y, ya sabes, necesito saber la verdad para poder desmentir todo aquello que se diga sobre ti que no es cierto.

—¿Cómo? —Noto el nerviosismo en su voz. Con toda seguridad, no se ha planteado que,

haciendo este tipo de trabajo, es muy posible que empiece a hacerse conocido y que, por ende, la gente comience a interesarse por él, no solo a nivel laboral sino también personal.

—Ya sabes... si te lías o no con la modelo de turno, si te vas de borrachera con tus colegas y decidís poneros de coca hasta las cejas... Ese tipo de cosas. —Hago un gesto con la mano para hacer más énfasis.

—Lo primero, yo no me meto coca. Lo más arriesgado que he hecho en mi vida ha sido fumarme unos canutos cuando estaba en la universidad. Lo segundo, no tengo novia, y no, no me gustan las modelos. Quiero decir, algunas son preciosas, pero no son mi estilo...

—¿Y cuál es tu estilo? —Ahora soy yo la que levanta una ceja. Esto parece ponerse interesante...

—Pues... no sé. Me gustan las tías vivas, inteligentes, divertidas... que sepan disfrutar de un buen chuletón, si hace falta, y... no sé, que sean felices.

—Mucho pides, ¿no? —Suelto una risilla nerviosa.

—Pues... mira, en realidad, creo que no. Creo que es lo mismo que querría cualquier persona con dos dedos de frente. Tengo veintinueve años, Alicia. Ya he conocido a demasiadas tías que solo se interesan por mi físico o por mis reportajes. Hace tiempo que dejaron de gustarme las tías buenas, y con tías buenas quiero decir eso, solo una tía buena. Obviamente, me gusta la belleza. —Hace una pausa—. Me fijó en la belleza, pero eso no es un requisito exclusivo. Ya no. Ahora quiero algo más.

La intensidad de su mirada me intimida. Le aguanto la vista, porque no me gusta mostrar mis debilidades y ya lo he hecho bastante con él, pero... no voy a mentir, estoy haciendo un esfuerzo muy grande por sostenérsela.

—Uf, vaya... —Suelto el aire por la nariz, con disimulo. Desvío la vista un momento hacia mis manos para coger fuerzas y vuelvo a levantarla hacia su cara—. Pues sí que lo tienes claro.

—Ya te lo dije... además, no me gusta perder el tiempo.

—O sea, que... ¿eres célibe?

Él suelta una risotada.

—A ver... no. No es eso. Solo quiero decir que no me voy a acostar con la primera persona que se me ponga delante solo porque sea guapa. Necesito algo más.

—Bien.

—¿Necesitas saber alguna cosa más?

—Mmm... bueno, creo que por el momento es suficiente. Lo demás lo iremos viendo poco a poco.

El resto de la conversación no vira mucho más lejos de los asuntos profesionales. Con toda la información que me ha dado acerca de sus gustos personales me he quedado un poco confusa... ¿Eso quiere decir que no voy a tener que preocuparme de que ande zumbándose a cualquiera? Y... ¿por qué debería yo preocuparme?

Ay, dios, pollito. La que hemos liado

**Julio**

## Capítulo 12

No sé por qué hay personas con las que, ya desde el principio, sentimos una conexión que nos hace pensar que las conocemos de toda la vida. No sé si es una cuestión de *feeling*, o de química, pero, desde luego, esa es la sensación que tengo con Álex.

Nos vemos todos los días en la cafetería, charlamos, tonteamos un poco con la mirada, pero después, no sé cómo, casi siempre terminamos tomando una cerveza por la tarde, hablando sobre trabajo... y sobre lo que no es trabajo.

La cuestión es que nunca jamás en la vida me había sentido así con nadie. Sí que había sentido esa conexión inicial, pero nunca a un nivel tan alto. Es como si, casi sin hablar, ya tuviera una idea de por dónde van los tiros dentro de su cabeza. Lo cual... me encanta y me da miedo a partes iguales, porque... joder, le estoy ayudando a catapultarse al mundo de la fama. Y, si alguien sabe lo que se cuece ahí dentro, soy yo.

Tengo como una especie de horrible presentimiento de que nuestra relación va a terminar complicándose. No sé cómo, ni por qué, pero me parece que ninguno de los dos acaba de estar completamente satisfecho con la relación que tenemos ahora mismo. Es como... una mezcla entre amistad, tensión sexual no resuelta y la cordialidad distante que tiene que haber entre dos personas que van a trabajar juntas. Se me hace demasiado extraño sentir la necesidad de alejarlo, de mantenerlo a una distancia prudencial para que no llegue a conocer todos los recovecos que hay en mí y, al mismo tiempo, que es mi amigo de toda la vida. No sé, a lo mejor estoy divagando demasiado.

El sábado por la tarde quedo con él para ponerle al día de las fechas de las sesiones de fotos. Ambos sabemos que esto se podría resolver con una simple llamada telefónica, pero ninguno dice nada. Así que quedamos en vernos en una terraza del centro de la ciudad.

Cuando llego, él todavía no está allí, así que me siento en una mesa libre que encuentro, a la sombra. El mes de julio está en pleno apogeo. El sol calienta demasiado y sé que, si me quedo mucho rato bajo el solano, terminará por sudarme hasta el bigotillo. Así que me arrebujó en la sombra, procurando que los rayos no alcancen mi nivea piel. Saco el teléfono del bolso, para hacer tiempo mientras llega, y me distraigo mirando páginas de curiosidades.

Tengo una cierta afición por conocer datos absurdos, como que, por media general, un humano puede llegar a comerse hasta ocho arañas mientras duerme. Ya ves tú de lo que me puede servir conocer ese dato... como si fuese capaz de cerrar la boca mientras estoy dormida.

Sigo cotilleando páginas de chorradas hasta que oigo que las chicas de la mesa de al lado empiezan reírse de forma un poco histérica. Comentan cosas como... “mira, tía, qué bueno está” o “le dejaría que hiciese conmigo lo que quisiera”.

Busco entre la gente la diana de sus groserías, y me encuentro con Álex, que camina hacia la mesa en la que estoy sentada con pasos largos y decididos. Lleva puestas unas gafas de sol de pasta marrón que le quedan demasiado bien, así que no tardo en sentir cómo mis bragas se deslizan por mis muslos para acabar enrolladas en los tobillos.

Me cago en la puta.

Cuando llega a mi altura y me sonrío, con esa sonrisa tan natural y a la vez tan perfecta, mis bragas pasan directamente a evaporarse.

*¡Volved aquí, cabronas!*

—Siento el retraso... —se disculpa, mientras se sienta en la silla frente a la mía.

Las chicas de la mesa de al lado contienen grititos nerviosos y se giran para mirarlo sin mucho disimulo.

—No te preocupes. He llegado hace nada.

—Genial. —Se quita las gafas y las deja dobladas sobre la mesa—. ¿Te han atendido ya?

—No, aún no.

—Ah, pues... ¿qué quieres? Entro a pedir.

No puedo dejar de observar de reojo la manada de hienas que tenemos sentadas al lado. ¿Y si yo fuera la novia de Álex? ¿Cómo se les ocurre comportarse así?

Y, por si fuera poco, él todavía está dispuesto a volver a hacer un paseíto delante de ellas. Como si no tuviera suficiente con lo de antes.

Siento la mala leche llenarme el pecho.

—No sé si eres consciente de ello, pero estoy segura de que, si vuelves a caminar al lado de la mesa de esas chicas, se te van a tirar al cuello —le digo en un susurro, señalando con la barbilla hacia ellas.

—¿Cómo? —Él se gira un segundo y, cuando las descubre mirando, les dedica una sonrisa que no hace otra cosa que provocar sus risitas de ardilla.

—Deja de hacer eso... —No sé por qué, pero me parece mal el detalle. Sé que no lo ha hecho con mala intención, pero no me gusta verlo tontear con otras chicas.

—¿De hacer qué?

—De crearles expectativas. De hacerles pensar que pueden tener algo contigo.

—¿Yo he hecho eso? —me responde él, con el ceño fruncido y una ceja levantada.

—Déjalo estar...

Ay, dios, ¿se me está yendo un poco de las manos? Parece que me estoy comportando como una novia celosa.

Él me mira durante un rato en silencio. No dice nada, pero sé que sabe perfectamente por qué me he comportado así. Y... joder. ¡No! Ni tengo derecho a enfadarme, ni quiero que él piense que me importa. Porque no me importa... ¿verdad?

Por suerte, el flujo de pensamientos se ve interrumpido por la llegada del camarero, que nos pregunta qué vamos a tomar. Cuando ya tenemos nuestras bebidas entre manos, decido cortar por lo sano y cambiar de tema, así que le comento lo que venía a decirle.

—La sesión de fotos se hará en tres días consecutivos. Será el 22, 23 y 24 de agosto, pero tendrás que estar allí por la mañana y por la tarde. ¿Puedes pedirte vacaciones en la cafetería?

—Sí —responde él, escueto.

A lo mejor, se ha enfadado...

—Vale, genial. Pues eso. Yo iré contigo, te presentaré a la chica que se encarga del marketing y publicidad de la empresa, y luego...

—¿No te vas a quedar mientras me hacen las fotos? —me interrumpe él.

—Pues... puedo hacerlo, o puedo no hacerlo. —Hago una pausa—. ¿Quieres que me quede?

—Claro.

Me mira a los ojos directamente y, ahora, a plena luz del día y al exterior, detecto fugaces destellos pardos y dorados en sus ojos. Al principio, me habían parecido unos ojos marrones normales y corrientes, pero ahora descubro en ellos un sinfín de tonalidades.

Me quedo absorta mirándolos, quizás un poco más del tiempo necesario, y lo descubro levantando una ceja.

—¿Qué? —me pregunta con curiosidad.

—Nunca me había fijado en que tus ojos no son marrones. Son como... ¿pardos? Verde oscuro.

—Mmm, bueno, sí. Digamos que, a la hora de elegir color de ojos, llegué el último.

—¿El último? ¿Qué dices? ¡Si son preciosos...!

—Muchas gracias, pero... no sé, discrepo. —Se encoge de hombros, en un gesto tan infantil que no puedo reprimir una sonrisa.

—Oye, ¿es posible que seas miope y no lo sepas? ¿O que tengas algún tipo de disfunción visual? No sé por qué me da la sensación de que no sabes lo realmente guapo que eres. Es eso, o que te encanta que te diga lo guapo que eres... —Pongo una sonrisa tonta, para que vea que estoy bromeando.

Él se revuelve nervioso en la silla y me mira con una expresión extraña.

—No es eso...

—¿Entonces?

—Es que... siempre he sido un poco diferente al resto.

Abro un poco los ojos. ¿A qué se refiere?

—Diferente mola, pero... concreta un poco.

—Vamos a ver... ¿Tú sabes lo que es ser el último de tu clase en desarrollar? Y me refiero a todo. Con quince años apenas tenía un pelo en la barba, la voz... —Suspira—. En fin, todavía no se podía clasificar como de hombre, y encima prefería las videoconsolas antes que jugar al fútbol. Se me hace... no sé, extraño que la gente piense eso de mí.

Por primera vez, lo veo de otra manera. Hasta ahora, siempre me había dado la sensación de que era un chico seguro de sí mismo. Sin embargo, ahora me doy cuenta de que eso está bastante lejos de la realidad.

—Madre mía, Álex, han pasado más de diez años desde aquello... y te puedo asegurar que el tiempo te ha tratado muy bien desde entonces. —Lo miro fijamente para que quede claro que lo digo muy en serio.

—No te digo que no... —Frunce el ceño y le da un trago a su cerveza—. Solo que hay cosas que calan muy profundo en tu interior, y que es muy complicado sacártelas de dentro.

Sé a qué se refiere... Cuando algo se queda prendido en alguna parte de tu subconsciente, es muy difícil dejarlo marchar. Sobre todo, porque la mayoría de las veces ni siquiera sabes que está ahí.

De todas formas, me cuesta creer que no sea consciente de su atractivo. Además, para dedicarse a la moda, en algún momento habrá tenido que darse cuenta de ello, ¿no?

—Pero seguro que has estado con un montón de chicas después de eso.

Él se frota la cara con frustración.

—He estado con chicas, sí. «Un montón» es un número demasiado impreciso y subjetivo. Quizás para ti son pocas y para mí han sido más que suficientes, o al revés.

—A ver, a ver... —Sonrío, elocuente—. Sé más concreto.

—No llevo una cuenta de las chicas con las que me he acostado, Alicia. —Y levanta una ceja.

—Aproximadamente... —Pongo los ojos en blanco y hago un gesto con la mano.

—No sé...

Ay, dios, ¿y si es virgen y no me lo quiere decir? Le pregunto directamente.

—¿Eres virgen?

—¡Que no! —Se enfurruña entero.

—¿Entonces...?

—A ver... no sé. —Finge pensar unos segundos—. Más de cinco y menos de quince.

—Bueno, no está mal.

—¿Y tú?

—¿Qué clase de señorita te crees que soy? —Finjo indignación. Él levanta una ceja como respuesta.

—Pues... no sé, a ver... ¿más de veinte y menos de cincuenta?

—Joder, esos son muchos tíos.

—Y ¿por qué hemos terminado hablando de los tíos con los que yo me he acostado?

—Has empezado tú preguntando...

—Ya, pero era una cuestión profesional. Quería saber por qué tenías la autoestima tan baja... No es normal siendo alguien como tú.

—No tengo baja la autoestima, solo que no me creo el Dios del mundo.

—Bueno, lo que sea. —Hago un gesto con la mano para quitarle importancia.

—Es que eso es lo que me jode... que solo porque seas guapo, o porque la gente te considere guapo, ya tienes que comportarte de una manera determinada. ¿No existe gente atractiva y con los pies en el suelo? ¿No puedo ser amable y sonriente? ¿Tengo que ser un déspota y un prepotente?

—¡No, por dios! No te lo tomes así... —Niego con la cabeza enérgicamente—. Solo es que estoy acostumbrada a tratar con gente como tú... o, mejor dicho, que físicamente podrían clasificarse en el mismo rango que tú, y, sin embargo, son completos capullos arrogantes que se creen por encima del bien y del mal solo por haber tenido la suerte de una buena genética. —Me encojo de hombros—. No sé...

—Ya te he dicho que yo no quiero ser modelo, Alicia. Si hago esto es porque necesito la pasta. Ni siquiera tendría que haberme metido en esto, pero quiero sacar adelante mi proyecto y, sin sponsors ni patrocinadores, lo voy a tener jodido.

—Y ¿cómo es que estás trabajando por libre? Si te da el cerebro para desarrollar tu propio programa, ¿por qué no estás trabajando para una empresa?

—Ya lo hice en su momento...

—Ah, ¿sí? ¿Entonces?

—Pues que no salió bien... Ya te lo contaré en otro momento.

—Mmm, bueno, vale. Como quieras.

Después de eso, creo que ambos estamos un poco tirantes. No sé por qué, la verdad. O quizás sí que lo sepa, pero no quiero reconocerlo...

Me da la sensación de que Álex guarda muchas cosas dentro... y no sé si estoy tirando demasiado de la cuerda para que me las cuente.

Al final, la curiosidad mató al gato, ¿no? Espero que no sea mi caso.



## Capítulo 13

El día no podría empezar peor.

—Mierda, mierda, mierda... —Me doy cabezazos contra mi mesa de siempre de la cafetería después de abrir el correo de mi banco en el que me envían el primer aviso por impago.

—¿Qué ocurre? —Álex viene hacia mí con expresión preocupada.

—Acabo de recibir el primer aviso por impago de la hipoteca... Creo que... —Los ojos se me llenan de lágrimas—. Creo que voy a tener que vender el piso.

—¿Venderlo? —Me mira con el ceño fruncido—. Joder, Alicia, siento decirte esto, pero... creo que el mercado inmobiliario no está pasando por su mejor momento.

—Ya lo sé... Pero ¿qué cojones hago? No puedo pagar una hipoteca de mil euros si no tengo ingresos. Y, hasta que tú no hagas el reportaje, no voy a recibir ni un duro.

Él me observa taciturno, pero, de repente, sonrío.

—Tengo una idea.

—A ver... —Pongo los ojos en blanco—. Sorpréndeme.

—¿Por qué no alquilas tu piso y te vienes conmigo a casa?

—¿Eh? —Abro los ojos de par en par—. ¿A tu casa?

—Sí. —Él asiente, confiado.

—Ni de coña. —Niego con la cabeza.

—A ver, escúchame. Yo vivo en un piso grande, y me sobran habitaciones. Tú necesitas dinero, y a mí no me vendría mal algo de compañía. Si quieres, negociamos un alquiler asequible. O te encargas tú de los gastos, yo qué sé...

—No creo que sea... —Hago una mueca, pero él me interrumpe.

—No digas nada todavía. —Me para, tapándome la boca con las manos—. Piénsatelo y ya me contestarás.

—En fin... vale, pero no te hagas ilusiones.

Él me sonrío con complicidad, como si supiera algo que yo todavía no sé, y se gira para volver a la barra.

Aunque después de la conversación que habíamos tenido el otro día estuvimos un poco raros, solo nos duró un rato. Lo cierto es que... creo que es un problema de inseguridad. Él es una persona amable y cercana, pero se pone a la defensiva cuando le haces algún tipo de halago. Es como si no terminara de creérselo. Y me da pena. No soy capaz de comprender cómo alguien como él no se cree que puede resultarle demasiado atractivo a todo ser viviente.

Lo observo alejándose de mí y vuelvo a mirar a la pantalla del ordenador.

Quizás... quizás no sea una idea del todo mala.

Mi piso está en una de las mejores zonas de Madrid, y es precioso. Estoy segura de que alguna pareja joven y con dinero lo encontrarían perfecto.

Suspiro y marco el teléfono de la persona a la que llevo evitando casi un mes.

—*Por fin.* —Mi hermana me contesta con ese tonito impertinente tan propio de ella—. *Te ha costado bajarte de la burra, ¿eh?*

—No... —Pongo los ojos en blanco al darme cuenta de que tiene razón—. Vale, sí.

—*¿Me vas a pedir perdón?*

—No creo que tenga por qué, Juli.

—*No me vengas con gilipolleces, Alicia. Has sido una desagradecida, mala hermana, gilipollas, asquerosa...*

—Eh, eh. —Suelto una risotada—. Te estás pasando...

—*Vale, sí. Pero tengo razón, ¿o no?*

—Bueno... es posible que me haya pasado un poco. —Hago una mueca antes de decir lo que voy a decir. Me cuesta muchísimo...—. Perdoooooona.

—*¿Ves? ¿A que no ha sido tan difícil? Tu aversión a pedir perdón es una lacra, Ali. Estoy segura de que te ha salido una hemorroide solo por pronunciar la palabra que empieza por "p".*

—Oye, Juli, vale ya. Lo he dicho, ¿no? Tampoco hay que hacer leña del árbol caído.

—*Bueeeeno, vale. ¿Qué querías?*

—*¿Tengo que querer algo en concreto para llamar a mi hermanita pequeña?*

—*Ali, que nos conocemos.* —El tono de su voz es el de una auténtica listilla.

Me río. Cómo me conoce, la *jodía*.

—Pues... a ver, tengo que poner el piso en alquiler. Además, acabo de decidir que también voy a vender el coche. En realidad, solo lo usaba para ir al trabajo, así que, ahora mismo, tampoco me hace falta. —Lo suelto todo rápido para que me duela menos. Como si fuera una banda de cera o una tiritita.

—*¿Qué me dices?*

Me paso las manos por el pelo, desordenándolo.

—Sí... no me llega la pasta para pagar la hipoteca y el banco ya me está tirando de las orejas. ¿Me ayudarías a sacar unas fotos *chulis* del piso para subirlo a una de estas páginas de alquiler?

—*Claro. Pero... jo, tía, qué pena. Me encanta tu casa.*

—Ya, y a mí. —Suelto un pequeño bufido—. Pero es mejor ponerla en alquiler a que me desahucien por impago.

—*¿Y dónde vas a vivir?*

—Mmm... bueno, tengo mucho que contarte. ¿Quedamos esta tarde y te pongo al día?

—*Vale.*

—Genial, nos vemos esta tarde.

—*Hasta luegooooo*

## Capítulo 14

Cuando mi hermana llega a casa, ese mismo día por la tarde, le pongo en antecedentes.

—¿Me estás diciendo en serio que has tenido la buena suerte de dar con este pedazo de tío y que, encima, necesita que lo ayudes? ¿Qué has hecho para merecer eso? ¿Eh? ¿Te has dado cuenta de que estas cosas solo ocurren en las películas? —Mi hermana sostiene delante de sus ojos las fotos del *book* de Álex, mientras me suelta toda esa sarta de preguntas.

—Pues eso parece, sí. La verdad es que no me lo había planteado como algún acto de buena suerte, pero... va a ser que sí.

—Pues claro que sí, Alicia. Lo primero, no es normal que haya un tío como este trabajando en una cafetería. Lo segundo, si existe, seguro que no es aquí. —Se rasca la cabeza mientras mira a lo lejos—. ¿No crees que pegaría mucho más en Los Ángeles o en Miami? Y... lo tercero, ¿por qué no me das su número?

Suelto una risotada, y le quito la carpeta de las manos. No puedo evitar que un pequeño agujijón se me clave en el estómago pensando en que Álex y mi hermana puedan a llegar a... intimar de alguna forma.

—Ni se te ocurra, Juli. Son cosas de trabajo.

—Ya, y por eso te vas a ir a vivir con él.

—Todavía no lo he decidido...

—¿A quién quieres engañar? —Su ceja se eleva unos cuantos centímetros mientras frunce los labios, en un gesto de listilla que me hace sonreír por dentro.

—¿Y qué voy a hacer? A casa de mamá no pienso volver. Y no puedo pagar un alquiler normal hasta que no tenga algún ingreso.

—Ya, ya... —Ella me mira con cara de saber todos mis secretos, y tengo que lanzarle un cojín para romper esa conexión con mi cerebro.

—Bueno, ¿me ayudas con las fotos? —Intento desviar la conversación a lo que nos ha traído aquí.

Si se lo permito, seguro que se pasaría toda la tarde preguntándome cosas acerca de Álex. Y acabo de descubrir que no me gusta demasiado la idea de ellos dos conociéndose.

—A eso he venido, ¿no? —Después de soltar una risotada, se levanta del sofá y saca su cámara de fotos.

La observo mientras ajusta el objetivo en su cámara réflex. No es porque sea mi hermana, pero es monísima. De hecho, ni siquiera se preocupa demasiado por su aspecto y sigue estando genial. Tiene el pelo rubio de un tono más claro que el mío, pero ella siempre lo lleva recogido en un moño o en una trenza, a diferencia de yo, que suelo llevarlo suelto. Envidio esa capacidad que tiene para parecer libre y despreocupada, a pesar de que no lo es. Adoro la vida que transpira, sus ganas de comerse el mundo y su don de gentes. Físicamente, nos parecemos bastante, pero lo que hace que mi hermana sea especial es lo que tiene dentro y yo no tengo. Y eso es lo que de verdad envidio de ella.

Entre las dos, lo colocamos todo para que queden unas fotografías bonitas.

No es porque sea mía, pero mi casa es preciosa... la compré hace un par de años, cuando ganaba lo suficiente como para permitirme una hipoteca. Quizás tendría que haber previsto que

algo así me iba a ocurrir, lo de quedarme sin trabajo, quiero decir, pero tenía veinticuatro años. No se piensa mucho en el futuro a esa edad.

Después de toda la depresión de mi madre y su posterior reincorporación al mundo de los vivientes como la loca de los tés y los productos naturales, nuestra relación se había vuelto muy complicada. Para ser sincera, le tenía mucha manía. Estar cerca de ella me crispaba los nervios, me hacía bullir la sangre y me entraban hasta sarpullidos. Manteníamos una falsa cordialidad porque ella fingía no darse cuenta de mi animadversión, pero la verdad es que ambas evitábamos quedarnos solas. Ella decía que yo ponía sus chacras patas arriba y ella me subía la mala leche a niveles estratosféricos. Así que, en cuanto vi la casa a la venta en una inmobiliaria, no pude evitar comprarla.

El problema es que está diseñada para una persona, o una pareja... todos los espacios son grandes, pero escasos. Tiene una habitación espaciosa, una cocina espaciosa, un baño espacioso, un salón espacioso... y ahí dejamos de contar.

Según vamos sacando fotos a cada una de las estancias y desde todos los ángulos posibles, la pena va haciendo hueco dentro de mí. Sé que esto es lo que tengo que hacer, que es lo mejor para mí y para mi inexistente economía, pero... cómo duele.

Cuando terminamos, mi hermana se marcha a no sé donde, porque ha quedado con unos amigos, así que yo me pongo a revisar todas las instantáneas desde mi ordenador, para elegir las mejores.

Jo, me da tanta pena tener que alquilarlo... pero no puedo permitirme vivir en un piso así. No ahora mismo. Además... si puedo ahorrar algo de dinero, sería genial.

Después de elegir las mejores fotos, me preparo una ensalada para cenar. Mientras picoteo de las hojas de lechuga embadurnadas de mucho vinagre, busco fotos de Álex en internet. Me paso así varias horas, buscando información sobre él, leyendo artículos sobre los chicos de moda, averiguando cuáles pueden ser las mejores firmas para promocionarlo. Cuando ya no puedo mantener los ojos abiertos, cierro el portátil y me voy para la cama.

## Capítulo 15

Mientras empaqueto mi vida en varias cajas de cartón, no puedo evitar recordar la sensación de pérdida y desasosiego que sentí el día que me echaron del trabajo. La situación me resulta tan similar, aunque a distinta escala, que los ojos se me empañan en lágrimas.

Tengo que recordarme a mí misma varias veces que este no es un adiós definitivo, que solo es un hasta luego, pero me duele demasiado darme cuenta de que no sé cuándo voy a poder volver aquí.

En mi fuero interno, creo que, cuando puse el piso en alquiler, tenía la esperanza de no encontrar inquilinos. Había puesto un precio muy alto, pero es que mi piso lo vale. Está totalmente renovado y en una de las calles más céntricas de la ciudad, así que eso son extras que deben pagarse.

La sorpresa que me llevé fue que, a los pocos días de colgar las fotos de mi piso en una página de alquileres, una pareja joven se puso en contacto conmigo. Acababan de casarse y, en principio, no tenían ningún plan de traer al mundo descendencia. Así que el piso les venía redondo. Pasaron a verlo un día más tarde y sintieron un flechazo. O, en realidad, creo que fue ella la que se enamoró.

Mi habitación tiene el espacio suficiente como para alojar un armario empotrado casi tan grande como el baño. Había pedido que me hicieran a medida un montón de baldas y ganchos para poder colocar mis zapatos y accesorios, así que era algo muy parecido a tener tu propio vestidor. Cuando se lo enseñé a los posibles inquilinos, pude sentir cómo ella se quedaba prendada. Y él, que se notaba a la legua que estaba enamorado hasta las trancas de su reciente mujer, no supo decirle que no.

Firmamos el contrato una semana más tarde, y acordamos que me darían otra semana más para vaciarlo. De este modo, ellos pagarían a principio de mes y yo tendría tiempo suficiente para sacar todas mis cosas de allí.

También me costó un poco mucho decirle a Álex que había decidido que, quizás, mudarme a su casa mientras las cosas estaban como estaban era la mejor opción. No porque no supiera con seguridad que él iba a reaccionar genial. De hecho, se había tirado casi una semana preguntándome a diario si ya había puesto mi piso en alquiler. Pero esperé casi hasta el último momento para confirmárselo... no sé por qué. Supongo que, en el fondo, sentía que aquella decisión también iba a repercutir de otras muchas formas en mi vida.

Hace poco más de un mes y medio que nos conocemos y ya hemos alcanzado un nivel de relación que no tengo con gente que conozco desde hace muchos años.

Y me acojona.

Porque... lo reconozco aquí y con la boca pequeña, me estoy empezando a acostumbrar a sus sonrisas por la mañana, a sus mensajes por la tarde preguntándome si quedábamos para tomar una caña, y a su presencia en mi vida en general.

De hecho, ha pasado a ser el centro de mi mundo. Tanto, que me empiezo a dar cuenta de que pienso en él mucho más que en mí misma, y eso sí que nunca jamás de los jamases me había ocurrido.

Así que... a pesar de todo, supongo que esa es la razón por la que me resistía a admitir que iba

a ir a vivir con él. Si lo veo por la mañana, lo veo por la tarde, lo veo por la noche, trabajo para él, dormimos bajo el mismo techo...

¿Qué cojones va a ser de mí?



Como esperaba, el día que se lo dije, se alegró mucho. De hecho, ocurrió algo que nunca había ocurrido.

Estábamos tomando algo en una terraza, como ya se había vuelto una costumbre. En cuanto le di la nueva, se levantó de un salto de la silla, vino hacia mí, tiró de mis brazos para que me incorporase y me dio un abrazo. Un abrazo tan fuerte que mis pies tardaron poco en despegarse del suelo.

No supe muy bien cómo reaccionar. Por una parte, su efusividad me resultaba un poco extraña.

¿Tanto se alegraba por que fuera a vivir con él?

Y, segundo... ¿Por qué nunca nos habíamos tocado hasta ahora?

Me di cuenta en ese momento de que, desde que lo conocía, había evitado estar en contacto directo con él. La única vez que nuestras pieles se habían tocado de manera consciente había sido el día que nos presentamos oficialmente, y no fue más que un apretón de manos. El resto del tiempo no habíamos llegado más lejos que pequeños roces por mero accidente...

Así que la sensación que tuve al estar entre sus brazos fue demasiado abrumadora.

No sé cómo expresarlo, pero, cuando nos separamos, sé que sentí miedo. Miedo porque nunca había sentido nada como lo que sentí en aquel abrazo y porque me hacía sentir demasiado vulnerable todo aquello. Yo era la tipa dura que no se enamoraba, ¿no? O ¿era simplemente porque nunca había tenido la oportunidad de hacerlo?



Durante la semana que dura el proceso de meter toda mi vida en cajas de cartón, duermo fatal. Me da mucha pena despedirme de mi casa. Es mi pequeño refugio de paz, donde no tengo que fingir que soy fuerte. Donde puedo permitirme llorar desconsolada sin sentir vergüenza de mí misma. Donde no me hace falta maquillaje para verme guapa.

Supongo que el concepto de “casa” no implica un lugar concreto, así que, todas las noches, me intento convencer a mí misma de que terminaría convirtiendo la de Álex en lo mismo. No sé por qué, tengo algunas dudas...

Mi hermana viene varios días para ayudarme a empaquetar, así que ya lo tengo casi todo recogido. Solo me quedan algunas cosas de la cocina, y una parte del armario, que irá en una maleta.

Y, casi sin darme cuenta, llega mi último día en casa, así que me siento demasiado melancólica. Me paso por cada habitación para revisar que no he olvidado nada. Compruebo que los cajones están vacíos, que no hay nada en los armarios. Me siento en el sofá con un suspiro que me despeina el pelo alrededor de la cara y espero a que Álex venga hacia aquí, para ayudarme a recoger todas mis cosas.

Recorro la vista por el salón con minucia, despacio. Intento recordar cada una de las sensaciones que he vivido aquí y no puedo evitar que una lágrima me resbale por la cara.

Pero no quiero llorar.

No debo llorar.

Así que me levanto con una exhalación y vuelvo a repasar una a una las estancias. Cuando

llego a mi habitación, abro mi armario y lo miro con tristeza.

*Te voy a echar de menos, armario, pero es lo mejor para los dos.*

Estoy a punto de derramar otra lágrima, cuando Alex llama al timbre.

—Ya estoy aquí —dice él, después de abrirle la puerta.

—Ya lo veo. —Le sonrío con tristeza. Él me pone un pucherito muy mono y yo lo imito—. No me pongas esa cara, que estoy teniendo una lucha interna muy dura para no echarme a llorar. Y llevo todas las de perder.

Él me mira con comprensión, y es eso lo que me hace resquebrajarme un poco. Supongo que le resulta difícil creer que soy un ser humano, que tengo sentimientos. No es que no le haya mostrado cosas de mí que el resto del mundo no conoce, pero me imagino que todavía me cuesta un poco más de la cuenta dejarme llevar.

Por segunda vez en poco más de una semana, viene hacia mí y me envuelve entre sus brazos. Y, de la misma manera que ocurrió la otra vez, me envaró y me quedo tiesa como un palo.

¿He dicho ya que no soy demasiado cariñosa?

—¿Sabes? No te va a pasar nada por devolvérmelo.

—¿Eh?

—Que no va a pasar nada porque me devuelvas el abrazo, Alicia.

—Ah.

Rodeo con muy poca soltura su cintura, con los brazos bastante flácidos, y él aprieta los suyos en torno a mis hombros. Me encantaría poder relajarme, sentir que este abrazo me reconforta y me hace sentir bien, pero estoy tan tensa que no puedo disfrutarlo. Y me da rabia, porque sé que la gente agradece un abrazo, sé que es una manera muy eficaz para transmitir cariño, apoyo y demás, pero a mí no me sale.

—¿Ves? No ha sido tan difícil.

Pobre. Él no sabe todo lo que llevo por dentro...

Metemos unas cuantas cajas en su coche, y él las lleva hasta su casa. Repetimos el proceso cuatro veces, hasta que en mi casa ya solo quedan cosas que voy a donar, regalar, y un par de maletas.

Antes de salir, vuelvo a recorrerlo todo con la mirada.

A cada vuelta del cerrojo, presiento que estoy dejando una parte de mí muy importante entre esas paredes. Cuando la saco la llave de la cerradura, siento que acabo de cerrar un capítulo de mi vida.

Y, lo peor, es que no sé si quiero que vuelva a abrirse.

## Capítulo 16

El piso de Álex no tiene nada que ver con lo que me había imaginado. No es que tuviese una idea real de cómo iba a ser, pero lo cierto es que me sorprende lo que encuentro. En realidad, es un piso muy antiguo. La decoración es bastante pobre, y con esto me refiero a que apenas hay muchas cosas que se puedan considerar decoración. Según entramos por la puerta, nos encontramos con un largo pasillo.

—Bueno, pues... esta es mi casa.

Empieza a enseñarme una a una las habitaciones. Su despacho, donde hay una mesa enorme llena de papeles y un ordenador con dos monitores. Un baño con los azulejos en color gris pálido y la porcelana de color azul pitufo. Una habitación vacía, en la que solo hay una cama matrimonial y un armario empotrado, que me dice será mi habitación. La suya, que es bastante grande, con una cama gigante y otro armario empotrado. El salón, que poco más tiene que un sofá gigante, el mueble de la televisión y una mesa con seis sillas. Y, por último, la cocina.

Si bien no soy yo muy cocinera, me doy cuenta de que esta cocina sería el lugar favorito de alguien a quien le gustase cocinar. Los muebles son un poco antiguos, pero es muy amplia, con una meseta gigante, muchísimos armarios y una cocina de gas moderna.

—El piso era de mis abuelos... —Lo dice en un tono de voz tan apagado que hace que me vuelva hacia él para mirarlo—. Sé que es bastante feo, pero ahora mismo no me preocupa demasiado. Prefiero ahorrar todo lo que pueda para el proyecto. No quiero malgastar el dinero en muebles y esas cosas. Además, tampoco tengo muy claro que vaya a quedarme aquí durante mucho tiempo, así que... —Se encoge de hombros.

—Está bien...

—Venga, Alicia, acabo de salir de tu casa. Sé que las comparaciones son odiosas, pero es inevitable hacerlas.

—Bueno... a lo mejor, con un poco de mano femenina se puede mejorar.

—Seguro. Puedes hacer lo que quieras, pero tampoco te recomiendo que te gastes mucho dinero aquí. Además, tú tampoco andas sobrada...

No puedo decir nada para rebatirle la palabra, así que me encojo de hombros y asiento con la cabeza. Dejamos todas mis maletas en mi habitación, y Álex me ofrece algo de beber.

—No quiero nada, gracias.

Él va hacia la nevera y saca una botella de agua, que se sirve en un vaso. Mientras bebe, me mira apoyado en la encimera.

—Bueno, y ¿ahora qué? —pregunta.

—Pues... creo que me pondré a deshacer el equipaje.

El resto de cajas las ha dejado en el trastero. Tendré que hacer unos cuantos viajes para decidir qué es lo que se queda guardado y qué es lo que se viene conmigo a casa.

Mientras voy deshaciendo las dos maletas, me entra una desazón picante en el cuerpo.

*¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Por qué me siento tan fuera de lugar?*

Después de guardar toda la ropa en el armario, cojo una de las cajas donde guardo las sábanas y preparo la cama. La habitación en sí misma no es que sea fea, pero está tan vacía que me hace sentirme sola. Supongo que lo único que necesita es alguien que la llene, que le dé vida, pero



ahora mismo no tengo humor para transmitir a nada ni nadie. Cuando ya he hecho la cama, me dejo caer sobre ella y miro el techo.

*Dios, Juanma, no te puedes imaginar cuánto te odio en este momento.*

Me acuerdo de mi jefe en el peor momento. Si él no hubiese sido un imbécil inmaduro incapaz de admitir un fracaso, yo no estaría aquí. Estaría en mi precioso piso, o en algún acto... pero no. Estoy en una casa desconocida y fea, con un chico al que aprecio, pero al que apenas conozco. Y me siento sola. Muy sola.

Cuando siento que empiezo a desmoronarme, me levanto de la cama y busco el teléfono. Llamo a mi hermana.

—*¿Cómo ha ido todo?* —me pregunta nada más descolgar.

—Bien. Mal. No lo sé.

—*¿Qué pasa, Ali?* —me pregunta con preocupación.

—Estoy rara, Juli. No sé qué cojones hago aquí.

—*A ver... no le des tantas vueltas. Esto solo es algo pasajero.*

—Bueno, pasajero... he firmado un contrato de alquiler por un año, Juli. Hasta dentro de un año, como mínimo, no voy a poder volver a mi casa. Otras personas van a disfrutar de ella... y esto es una mierda. Esta casa es fría y fea, y yo estoy triste.

La oigo suspirar al otro lado del teléfono.

—*No voy a decirte que a lo mejor deberías haber ido a casa de mamá... pero bueno, supongo que ya te lo he dicho.*

—No, Juli. No quiero volver a casa de mamá. Ni siquiera he hablado con ella desde hace más de mes y medio.

—*Bueno, a lo mejor es el momento de que le des un toque. Sé que te echa de menos.*

—No me echa de menos. Ella solo se preocupa de que sus chacras no se desordenen.

—*Eso no es verdad, y lo sabes.*

—Pues... no, no lo sé, Juli...

—*No voy a volver a discutir contigo sobre ello, Alicia, pero tienes que hablar con ella de una vez. Sabe que te ha pasado algo...*

—Ya se lo has dicho, ¿no? —Resoplo.

—*No le he dicho nada, pero no es tonta, ¿sabes?*

Ahora soy yo la que suspira.

—En fin, hoy no voy a llamarla. Quizás mañana.

—*No seas mentirosa. Sabes que no vas a hacerlo.*

—Joder, Julieta, ¡no me presiones!

—*No te presiono, Alicia, solo intento hacerte ver que tu madre también te quiere y se preocupa por ti.*

—A buenas horas... —musito.

—*No seas mala... sabes que ella no eligió ponerse así cuando pasó lo de papá.*

¿Que ella no lo eligió? Lo que sé que no eligió fue luchar por sus dos hijas, que también habían perdido a su padre. Lo que sé es que decidió rendirse a la melancolía y dejar que la pena se la llevase consigo.

—Ya hablaremos.

—*No te enfades...*

—No me enfado contigo... es que estoy cansada. Hablamos mañana, ¿vale?

—*Vale. Te quiero mucho. Lo sabes, ¿verdad?*

Me encantaría tener la facilidad que tiene mi hermana para decir las cosas, para hablar de sus

sentimientos, para ser honesta consigo misma y con los que le rodean. Para ella no supone ningún reto decir “te quiero”. Sin embargo, para mí son las dos palabras más difíciles de pronunciar de todo el diccionario. Si bien ella es una de las personas con las que menos me cuesta comunicarme, asumo y admito que soy incapaz de dejar de lado el lazo anudado a mi garganta que me presiona la faringe cada vez que quiero hablar sobre lo que siento.

—Lo sé. Y yo a ti, enana. —Es lo que siempre le digo. Ella lo sabe, así que no me presiona. Sabe que la quiero más que a nadie, aunque no sea capaz de pronunciarlo con palabras.

—*Un beso.*

—Adiós.

Cuando cuelgo el teléfono, siento que la desazón ha sido sustituida por la rabia. Siento rabia por mi madre y no puedo evitarlo. Y, al mismo tiempo, me da pena sentir rabia por ella, porque no me gusta esa sensación, porque, a pesar de todo, también la quiero.

Supongo que, en el fondo, nunca podré dejar de culparla por todo. Por todo lo que me pasa, por ser como soy. Porque es consecuencia de sus actos, de la manera que tuvo de reaccionar cuando todo se vino abajo.

A los diecisiete años decidí que nadie podría hacerme sentir así, que no permitiría a nadie llegar tan adentro de mí como para dejar de *ser* en el momento en el que esa persona faltase. Que la única persona que podría herirme sería yo misma, y nadie más.

Veo que voy por derroteros. Rememorar todos los sentimientos profundos que me hacen ser quien soy no creo que me venga del todo bien, mucho menos teniendo en cuenta mi estado de ánimo. Ya he pasado por esto. Ya sé lo que tengo que hacer.

Me mentalizo para dejarlo aparcado en el rincón más oscuro y lejano de mi cerebro. Yo soy dueña de mis pensamientos, de mis decisiones, de mi vida. No puedo permitir que una historia tan pasada, tan triturada, tan lejana, siga haciendo mella en mí. Hoy solo me permitiré sentir pena por mi casa. Ni un día más. A partir de mañana, la mierda se queda fuera.

Suspiro sonoramente, me levanto de la cama tomando impulso, y salgo al pasillo.

—¿Álex...?

—Sí, estoy aquí. —Oigo que me llama desde su despacho, así que camino el tramo de pasillo a oscuras. Ya se ha hecho de noche y ni siquiera me había dado cuenta.

—Hola... —Asomo la cabeza tímidamente por una rendija de la puerta. Él para de teclear para girarse hacia mí con una sonrisa.

—¿Tienes hambre? —me pregunta.

—Pues... la verdad es que sí. Un poco. —Al decirlo, mis tripas rugen sin piedad. Sonríe con timidez, a modo de disculpa.

Él me devuelve la sonrisa y me dice que enseguida irá a prepararla. Espero pacientemente mientras sigue tecleando durante un minuto más, y luego las pantallas se quedan oscuras.

Se levanta de la silla con ruedas, y se estira cuan largo es, dejando a la vista su abdomen plano. Tengo que apartar la vista de la impresión. Creo que él me pilla mirando, porque esboza una leve sonrisa, y sale delante de mí hacia el pasillo. Meneo la cabeza un par de veces, antes de seguirlo.

—¿Qué te apetece comer? —me pregunta, una vez ya en la cocina.

—Pues... me da un poco lo mismo. La verdad es que me gusta casi todo.

—Tengo algo de pollo y una lechuga... —Abre la nevera y se pone a inspeccionar el contenido de esta—. Y también huevos, un calabacín pocho y unos tomates... ¿Nos apañamos con eso?

Sonríe, sin poder apenas evitarlo, y asiento con la cabeza.

—Claro.

Álex saca de la nevera todo lo que vamos a necesitar y, entre los dos, nos ponemos manos a la obra. Ya he dicho que no soy muy cocinitas, pero no porque se me dé mal, sino porque nunca tengo ni tiempo ni ganas para ponerme a cocinar. El ritmo de vida que he llevado hasta ahora no me permitía perder minutos entre fogones. Además, reconozco que nunca me ha gustado demasiado cocinar para mí misma. No es lo mismo que cocinar para dos, la verdad.

Entre los dos improvisamos la cena, con unas pechugas de pollo con un adobo de finas hierbas y una ensalada.

—¿Te parece bien que cenemos en el comedor? Así tendremos espacio suficiente para los dos.

—Donde quieras.

Álex asiente y preparamos la mesa del comedor. Cuando tenemos todo colocado en su sitio, los platos frente a nosotros y una botella de vino abierta, nos miramos unos segundos. La boca de Álex empieza a torcerse en una sonrisa contenida y yo no puedo evitar imitarlo, estallando en una pequeña carcajada.

—Bueno, pues... aquí estamos —dice él, después de soltar también una carcajada.

—Sí, aquí estamos.

—Sé que todo esto es un poco raro, pero me alegro de que estés aquí.

—Gracias. —Cojo la copa llena de vino y entierro la cara en ella. No sé por qué la situación me resulta un poco abrumadora, así que le doy un trago al vino para evitar el contacto directo de nuestros ojos.

Empezamos a cenar en un silencio solamente interrumpido por el chasquido de los cubiertos contra la porcelana de los platos. Saboreo la comida, apreciando su sabor, pero tengo una sensación extraña en el cuerpo. No podría siquiera describirlo, porque estoy segura de que es la primera vez que me ocurre algo así. Como si me sintiese fuera de lugar. Como si no debiese estar aquí.

Supongo que suspiro de forma audible, porque Álex levanta la vista de su plato, al que llevaba gran parte de la cena prestándole demasiada atención, para preguntarme qué me ocurre.

—Nada —contesto, apenas con un hilillo de voz.

—Venga, Alicia. No te conozco demasiado, pero sí lo suficiente como para saber que los silencios incómodos no son lo tuyo.

—Es que... —Suspiro de nuevo. Dejo los cubiertos apoyados sobre el plato y me paso las manos por el pelo—. Supongo que esta situación se me hace rara. No lo sé. Tengo una sensación extraña en el cuerpo.

—A ver, es normal. Primero, acabas de renunciar a la casa de tus sueños. Tu vida en estos momentos no es que se pueda considerar idílica, sobre todo teniendo en cuenta desde dónde partes. Y ahora estás aquí, en mi casa. Supongo que es completamente lógico que te sientas un poco... fuera de lugar.

Asiento.

—Es exactamente eso. Llevo demasiado tiempo viviendo mi vida a mi manera, sin tener que darle explicaciones a nadie, y me iba muy bien. Y, de repente, de un día para otro, todo el suelo bajo mis pies empieza a resquebrajarse y mi mundo se viene abajo.

—Y, además, estás aquí.

Hace mucho hincapié en que el hecho de que estar aquí para mí resulte violento, lo cual me da que pensar. A lo mejor para él también resulta extraño tener que convivir conmigo. Qué coño. Estoy segura de que para él tampoco tiene que ser sencillo.

—Sí, pero no es tanto por eso. O sea, supongo que tardaré unos días en acondicionarme a tu casa. Pero no quiero que pienses que soy una desagradecida. La verdad es que valoro muchísimo

tu hospitalidad. Seguro que para ti tampoco está siendo fácil ceder tu espacio personal a una persona que apenas conoces.

—En realidad, sí. Quiero decir, llevaba un tiempo planteándome lo de buscar un inquilino. No estoy seguro de que me guste estar solo.

—Pero llevas ya tiempo viviendo aquí, ¿no?

—Mmm... bueno, algunos meses, sí.

—¿Me vas a contar qué fue lo que pasó?

—¿Dónde? —Frunce el ceño.

—Con tu vida, con tu trabajo.

Él suspira también, deja los cubiertos encima del plato y se pasa una servilleta por los labios. Apoya la espalda en el respaldo de la silla y se cruza de brazos a la altura del pecho.

—Pues... a ver, trabajé durante seis años para una empresa.

—Ajá.

—Durante los primeros cinco años estuve muy a gusto. Los ordenadores siempre han sido lo mío, ya te lo había dicho, así que estaba encantado con mi trabajo. Después, la empresa se fusionó con una multinacional, y ahí fue donde empezaron a torcerse las cosas. Mi anterior jefe fue sustituido por otro. Un tipo con mucho morro que pretendía hacer suyos todos los proyectos del resto de empleados. Yo llevaba un par de años trabajando en un programa muy potente. De hecho, gracias a él había logrado ascender dentro de la empresa. La cuestión es que mi nuevo jefe empezó a sacarle pegadas a todo el trabajo que yo había hecho. Sabes cómo soy, Alicia, no me considero ni mejor ni peor que nadie, pero aquel programa era la hostia. De hecho, es de las únicas cosas de las que estoy orgulloso de haber hecho en la vida. Pero bueno, consiguió que la junta desestimara mi propuesta y le cedió el proyecto a uno de los suyos.

—Joder...

—No, si lo peor no es eso. Lo peor es que, a los pocos meses, me enteré por el periódico de que había vendido mi programa a una gran empresa. Obviamente, se había llevado él todos los méritos y todos los beneficios económicos.

—La hostia. Me imagino que estamos hablando de mucha pasta, ¿no?

—Pues sí, pero, si te digo la verdad, lo que menos me molestó en ese momento fue el dinero. Había estado dos años de mi vida desarrollando ese puto software, ¿sabes? Mi tiempo vale mucho más que el dinero. Además, me considero una persona de ley. No me gustan las traiciones.

—Ya... ¿y qué pasó después?

—Pues que denuncié el fraude, pero no tenía nada que avalase mi historia porque estaba todo a nombre de la empresa. Y él era el jefe. Fui tan gilipollas de confiar, ¿sabes? Tendría que haber encriptado alguna clave que me perteneciese a mí únicamente, para demostrar que era mi trabajo. Pero no lo hice. Así que perdí el juicio y dejé la empresa.

—Vaya...

—Y así fue cómo decidí independizarme. Al principio, no tenía demasiado dinero para ponerme por mi cuenta. Tuve que dejar mi piso y venirme a vivir aquí, con mi abuela. Ella murió hace tres meses.

—Joder, lo siento mucho.

—Bueno, no pasa nada. Supongo que es ley de vida. —Se encoje de hombros, pero puedo detectar un rastro de tristeza en sus ojos.

—¿Y tus padres?

—¿Mis padres? —Suelta una carcajada seca y fría, y fija la mirada en un punto indefinido por encima de mi cabeza—. Mi madre se murió cuando nació. Le dio una eclampsia. Y mi padre se

acojonó. Me dejó con mis abuelos y se marchó. Hace varios años que no sé nada de él.

—Menudo gilipollas...

—Ya lo sé, pero ahora ya me da igual. Sufrí mucho por ello de pequeño, ¿sabes? Algunos niños del colegio se reían de mí porque no tenía padres, pero... bueno, supongo que, a mi manera, también fui feliz.

—Lo siento muchísimo, Álex. De verdad. No te puedes imaginar cuánto te entiendo.

Me mira durante unos segundos, y echa el cuerpo hacia adelante hasta apoyar los codos sobre la mesa. Entrelaza las manos a la altura de su barbilla.

—¿Cuál es tu historia, Alicia?

Respiro profundo antes de contestar. No me gusta demasiado contarle mi vida a nadie, aunque supongo que Álex se lo merece después de todo lo que acaba de contarme. Además, si vamos a vivir juntos, es normal que nos conozcamos un poco más. Se me viene a la mente una imagen de mi padre, conmigo en brazos, mientras me hacía girar por el aire. Recuerdo mi sonrisa y la suya, sus cálidos brazos rodeándome el cuerpo, la sensación de seguridad y plenitud. No puedo evitar sonreír.

—Pues... desde luego, mi infancia sí que fue feliz. Mis padres no tenían muchísimo dinero, pero sí el suficiente como para que a mi hermana y a mí no nos faltase de nada. A pesar de lo que puedas pensar, yo era una niña un poco tímida y retraída, pero sí que tenía buenas amigas en colegio, así que no tengo ninguna queja de mis primeros años de vida. Todo empezó a torcerse cuando a mi padre le detectaron un cáncer. Yo tenía dieciséis. Tardó algo menos de un año en morir, y ese fue el inicio de nuestro declive. Mi madre se volvió loca. Le entró una depresión de caballo y tuve que encargarme yo de todo. No sé ni cómo lo hice, porque mi hermana tiene seis años menos que yo, así que era una cría. Imagínate la situación. Yo tenía diecisiete años, ganas de salir de fiesta, conocer a chicos... y, sin embargo, tenía que volver a casa inmediatamente después de clase, no salía los fines de semana... —Frunzo un poco el ceño—. No fue una época sencilla, la verdad. Después, poco a poco, mi madre fue saliendo del túnel, pero yo ya me había distanciado de ella. Supongo que nunca le perdonaré que se dejara ir, así sin más, y me dejara a mí sola con todo el marrón. Ahora va de tía enrollada, pero no la soporto.

—Vaya par, ¿no? Tenemos unas familias disfuncionales y estupendas.

—En fin, me sabe mal quejarme, porque hay tanta gente en el mundo con situaciones tan difíciles... pero, sí, joder. Yo quería ser como mis compañeras de clase, ¿sabes? No tener preocupaciones más allá de que el chico de turno me pidiera salir. Admito que cuando empecé la universidad me alejé un poco de casa, pero luego me di cuenta de que mi hermana seguía siendo una niña, y que me necesitaba. Así que lo hice por ella. Ni por mí ni por mi madre, sino por ella.

Álex asiente en señal de comprensión y yo le devuelvo una sonrisa triste.

—Bueno, demasiada profundidad para estas horas de la noche, ¿no crees?

—Pues sí.

Nos ponemos a recoger los trastos de la cena y, para cuando me quiero dar cuenta, son casi las dos de la mañana. Caminamos hasta las habitaciones, una al lado de la otra, y nos despedimos en la puerta.

—Muchas gracias por todo, Alicia.

—¿Qué? ¡No! Gracias a ti.

—De verdad, agradezco mucho que te hayas abierto a mí. Tengo la sensación de que no lo haces muy a menudo.

—No, la verdad que no. —Sonrío con timidez.

Álex se despide de mí con una sonrisa, antes de meterse en el interior de su habitación.

Para cuando entro en la mía, parte de mi malestar se ha disuelto. Al fin y al cabo, creo que he encontrado una persona con la que poder desahogarme sin sentirme la peor persona del mundo.

Y creo que, al final, todo esto no va a estar tan mal como yo tenía pensado

**Agosto**

## Capítulo 17

Nunca te das cuenta de lo solo que estás hasta que estás acompañado. Yo tenía la mala costumbre de pensar que la gente me estorbaba la mayor parte del tiempo. Soy una persona de ideas fijas y un poco cabezota, así que siempre me gustaba hacer lo que yo quería. Muchas veces me contenía, por eso de la adaptación social y demás chuminadas, que no dejaban de parecerme un estorbo, pero había cosas por las que no estaba dispuesta a pasar. Y no es que yo quisiese ser así. Es que no tenía alternativa. Es como si a una persona con la piel oscura le preguntan por qué es oscura. Pues porque sí. ¿Puede cambiar? No.

Sin embargo, creo que siempre he sentido un pequeño vacío en lo más profundo de mí. Como un agujero negro, que absorbe parte de mis buenas energías y me deja solo oscuridad. No es que me ocurriese constantemente, pero creo que es porque la mayor parte de las veces simplemente dejaba de prestarle atención. Si no lo siento, no existe.

En cualquier caso, en los diez días que llevo viviendo con Álex, he comprendido una cosa: no me gusta estar sola. Aunque tampoco me gusta que me mangoneen.

Y eso es lo bueno que tiene Álex. Por las mañanas, se marcha a primera hora a la cafetería, lo cual me da cierta libertad para hacer mis cosas. Incluso mis necesidades. No es que nunca me hubiese planteado que ir al baño fuese un tema que me causase pudor, pero he comprobado en estos días que, en realidad, así es. Porque... joder, imagínate que se me escapa un pedo y él lo escucha. ¡Qué vergüenza!

Por las tardes, prácticamente se encierra en su despacho a trabajar, lo cual vuelve a darme cierta libertad para hacer lo que me plazca. Es por las noches cuando pasamos algo de tiempo juntos. Nos hemos aficionado a un par de series en *Netflix*, así que, cuando termina su jornada, nos ponemos a cenar devorando capítulo tras capítulo. La mayoría de los días termino agazapada contra el reposabrazos mientras que él acaricia de forma distraída uno de mis empeines.

Reconozco que la primera vez que eso ocurrió me pasé todo el capítulo sin prestar atención a lo que ocurría en la televisión, sin apenas moverme por si eso le daba a entender cosas que no eran. Tiesa como un palo. Sin embargo, a medida que pasan los días, le he cogido gusto a sus caricias fugaces. Es como si me faltara un *algo* si no lo hace.

En cuanto a mi trabajo, sigo en busca y captura, pero ya no lo veo como algo tan necesario. Si Álex empieza a hacer alguna cosa de modelo, eso nos dará a los dos suficiente como para tirar unos meses. Además, empiezo a plantearme que quizás pueda extender un poco el nicho de búsqueda. A lo mejor estoy demasiado obcecada con el tema de la representación. Recuerdo que, en la universidad, me tocó hacer prácticas para una empresa de organización de eventos y que me encantaba. Quizás no soy una persona muy comunicativa en cuanto a sentimientos se refiere, pero siempre se me han dado bien las personas. Fingir esa cordialidad que hace que alguien pueda sentirse a gusto. Y como tampoco soy doña sonrisas, creen que si sonrío es porque es algo sincero.

Pobres ingenuos.

Hasta yo sé fingirlas.

Mientras estoy tirada en la cama, navegando por internet en busca de ideas en Pinterest, y empresas que se dediquen a algo que se pueda asemejar a lo que yo tengo en mente, me doy cuenta



de que echo en falta un escritorio, un espacio donde sentirme a gusto y cómoda para trabajar. Incluso un par de cuadros que alegren el fondo de estas paredes tan blancas, y unas cortinas monas. Me meto rápidamente en la página web de mi banco, para comprobar el *cash* y, para mi sorpresa, veo que ya me han ingresado el dinero del primer alquiler y la fianza. Además, también tengo el colchón que supuso vender mi pequeño *Mini*, que, aunque no tenga intención de gastarlo, nunca está de más tener unos pequeños ahorritos.

Con una sonrisa, decido que puedo permitirme un pequeño capricho y acercarme a Ikea a comprar una mesa y algo de decoración que le dé un poco de vida a mi habitación. Seguramente, podría apañarme con cualquier cosa, pero la consumista que tengo aferrada en mi interior lleva cohibiéndose demasiado. Vamos a darle un respiro a la pobre.

Salgo de mi habitación, con la intención de acercarme al despacho de Álex para pedirle prestado su coche. Llamo un par de veces con los nudillos y, como ya es costumbre, lo oigo teclear como un poseso sobre las teclas de su ordenador.

—Pasa.

Asomo la cabeza por el hueco que dejo entre la puerta y el marco, y dibujo una sonrisa en mis labios.

—Perdona por interrumpirte, pero estaba pensando que igual me acercaba a Ikea. ¿Podrías prestarme tu coche para ir hasta allí?

—¿A Ikea? —Se gira hacia mí y me mira con sorpresa.

—Sí, para comprar un escritorio.

—Mmm, claro. Pero... —Se frota la cara con algo de frustración— ¿Te importa que vaya contigo?

—Ah, ¡no! Claro. Puedes venir, si quieres. Pensé que estarías ocupado...

—Sí, bueno... es que estoy un poco bloqueado hoy, y no avanzo... así que me vendrá bien para despejarme.

—Pues... cuando quieras. Yo ya estoy lista.

—Dame cinco minutos.

Se levanta de la mesa, y me guiña un ojo antes de salir de la habitación. Lo miro mientras se aleja por el pasillo y no puedo evitar soltar un suspiro.

Entro en mi habitación para coger el bolso y calzarme, pero a los pocos minutos escucho a Álex diciéndome que ya está listo.

Ya en el coche, nos envolvemos en un silencio un poco extraño. Decido poner música, por eso de que los silencios extraños han de rellenarse. Empieza a sonar *Stand by me* de Ben E. King y no puedo evitar mover la cabeza de un lado a otro siguiendo el ritmo de la música.

—¿Te gusta? —pregunta Álex con un tono divertido, después de mirarme de reojo.

Chasqueo los dedos siguiendo el ritmo, mientras muevo los brazos de forma sinuosa.

—Me encanta. Tengo predilección por la música de los 60. Y la de los 70. Y la de los 80.

—O sea, que te gusta la música retro.

—En realidad, creo que soy capaz de admitir casi cualquier tipo de música, exceptuando el *hardcore*, el *chunda-chunda* y esas cosas electrónicas que no hacen más que sacarte dolor de cabeza. ¿Y tú?

—Yo soy fan del rock clásico. Los Rolling, ACDC, Kiss, Led Zeppelin... esas cosas.

—Qué típico —digo, sonriendo con maldad—. ¿Cuál es tu canción favorita?

—Ya, bruja. —Él menea la cabeza con una sonrisa—. Pues... no lo sé, la verdad. Tengo varias, aunque *Starway to heaven* siempre me ha encantado.

—Ah, sí. Es muy buena.

Recuerdo que a mi padre le encantaba esa canción. Cada vez que mi hermana se ponía a llorar cuando era un bebé, él se la ponía y conseguía que se durmiera. De hecho, si no ha cambiado, es también la canción favorita de Julieta.

Mientras subimos las escaleras mecánicas que nos dirigen hacia la exposición, Álex saca su móvil del bolsillo y teclea rápidamente algo en la pantalla táctil antes de volver a guardarlo.

Desde que lo conozco, hace ya dos meses, nunca lo he visto quedando con amigos o con chicas. Me pregunto qué clase de vida llevaba antes de conocerme a mí. Si está solo, o simplemente tan inmerso en su trabajo que ha dejado de lado las relaciones sociales para centrarse en conseguir su sueño.

—¿Qué solías hacer antes de conocerme, cuando no estabas trabajando? —pregunto mientras enfilamos el pasillo de los sofás.

—¿Te refieres a vida social y demás?

—Sí. ¿Haces algo además de trabajar? ¿Sales a tomar algo con tus amigos?

—Pues... la verdad es que desde hace mucho le dedico todo mi tiempo al trabajo. Bueno, antes de que aparecieses en mi vida, claro.

Lo miro brevemente.

¿Qué clase de vida tenía Álex antes de que yo lo conociese?

—¿En serio? Pero si tienes veintinueve años. ¿Cómo no ibas a salir nunca?

—A ver... no es eso. Sí que salía, pero antes.

—¿Y por qué ya no?

—Alicia, ¿te das cuenta de que me haces demasiadas preguntas?

Sopeso su pregunta. Sí, le hago muchas preguntas, pero porque quiero conocerlo mejor. Dado que vivimos juntos y que pasamos gran parte de nuestro tiempo él y yo solos, me gustaría saber qué es lo que hacía antes de que yo apareciese en su vida, antes de que las cosas fuesen como son ahora.

Él suelta una risita silenciosa, mientras conduce el carrito por el largo pasillo.

—Pues... supongo que ya no me interesa lo que te ofrece la noche —responde él, cuando yo ya pensaba que se había acabado la conversación.

—Joder, pero no me refiero solo a salir de fiesta. Me refiero a socializar, a charlar con alguien... No sé, ese tipo de cosas.

Él se encoge de hombros. Se para frente a un estante con fundas de cojines y me muestra uno.

—¿Te gusta?

—¿Estás intentando evitar el tema? —Cojo la funda de cojín que me enseña y la meto en el carro de la compra.

—¿Yo? —Sigue caminando por el pasillo, lo que me obliga a alcanzarlo con una carrerita—. Qué va.

Entrecierro los ojos y frunzo los labios, y él sonríe con suficiencia.

Decido insistir.

—¿Cómo es posible que alguien como tú no tenga amigos con los que ir a tomar unas cervezas por la tarde? ¿O mil chicas detrás de él locas por conseguir una cita?

—Sí que tengo amigos.

—¿Y por qué nunca te he visto con ninguno de ellos?

Se encoge de hombros.

—Quizás porque son demasiado guapos. No quiero que me cambies por ninguno de ellos.

Abro la boca, en busca de una réplica inteligente que darle, pero no me sale nada. Él se echa a reír.

—No te asustes, Ali. Solo bromeaba. Tengo amigos, lo que pasa que ahora mismo estoy muy ocupado como para perder el tiempo tomando cervezas.

—Conmigo quedabas a tomar cerveza.

—Ya. —Coge un marco de fotos y lo mete en el carro.

—¿Entonces?

—Entonces, nada. Contigo... era distinto.

—¿Y eso por qué?

—Pues... no lo sé. —Tuerce por el pasillo hacia el menaje de cocina—. De todas formas, nosotros quedábamos para hablar de trabajo.

Levanto una ceja, escéptica.

—Sabes que eso no es del todo verdad. —Sí es cierto que, al principio, el motivo de nuestras reuniones vespertinas era el trabajo. Pero dejó de serlo casi antes de empezar. Después, charlábamos sobre otro tipo de cosas que poco tenían que ver con el trabajo.

—¿Estás segura de que quieres saber las respuestas a tus preguntas? No es justo que seas tan curiosa y que luego tú apenas muestres nada de ti misma, ¿no te parece?

Lo miro durante unos segundos antes de decidir que tiene razón. Me acerco a un estante con varias tazas de colores y le enseño una. Asiente con la cabeza, ocultando una sonrisa, y sé que se ha acabado el tema por esta tarde.

## Capítulo 18

Llegamos a casa después de varias horas dando vueltas por Ikea, así que lo único que me apetece es darme una buena ducha, ponerme el pijama y cenar algo. Dejo sobre la cama el bolso, y voy en busca de Álex, que está en la cocina. Lo encuentro rebuscando en la nevera, de manera que desde mi perspectiva puedo apreciar las dos maravillosas nalgas que sus padres le dieron envueltas en un vaquero claro. La camiseta se le ha subido un poco, así que el elástico de sus calzoncillos hace acto de presencia.

Empiezo a tener calor.

Un calor que poco tiene que ver con la temperatura ambiente.

Mierda.

Necesito echar un polvo. Con urgencia. De hecho, ¿hace cuánto tiempo ya que no tengo ningún encuentro íntimo con un hombre? Demasiado, seguro.

Álex siente mi presencia y se incorpora de nuevo. No parece darse cuenta de mi estado, así que yo tampoco voy a explicarle por qué de repente he empezado a sudar, por qué siento que mis pómulos se han teñido de un ligero tono rojizo, de por qué el corazón me late muy fuerte.

—¿Preparo la cena mientras te das una ducha?

Si, por favor. Una ducha de agua fría es lo que necesito.

Le agradezco el ofrecimiento y me encamino directa al baño. Nunca había sentido una cosa así. Una atracción tan palpable. Mi cuerpo comportándose de un modo tan primitivo, tan carnal.

Me desnudo lo más rápido que puedo y me introduzco en la bañera. Ni siquiera espero a que el agua se temple. Abro el grifo y dejo que el líquido frío me caiga por encima.

Suspiro profundamente.

Los poros de mi piel se dilatan a causa de la temperatura, el vello se me eriza, y los pezones se me endurecen. Me froto el cuello con la palma de la mano, y entierro los dedos entre los largos mechones de mi pelo.

¿Hace cuánto tiempo que un hombre no hace lo mismo conmigo? ¿Desde cuándo no me siento deseada?

Deslizo la mano por mis hombros, hasta llegar a mis pechos. Presiono las yemas de mis dedos en mis pezones endurecidos. Suelto un jadeo, tanto por el latigazo de placer que me recorre el cuerpo como por la sorpresa de haberlo sentido.

Yo no suelo masturbarme.

No solía tener la necesidad.

No es que no disfrutase con el sexo, pero normalmente estaba demasiado cansada como para tener ganas de darme un poco de placer a mí misma. Y cuando tenía ganas de darle una alegría al cuerpo, solía tener un compañero dispuesto a hacerlo.

Sigo con el recorrido descendente de mis manos a lo largo de mi estómago hasta llegar al pubis. Dejo que mis dedos se deslicen entre mis labios y presiono el clítoris con dos dedos. Se me escapa el aire entre los dientes. La cabeza se me cae sola hacia un lado. Sigo presionando las yemas de los dedos, trazando círculos imaginarios, ejerciendo la presión exacta para encontrar el orgasmo. Me muerdo el labio inferior para impedir el gemido de satisfacción, pero el aire se me escapa rápido por la boca, así que no puedo evitar que un suave maullido quejumbroso rebote

contra los azulejos.

—¿Alicia? ¿Estás bien? —Álex me pregunta con voz preocupada a través de la puerta.

El momento de intimidad conmigo misma se rompe. Pestañeo un par de veces para volver al presente.

—Sí. —Mi voz suena ahogada. Carraspeo—. Sí.

—Vale, me habías asustado...

No dice nada más, así que espero que ya se haya marchado. Apoyo la frente contra el azulejo de la ducha y me entra una risa nerviosa.

Dios, ¿me acaba de pillar tocándome?

Me siento como un quinceañero pajillero cazado por sorpresa con las manos en la masa.

Termino de ducharme sin percances, y salgo del baño envuelta en una toalla.

Cuando ya me he puesto el pijama, voy hacia la cocina para preguntarle a Álex si necesita ayuda. Lo encuentro salteando algo en una sartén.

—¿Te echo una mano? —Recojo mi pelo, todavía húmedo por la ducha, en un moño.

Él vuelve la mirada hacia mí y, con una sonrisa de suficiencia, niega con la cabeza.

—No, ya está casi. ¿Quieres poner la mesa?

—Vale.

Según voy colocando los platos y los cubiertos, me doy cuenta de que es bastante probable que Álex se haya dado cuenta de lo que estaba haciendo en el baño.

—Me doy una ducha rápida y cenamos, ¿vale? —Su voz a mi espalda me sorprende, así que doy un ligero saltito. Él se ríe. —Vaya susto.

—Vale, imbécil.

Lo veo marchar con una sonrisilla y niego con la cabeza.

Lo sabe, fijo.

Oigo el agua de la ducha abrirse. No puedo evitar el aluvión de imágenes que se vienen a mi cabeza.

Álex con el pecho musculoso al descubierto.

El agua arroyando por su cuerpo.

Su pelo húmedo goteando.

Gruño con frustración y sigo colocando la mesa. Me entretengo de más doblando cuidadosamente las servilletas de papel que esta misma tarde compramos en Ikea. A ver si así dejo de pensar en Álex desnudo, Álex mojado, Álex duro...

Ay. Me estoy volviendo loca, seguro.

El agua de la ducha deja de sonar. No sé por qué, mis pies comienzan a caminar solos hacia el pasillo. Mi cabeza me dice que pare, que no puedo seguir avanzando, pero mis pies no me hacen caso. Tengo que verlo.

La puerta del baño se abre y Álex sale, rodeado por un halo de vaho. Y, para el beneficio de mis ojos y el perjuicio de mi cabeza, solo lleva una toalla minúscula rodeándole las caderas. Unas cuantas gotas de agua se deslizan por su pecho, y creo que me quedo demasiado tiempo siguiendo su recorrido, hasta verlas desaparecer en la toalla.

Si verlo semidesnudo en fotografía ya me supuso un problema, no creo que nadie se pueda imaginar lo que está siendo para mí verlo en directo en este momento. Creo que ni siquiera él sabe cómo reaccionar, porque me mira extrañado en mitad del pasillo.

—¿Pasa algo? ¿Estás bien?

—Sí, es que... —*tienes que pensar algo rápido, Alicia*— es que iba a por una cosa a mi habitación. —Echo a andar hacia allí y cierro la puerta contra mi espalda.

Lo oigo dudar unos segundos en el pasillo, pero pronto sus pasos me desvelan que ha ido hacia su habitación.

Pero ¿qué coño estoy haciendo?

Respiro fuerte un par de veces y vuelvo a ir hacia el salón.

*Se acabó la tontería, Alicia.*

Cenamos con tranquilidad, sin mencionar nada de lo que ha ocurrido esta tarde. Me quedo más tranquila, pero siento que todo se está yendo a la mierda sin poder hacer nada para evitarlo.

Autocontrol, ven a mí.

## Capítulo 19

Casi sin darme cuenta, llega el primer día de la sesión de fotos. Álex conduce relajado, tarareando una canción que suena en la radio, mientras yo reviso los emails desde el teléfono. Hace unos días decidí tomarme con calma lo de buscar un trabajo estable. A lo mejor, puedo ir poco a poco.

De momento, Álex me ha presentado a algún amigo suyo que también se dedica a esto, así que he estado intentando encontrarles cosas, tirar de antiguos contactos que necesiten ayuda. Aunque tengo que admitir que estoy reservando todo lo bueno para él. Sus amigos son muy guapos, sobre todo Marco, pero no puedo evitar compararlos con Álex y que todos salgan perdiendo.

Desde el incidente de la ducha, he notado que ambos estamos más... sensibles. Las miradas son un poco más largas, las respiraciones un poco más lentas... hay tensión. Tensión sexual, me refiero. Pero no quiero dejarme llevar. No puedo dejarme llevar. Si algo he aprendido de todo esto es que el sexo lo jode todo. Jode las amistades, jode las relaciones laborales... pero, coño, cómo me pican las manos por no poder enterrar los dedos entre su pelo, por no poder acariciar su piel de un extremo al otro de su cuerpo.

La marca para la que Álex va a hacer la sesión de fotos tiene el atelier en un polígono industrial, así que hemos quedado allí con Lucía, mi contacto. Al lado del polígono, hay una antigua fábrica en ruinas, así que han decidido que se harán allí las fotos de exteriores. El resto se harán en el propio atelier.

Me paso casi todo el camino en coche intentando recordar cómo era yo cuando trabaja. Parece que no, pero las cosas se olvidan con mucha facilidad. Hace ya casi tres meses que Juanma me echó de mi puesto soñado; uno que llevo viviendo con Álex. Me preocupa no sentirme a gusto. Haber perdido la destreza y no ser buena en lo mío.

Sin embargo, cuando llegamos, desentierro a la antigua Alicia de una forma tan natural que casi no me doy ni cuenta. La Alicia profesional, la resolutiva, hace acto de presencia, entrando triunfal en el escenario, así que me olvido de todos los miedos que tenía en el coche y dejo que mi actitud en modo automático tome las riendas.

Lucía nos espera ya en la entrada, así que hago las presentaciones oficiales. Veo cómo los ojos de ella se abren complacidos al ver a Álex, a pesar de haberlo visto ya en fotografía. Como es obvio, su imagen en directo es mucho más asombrosa. Trae una camiseta blanca que se le ajusta al pecho y unos vaqueros claros, con varios rotos en las rodillas, que le sientan demasiado bien.

El corazón me da un golpe fuerte. El estómago se me empuña. Pero soy profesional, así que los acompaño mientras van a firmar el contrato. Ella le explica en qué consiste el trabajo. Tendrá que trabajar durante tres días. La primera parte se hará aquí mismo, hoy. Mañana tendrá que hacer otro *shooting* en la ciudad y el tercer día será con una modelo.

Sí, chica.

He tenido que obligarme a mí misma a olvidar las dos mil imágenes de Álex practicando el kamasutra completo con una desconocida de rasgos perfectos que se me vinieron a la mente el día que Lucía me lo dijo.

En fin.

Prefiero no volver a recordarlo.

Después de aclarar todo el asunto económico, ella lo acompaña a la zona donde tiene que cambiarse. Le da algunas indicaciones sobre cómo va a ser la campaña, sobre lo que están buscando. Él asiente, tomándose muy en serio todas las peticiones que Lucía le está haciendo.

—Joder con el chico... —me dice ella, cuando dejamos a Álex en la zona de vestuario—. Está para parar trenes.

Sonrío con suficiencia.

—Sí, la verdad es que es muy guapo.

—¿Y cómo dices que lo conociste?

—Pues... en una cafetería. Él trabaja ahí.

—No me digas que ahora eres cazatalentos. —Ella suelta una risita, con un poco de maldad.

—Para nada. Él necesitaba alguien que lo ayudase y yo necesitaba trabajo. Eso es todo.

—Ya... he oído por ahí lo de Juanma. Dicen que te echa de menos.

—No me hables de ese...

—Pero ¿qué pasó?

—Una historia muy larga...

Mientras hablamos, veo aparecer a Álex. Lleva una camisa de cuadros cubierta por un jersey en tono ladrillo, unos pantalones de pana fina de color mostaza, y unas botas marrones. La boca se me hace agua. Está para comérselo. Se ve que le han rebajado la barba y le han hecho un moño bajo, algo deshecho.

Lucía asiente, satisfecha, y le hace indicaciones para que se acerque a una zona que han acondicionado como estudio fotográfico.

Allí nos esperan varias personas, entre ellas, el fotógrafo.

Víctor y yo nos conocemos desde hace tiempo. He sido representante de alguno de los modelos que él ha fotografiado, así que enseguida se acerca a saludarme. Nos estrechamos la mano en un apretón profesional, pero sabiendo que ambos nos hemos visto en situaciones mucho más... horizontales. Su mano permanece algunos segundos de más apretando la mía. De hecho, su pulgar se queda presionando la zona en la que mi pulso se hace más evidente.

—¿Qué tal, Alicia? —me pregunta él, en un tono de voz que ya conozco. Es el tipo de tono en el que se dejan ver todas las intenciones secretas que hay detrás de lo que se dice.

—Fenomenal, ¿tú? —No sé por qué, la cínica que vive en mí se pone al mando. Sonrío con coquetería, pero sin ser vulgar. Lo miro directamente a los ojos, para que le quede claro que sigo siendo yo la que está al mando.

—Te presento a Víctor —corta Lucía, dirigiéndose a Álex—. Él te hará las fotos estos días.

Álex y Víctor se dan la mano. Veo que Álex frunce el ceño en un gesto casi imperceptible para el resto, pero que yo sí que soy capaz de reconocer.

Víctor se gira hacia mí y me dedica una sonrisa de esas que dicen muchas cosas. Yo le sonrío también, y me muerdo el labio inferior, como quien no quiere la cosa.

Yo también sé jugar a este juego...

Justo después, Álex se dirige hacia donde le indican sin siquiera mirarme. Enseguida todo se vuelve un montón de destellos de flash, indicaciones sobre la postura, cambios de vestuario. Lucía y yo observamos todo desde bambalinas.

—Pon cara pensativa —le dice Víctor—. Más. Ahora tócate el pelo. Así. No, mejor échalo hacia atrás. Quédate así, eso. Más serio. Más seductor. Venga.

—De verdad, Ali, vaya mina de oro. Este chico es buenísimo. —Lucía sigue comentándome mientras yo observo todos los movimientos de Álex.

La verdad es que lo está haciendo genial. Víctor le pide que ponga mil caras, que haga mil



gestos, y él intenta seguir al pie de la letra cada una de sus peticiones, consiguiéndolo.

Cuando terminamos de hacer las fotos de interior, salimos hacia la calle.

Álex echa a andar, rodeado de parte del equipo de producción sin apenas dirigirme una mirada de soslayo. Quiero pensar que está demasiado concentrado en la sesión, pero supongo que, en el fondo, me siento un poco decepcionada. Quizás esperaba que nuestras miradas se encontraran en busca de una señal de aprobación, o algo así. Qué sé yo...

La antigua fábrica está llena de ladrillos rotos, de listones de metal en el suelo, de grafitis por las paredes, pero han acondicionado una parte para crear el ambiente adecuado.

Le hacen cambiarse de ropa otras tantas veces, pero aquí estamos todos viendo cómo lo hace.

Siento un tirón de celos en el estómago al verlo. Porque todas las mujeres aquí presentes estamos observándolo ansiosas.

A tomar por saco la profesionalidad.

Es el tío más guapo en varios metros a la redonda, así que es inevitable que a todas se nos vayan los ojos detrás de su culo prieto.

Tres horas después, ya hemos terminado.

*Por fin*, pienso.

Estoy agotada. No quiero pensar en cómo debe de estar él.

Lucía se deshace en halagos, prometiendo que no será la última vez que trabajen juntos. Álex le agradece el interés con una gran sonrisa, quizás demasiado grande para mi gusto, pero yo no puedo decir nada.

Primero, porque yo necesito tanto como él que trabaje.

Segundo, porque yo le conseguí este trabajito.

Y tercero, porque no soy nadie para exigirle a él nada.

Porque no somos nada. Porque ni siquiera nos hemos liado. Porque no quiero que me importe.

Víctor se acerca a mí antes de que nos marchemos. Me propone que nos veamos después, para recordar los viejos tiempos.

Una pequeña parte de mí tiene ganas de decirle que sí. Mi voz interna me dice que es lo que necesito para olvidar los sentimientos raros que estoy teniendo por Álex, pero termino rechazando su proposición con una sonrisa. La verdad es que estoy muerta de cansancio y lo único que me apetece es volver a casa. Nos despedimos del equipo hasta el día siguiente y nos encaminamos hacia el coche.

Álex apenas me ha dirigido la palabra en todo el día, así que estoy ansiosa por saber qué tal ha estado. Si se ha sentido a gusto, o si hay algo con lo que no ha estado cómodo.

Nos montamos en el coche, aún en silencio, así que no tardo en abrir la boca.

—¿Qué tal? ¿Cómo ha ido todo? —Lo miro con una gran sonrisa.

—Pues creo que muy bien, ¿no?

—Sí, yo también creo que ha ido genial. La verdad es que se te veía muy profesional. Me has dejado impresionada.

—¿Sí? —No sé por qué no soy capaz de adivinar qué quiere decir el tono de voz que está utilizando conmigo. ¿Está enfadado?

—¿Te pasa algo?

—¿A mí? No, qué va.

No sé muy bien qué decir, así que me quedo callada. Empiezo a hacer un repaso mental de las cosas que he podido hacer o decir que le hayan sentado mal, pero no soy consciente de haber hecho nada. Me cabreo un poco.

—¿Sabes? No me gusta tu tono.

—¿Qué tono, Alicia? —Me habla con un poco de desprecio—. ¿Este?

—Pues sí, ese mismo. ¿Qué coño te pasa?

—Ya te he dicho que no me pasa nada.

—Pues si no te pasa nada, no me hables así. —Me cruzo de brazos y empiezo a mirar por la ventanilla hacia el exterior.

Lo oigo bufar un poco, y asentir.

—Lo siento, tienes razón.

No puedo evitar mirarlo desorientada. Me duele un poco la cabeza por el cansancio, así que me froto la palma de la mano por la frente, para ver si soy capaz de disolver el dolor que me atraviesa el lado izquierdo.

El silencio sigue siendo muy violento, así que enciendo la radio. Reposo la cabeza contra el asiento y miro distraída por la ventanilla. Las luces de las farolas se mueven con rapidez en la oscuridad de la noche. Los faros de los coches con los que nos cruzamos reflejan en los cristales, haciendo que mi dolor de cabeza aumente por momentos, así que cierro los ojos.

No lo veo, pero sé que me está mirando. Lo noto girar el cuello hacia mí en más de una ocasión, y lo oigo echar el aire por la nariz unas cuantas veces.

—Lo siento —repite, esta vez en un tono que me deja claro que lo dice en serio.

Asiento, aún con los ojos cerrados.

—No te preocupes. Yo también estoy cansada.

Palmea con una mano mi rodilla un par de veces, en un gesto conciliador. Sin embargo, yo siento cómo el calor que su palma ha dejado sobre mi pierna asciende hacia las zonas que no debería.

Contengo un pequeño jadeo de frustración. Permanezco con los ojos cerrados hasta que el coche se detiene definitivamente.

## Capítulo 20

Cuando llegamos a casa, voy directa a mi habitación. Estoy frustrada, cansada y hambrienta. Y, lo peor, sé que no es solo de comida. Ni por el día tan largo que acabamos de dejar atrás.

Me descalzo con violencia, tirando las sandalias de tacón a la otra punta de la habitación. Suelto un gruñido de pura rabia, sin saber bien por qué. Me siento exhausta; emocionalmente agotada.

Me empieza a faltar aire en los pulmones, así que abro los botones de mi camisa sin demasiado cuidado, sin tener en cuenta que es una camisa de seda, sin importarme que sea mi favorita. Solo sé que me ahogo. Que me agobia. Que quiero quitármelo todo de encima.

Me siento en la cama, ya solo con la ropa interior puesta, y entierro la cara entre mis manos.

¿Qué narices me pasa?

Presiono con la yema de los dedos el surco de mis cejas, hasta llegar a las sienes. La cabeza está a punto de estallarme. Este intento de discusión me ha dejado agotada, y no entiendo por qué. He discutido un montón de veces, con mucha gente, y en tonos mucho más hirientes. Sin embargo, este conato de enfado me ha dejado tocada.

Oigo a Álex cerrar de un portazo la puerta de su habitación. Lo oigo revolverse por casa, entrando y saliendo de varias estancias. Patalea arriba y abajo por el pasillo, dando fuertes pisotones sobre el parqué.

De repente, todo se queda en silencio. Aguzo el oído, para ver si puedo adivinar dónde se encuentra. Y es justo en ese momento cuando se abre la puerta de mi habitación. Un instante está parado en el quicio de la puerta, mirándome con detenimiento, y al segundo está delante de mí, acucillado a mis pies.

Lo observo con la cara todavía enterrada entre mis manos. Sin saber bien qué decir o qué hacer. Se me escapa un suspiro. ¿Cómo hemos llegado a esta situación?

Sus ojos buscan los míos, pero yo intento evitar su mirada. Sin embargo, él coloca un dedo debajo de mi barbilla y me levanta la cara con suavidad.

—Lo siento. No debí hablarte así —susurra.

—Lo sé, no te preocupes.

—Es que... —Me mira dubitativo. Su cara refleja un huracán de emociones. No puedo siquiera descifrarlas—. Me ha dolido... —Baja la vista al suelo un momento y niega con la cabeza—. A la mierda.

Antes de que pueda hacer nada para evitarlo, siento sus labios pegados a los míos. Cuando mi cerebro decide ponerse en marcha de nuevo, me doy cuenta de que me está besando con pasión, de que tiene los dedos enterrados entre los mechones largos de mi pelo, y de que yo le estoy devolviendo el beso casi con la misma intensidad.

Me muerde el labio inferior antes de abandonar mi boca y dirigirse hacia mi cuello. Desliza su lengua por mi vena palpitante, hasta llegar a mi clavícula, donde deja varios besos antes de levantar la cara hacia la mía.

Me mira con los ojos encendidos, resoplando aire con fuerza, sin decir nada. Yo todavía tengo su pelo entre mis dedos, todavía estoy intentando encontrar el aire en mis pulmones. Ambos nos sostenemos la mirada antes de volver a besarnos, con frustración, con desenfreno. Se le escapa un

gemido en el momento que me dejo caer hacia atrás y lo arrastro conmigo hacia la almohada. Levanto la pelvis en busca de la suya y me restriego con poca delicadeza contra el bulto en sus pantalones.

—Alicia... —murmura.

Me agarra el mulso de la pierna derecha y la levanta hasta engancharla en sus caderas. Hago lo mismo con la otra, de manera que nuestras zonas erógenas están totalmente pegadas, separadas por las escasas capas de ropa.

Le clavo las uñas en los hombros mientras sigue besándome como si lo necesitase. Como si fuese algo que llevara deseando hacer durante demasiado tiempo.

Jadeo al sentir su mano apretando mi pecho izquierdo. Arrastro mis uñas por su espalda hasta llegar a sus nalgas, que aprieto contra mí. Gime en mi boca como respuesta.

A medida que transcurre nuestro beso, siento que la frustración se ve sustituida por otra emoción. Mucho más carnal, mucho más intensa.

Deseo.

Lo deseo con todos los poros de mi piel, pero sé que esto no debería estar ocurriendo.

Existen demasiados motivos por los que este beso está mal. Para empezar, soy su agente. Siempre he llevado a rajatabla la norma autoimpuesta de no tener nada con ningún cliente. Además, vivimos juntos.

¿Y si esto sale mal?

—No deberíamos... —murmuro contra sus labios.

—Lo sé.

—Pero... —Quiero decirle mil cosas. Que esto está mal, que podríamos perder muchas más cosas de las que podríamos ganar, que yo nunca me acuesto con mis representados. Pero también quiero decirle que llevo demasiado tiempo imaginando este momento, que nunca me había sentido tan atraída por nadie como lo hago por él, que no pare de besarme...

—Lo sé.

Álex silencia mis pensamientos a base de besos. Besos cargados de mensajes, de secretos, de pasión y de miedo.

Me dejo llevar.

Dejo que introduzca sus manos bajo mi espalda para desabrocharme el sujetador. Dejo que lo deslice por mis brazos y lo envíe a la otra punta de la habitación, bien lejos. Dejo que se quite la camiseta. Dejo que su pecho desnudo se presione contra el mío. Dejo que sus manos y sus labios acaricien mi piel.

También dejo que mis dedos se enreden entre los mechones de su pelo. Dejo que mis uñas se deslicen a lo largo de su espalda. Dejo que mis piernas se entrelacen en sus caderas.

Apenas nos separamos para quitarnos el resto de ropa que aún nos queda puesta. La sensación de todo su cuerpo caliente sobre el mío me excita. Sus manos por todo mi cuerpo me excitan. Sus labios sobre cada poro de mi piel me excitan.

Giro sobre mí misma, para quedar encima de él. Contoneo mis caderas a lo largo de su longitud y me estremezco al escucharlo gemir.

Me encanta la sensación de poder que me embriaga cada vez que me acuesto con un hombre. Adoro hacerlos sentir vulnerables, que su placer dependa única y exclusivamente de lo que yo les estoy haciendo.

Alex clava la yema de sus dedos en mis caderas, en un intento fallido por bloquear mis movimientos.

—Dios, Alicia... me vas a matar —gruñe.

Yo sonrío, poderosa como me siento, mientras hago rotar mis caderas con más ahínco. Lo siento temblar debajo de mí, y juro por dios que es la sensación más placentera que he experimentado en la vida.

—Ponte un condón —musito contra sus labios.

—Mierda... —gime en mi boca—. Tengo que ir a mi habitación.

Me hago a un lado en la cama para dejarlo ir. Me tumbo boca arriba, para poder observarlo alejarse por el pasillo. Su cuerpo esbelto y tonificado es una maravilla. Deberían clasificarlo en un ranking de cosas preciosas como el cuerpo más estupendo del mundo.

Apenas un minuto más tarde, regresa a mi habitación, desnudo en su plenitud como está. Y yo, orgullosa y desnuda también, lo espero con las piernas entreabiertas.

Me lanza el condón para que, mientras se acerca hacia mí, lo saque de su envoltorio. No tardo mucho en arrodillarme a su lado, para colocar el capuchón en su glande, y desenrollarlo con destreza. Él me observa mientras lo hago.

—Supongo que tienes experiencia —dice él. No sé por qué, pero el tono de su voz denota que no le hace demasiada gracia.

—Supongo. —Decido no darle mucha importancia. Me recuesto sobre la almohada y me abro de piernas ante él. Lo siento tragar saliva con dificultad, antes de reclinarse sobre mí, apoyando el peso de su cuerpo con los antebrazos.

—Si nos acostamos... ¿significará lo mismo para ti que para mí? —me pregunta a escasos centímetros de mis labios.

—¿Qué significará para ti?

—Todavía no lo sé, pero sabes que no me acuesto con la primera mujer que encuentro.

—Yo tampoco.

—Sabes a lo que me refiero.

—No me acostaría contigo si no fuera porque me importas. Mucho. —Le doy lo que quiere oír. Lo cual no significa que no me importe, y que no lo esté haciendo por eso mismo. Pero yo no soy de las que se enamoran. Espero que eso lo tenga claro.

—Vale.

Parece que se queda tranquilo con mi respuesta, porque funde sus labios de nuevo con los míos en un beso lleno de dientes y lenguas. Siento tantear la punta de su pene en mi entrada, así que avanzo las caderas hacia su encuentro. En el momento que lo siento deslizarse en mi interior, libero un suspiro de satisfacción.

Era esto lo que echaba de menos. Sentirme llena por unos momentos, colmada de carne dura y caliente. El roce de las pieles, el peso de los cuerpos. El sexo siempre ha sido muy liberador y satisfactorio para mí. Supongo que es una manera de expresar cosas que no estoy dispuesta, o no soy capaz, a decir con palabras.

Comienza la danza de nuestros cuerpos. Los chasquidos de nuestras caderas al chocar son muy estimulantes. Le muerdo el hombro, mientras las embestidas comienzan a hacerse más duras.

El silencio de la habitación se inunda de los gemidos, sollozos y suspiros que acompañan a nuestras acometidas. Me corro con la cara enterrada en su cuello, justo antes de que él se deje ir dentro del condón.

Resollamos como moribundos, con nuestros cuerpos todavía unidos, buscando desesperados que el aire vuelva a entrar en los pulmones.

Álex se deja caer a un lado, todavía respirando con dificultad, y se coloca el antebrazo sobre la frente antes de mirarme.

—¿Te ha gustado? —Parece inseguro.

—Mucho. ¿A ti?

—A mí también.

Sonríe con algo de timidez antes de reclinarsse para darme un beso. Se levanta emitiendo un quejido y camina hacia el baño.

Me quedo tendida en la cama un momento, reviviendo los acontecimientos pasados hace unos minutos, a la espera de los remordimientos.

Sin embargo, no llegan.

## Capítulo 21

Me levanto de la cama con una sonrisa tonta en los labios.

—¿Pedimos algo para cenar? Estoy demasiado cansado como para cocinar.

—Vale, pide lo que quieras. Yo voy a darme una ducha rápida.

Salgo de mi habitación, todavía desnuda, mientras él recoge su ropa esparcida por el suelo.

—¿Pizza? —me grita desde allí.

—¡Lo que tú quieras!

Mientras el agua comienza a deslizarse por mi cuerpo, rebusco en mi interior indicios de malos sentimientos.

Para mi sorpresa, siguen sin aparecer. Lo único que percibo es languidez en las piernas y en los brazos, y una suave tensión en las paredes del útero. Nada más.

Cuando termino de lavar mi cuerpo, siento que el agua se ha llevado consigo kilos y kilos de tensión, desidia e inseguridad.

Si me pongo a pensarlo, hoy ha sido un día muy bueno. Un día muy habitual en mi antigua vida, aquella vida que tanto adoraba y todavía adoro. Y añoro. Mucho.

Me envuelvo en una toalla y me dirijo de nuevo a mi habitación. En el pasillo, me cruzo con Álex, que me sonríe con la boca pequeña y me guiña el ojo, antes de colarse en el baño para ducharse también. Niego con la cabeza, riendo por lo bajo. Él se carcajea de vuelta.

Bien.

En el fondo me preocupaba que lo que acaba de pasar fuera a poner las cosas raras entre nosotros. Me alegro de que no sea así.

Las pizzas llegan mientras todavía me estoy secando, así que me pongo una camiseta de tirantes y unos shorts rápidamente para no recibir al Señor Repartidor en paños menores.

Coloco las dos cajas sobre la mesita del salón, y corto las porciones mientras Álex termina de vestirse. Me repantigo en el sofá, enciendo la tele, y me pongo a buscar una serie en *Netflix*. Álex entra en el salón atándose el pelo húmedo en un moño bajo.

—¿Le has abierto la puerta así vestida?

—¿Así vestida? —Lo miro con extrañeza. Me examino de arriba abajo. Estamos en agosto, por lo que un short de algodón y una camiseta de tirantes me ha parecido el atuendo perfecto—. Pues sí, ¿qué pasa?

—No, nada. —Niega con la cabeza mientras se sienta a mi lado del sofá—. Me ha sorprendido. Nada más.

—¿Cómo? ¿Por qué? —Frunzo el ceño. Espero que no esté yendo por donde creo que está yendo.

A ver si se piensa que por que nos hayamos acostado tiene algún derecho para decidir sobre el modo en el que me visto.

—Pues... —Lo veo dudar un momento—. No te lo tomes a mal, pero desde que te conozco, creo que soy el único que te ha visto con ropa cómoda de andar por casa. Y casi ni eso.

¿Eh?

Si tenía alguna idea de por dónde iba a ir esta conversación, creo que me he equivocado hasta el fondo.

Lo miro en silencio durante unos segundos. Él se encoge de hombros, y se estira para coger una porción de pizza.

—Eso no es cierto. —Niego con la cabeza.

—Sí que lo es —Farfulla entre bocado y bocado.

—¿Estás insinuando que soy una persona insegura que nunca se deja ver al natural?

—¿Qué? No. Yo no he dicho eso.

—Pero lo piensas.

—En absoluto. Solo he descrito una realidad. Nunca sales de casa sin maquillar, o sin peinar.

—¿Por qué estamos hablando de mí? Lo dices tú, el que se dedica a que lo fotografíen.

—Esa no es mi profesión, y lo sabes. Solo es un medio para conseguir un fin.

—Bueno, me la sopla. ¿Por qué siento que me estás juzgando cuando, en el fondo, todos le damos importancia a nuestra apariencia?

—Tienes razón. Yo le doy importancia a mi apariencia también. No pretendía insinuar nada raro. Solo me ha sorprendido, de verdad.

—Vale.

Terminamos de cenar en silencio, mientras vemos la televisión. Después, me siento lo más lejos que puedo en el sofá, con las piernas dobladas cerca del pecho.

—No te enfades... —Álex tira de mi pierna para colocarla en su regazo, y empieza a toquetearme los pies, como ya se ha convertido en una costumbre.

—No me enfado, pero es que, desde que te conozco, estoy empezando a ser consciente de cosas sobre mí misma que no acaban de gustarme. Y no soporto sentirme insegura. Lo detesto.

—Eres la persona más segura, inteligente, preciosa y divertida que conozco.

Desvío la vista de la televisión para mirarlo. Descubro que sus ojos están fijos en mí, con una expresión que sospecho significa que lo que me acaba de decir es lo más parecido a una declaración.

Me entra un nudo en el estómago de puros nervios. Nos estamos metiendo en un terreno pantanoso, llenándonos de fango hasta las rodillas. A cada paso que damos, más enterrados estamos en el barro... y, sin embargo, creo que no me he sentido más libre jamás.

—Gracias. Tú también eres increíble. —Me sorprende la facilidad con la que las palabras abandonan mis labios. Tanto, que mi cara de sorpresa me delata. Así que, cuando Alex me sonrío y se inclina para darme un breve beso en los labios, no puedo hacer otra cosa que devolvérselo.



## Capítulo 22

La sesión de fotos del día siguiente transcurre sin ningún altercado. Álex cumple con las expectativas de todos, y se muestra receptivo y brillante frente a la cámara.

Deslumbrante.

Resplandeciente.

Es más, creo que nunca lo había visto sonreír tanto en los tres meses que hace que lo conozco.

Todo el equipo de fotografía se deshace en halagos cuando, por fin, terminamos la sesión a eso de las siete de la tarde. Incluso Víctor, que, hasta donde yo sé, nunca ha sido demasiado agradable, lo felicita por su trabajo.

Ha sido un día muy largo, en el que hemos hecho varias paradas por la ciudad. Primero en un parque, después en un puente de las afueras, e incluso en una cafetería. No puedo evitar sonreír al recordar la cara de niño travieso que puso Álex al entrar. Quizás le recordaba a nosotros. A cómo nos habíamos conocido.

Sin embargo, también ha sido un día muy duro para mí. Verlo tan profesional, tan receptivo con el equipo, no ha hecho otra cosa que excitarme. Lo veía ahí, escuchando atento todas las peticiones que le hacían, y yo solo podía pensar en las mil guarradas que le iba a hacer en cuanto llegásemos a casa.

A casa.

Todavía me planteo cómo en tan solo veinticuatro horas he podido cambiar tanto de parecer.

Quizás tenía que ver la conclusión a la que llegué anoche.

Fue como una revelación.

Quizás nunca había estado tan unida emocionalmente a una persona, y, sin embargo, jamás me había sentido así de libre.

Sin ataduras.

Sin nadie que me juzgase.

Anoche me dormí en el sofá con sus caricias en mi empeine y desperté con un suave beso en la mejilla. Acordamos de manera silenciosa que dormiríamos cada uno en su habitación, pero fue un acuerdo tácito. Podríamos haberlo hecho juntos, pero ambos sabíamos que el día siguiente iba a ser duro, y que necesitábamos descansar. Quizás en otras circunstancias, el hecho de que nos pasásemos toda la noche haciendo el amor no supondría ningún problema. Sin embargo, ambos queríamos que hoy él estuviese perfecto.

No habíamos mencionado el tema, pero ambos sabíamos que, de lo que saliera de esta sesión de fotos, iba a depender el curso de lo demás.

La firma para la que estamos trabajando no es tan importante como *Abercrombie*, pero es una marca nacional muy reconocida. A ambos nos interesa que las cosas salgan bien, para poder darle un poco más de publicidad y que todo empezase a ser más fluido.



Según nos montamos en el coche de Álex, se instaura entre nosotros un silencio nuevo. Es un silencio premonitorio, eléctrico. Creo que, incluso, puedo ver las chispas destellando en el aire

que nos separa.

Como si fuese algo premeditado, ambos nos miramos. Sin sentido alguno, tenemos la respiración alterada.

—Hola —murmuro, aún intentando descifrar el porqué de mi sofoco.

Él coge aire por la boca, justo antes de hablar.

—Pensé que nunca íbamos a terminar... —Alarga una mano hacia mí, y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja. Después, acaricia mi mejilla de forma suave con los dedos—. He estado todo el día intentando hacerlo lo mejor posible para evitar tener que repetir las tomas y volver a casa lo antes posible.

—Lo has hecho genial.

Él sonrío, todavía con la mano apoyada en mi cara.

—¿Tú crees?

—Demasiado bien, diría yo.

Tira de mí, hacia él, de modo que nuestros labios se quedan separados por pocos centímetros.

—Alicia... —susurra contra mi boca—. Quiero decirte que...

—Shhh... —Silencio sus palabras apoyando mis labios contra los suyos.

De su garganta surge un quejido y me agarra la cara con ambas manos para acercarme más a él. Yo entierro los dedos entre los mechones de su pelo, dejando que la lujuria y el deseo se hagan dueños de mis actos.

Álex desliza sus labios por mi mandíbula y comienza a mordisquear con delicadeza mi cuello. Él todavía no lo sabe, pero ese es mi punto débil. En un lugar entre la garganta y la oreja, tengo colocado un punto erógeno, la mayoría de las veces más eficaz en encenderme que el propio clítoris.

Comienzo a retorcerme de placer, dejando que suaves ráfagas de aire se escapen de entre mis dientes. Todo el cuerpo me pide que me toque. Mis pechos, mis caderas... Yo no puedo dejar de tocarlo a él por todos los sitios. Su cabeza va descendiendo hasta el valle entre mis pechos, donde entierra la cara y respira.

—Hueles tan bien...

Me muerdo el labio inferior, incapaz de pronunciar palabra. La cabeza me cae sola hacia atrás y los ojos se me cierran.

—Vámonos a casa... —consigo decir entre gemidos.

Él sube de nuevo hacia mi cara, dibujando un rastro húmedo con la lengua por todo mi cuello. Me da un último y breve beso en los labios, y me mira fijamente a los ojos.

—Vámonos, sí...



Llegamos a casa hechos un amasijo de brazos, piernas, lenguas y dientes. Las prendas de ropa van quedando olvidadas a lo largo del pasillo, y apenas separamos nuestros labios lo justo para coger aire.

De repente, Álex me aprisiona contra una de las paredes, me agarra por los muslos, y me levanta del suelo. Nuestros sexos entran en contacto a través de las finas capas de ropa que nos separan. Puedo sentir su erección presionar justo en el punto exacto en el que quiero que me toque con los dedos y con la lengua.

Me froto contra su entrepierna como puedo, sin dejar de besarlo. Me siento desatada, excitada, muerta de ganas por introducirlo en mi interior y no parar de cabalgarlo hasta que ambos no

tengamos resuello. Hasta que estemos tan cansados que ni siquiera podamos mantener los ojos abiertos. Hasta que quedemos completamente saciados.

Supongo que él intuye mi desesperación, porque, todavía conmigo en brazos, echa a andar por el pasillo hasta llegar a su habitación. Sin siquiera soltarme, se deja caer en la cama, aprisionándome contra el colchón.

Lo siento tan duro contra mí que tengo ganas de echarme a llorar. Estoy tan desesperada por que llegue el momento en el que nuestros cuerpos entren al fin en contacto absoluto, que podría ponerme a gritar como una histérica.

Tiro del elástico de sus calzoncillos como puedo, hasta dejarlos enrollados al final de sus muslos. Comienzo a acariciar su erección de arriba abajo, frotando la yema del pulgar contra su glande para distribuir la gota de semen que le perla la punta.

Él gime en mis labios.

Yo me siento genial.

Lo obligo a girar sobre sí mismo y comienzo un camino descendente desde el punto exacto de la garganta en el que se le marca el pulso hasta el vello púbico. Continúo el avance hasta llegar a su pene, que introduzco con sumo cuidado entre mis labios. Succiono su glande con la boca, mientras mi mano sigue subiendo y bajando.

Lo siento temblar.

Percibo cómo sus caderas empiezan a moverse hacia arriba, buscando el foco que le da placer.

—Para, para... voy a correrme.

Sonrí maliciosa mirándolo a los ojos, mientras él intenta hacerme volver hacia sus labios. Finalizo mi mamada con un lengüetazo desde la base hasta la punta, y me siento a horcajadas sobre él.

—Dame un condón —le pido.

Él se retuerce hasta llegar al cajón de su mesita de noche, de donde saca una caja.

Le coloco el condón con cuidado, deslizando mi mano arriba y abajo un par de veces más para comprobar que está en su sitio.

Sostengo el peso de mi cuerpo con las rodillas, y voy descendiendo hacia su erección, que mantengo erguida con una mano mientras que, con la otra, hago a un lado mi ropa interior.

Libero un gemido de satisfacción al sentir su carne dura y caliente deslizarse por la mía. Lo observo cerrar los ojos con fuerza, clavar la cabeza en la almohada y sujetarme las caderas hasta llegar a dejarme marcas blancas en la piel.

Comienzo mi danza. Trazo círculos imaginarios con las caderas, tiro de mis muslos hacia arriba y hacia abajo. Lo siento volverse loco. Sus jadeos empiezan a volverse erráticos y yo cada vez me siento más poderosa.

En un movimiento que no esperaba, Álex nos hace girar a los dos para quedar él por encima de mí.

—Eres mala... —murmura, mientras muerde mi barbilla—. Si te llego a dejar seguir, te juro que iba a morirte ahí mismo.

—Tócame las tetas —le exijo. Llevo una de sus manos a mi pecho y lo obligo a que lo apriete con fuerza.

Él contiene un gemido, y comienza a aumentar el ritmo de sus acometidas, con más rudeza. Sostiene el peso de su cuerpo apoyando un brazo contra el colchón, mientras que con la otra mano agarra uno de mis pechos, que se lo lleva a la boca para mordisquear y succionar mi pezón.

Continúa con sus movimientos, rápidos y certeros. Siento la punta de su pene chocar contra las paredes de mi útero y, aunque a veces me moleste un poco, también me encanta.

Me corro sin piedad en el preciso instante en que encuentra mi punto débil en el cuello. Me deja ahí un montón de besos fugaces, acompañados de breves succiones, y yo no puedo evitar que el orgasmo se deslice desde la base de mi barriga hasta los dedos de los pies. Él se corre a los pocos segundos y se deja caer, exhausto, sobre mí, respirando con dificultad contra mi hombro.

—Joder —murmuro.

—Sí...

—Te juro que nunca hubiera imaginado que follabas así.

Él levanta la cara de mi cuello y me mira con extrañeza.

—¿Y eso por qué?

—Pues... —Me doy una colleja mental por bocazas—. Como habías dicho que no te habías acostado con muchas chicas...

—Ya... —Él se retira de mi interior, soltado un quejido, y se quita el condón—. De todos modos, que no me haya acostado con muchas no significa que con una no lo haya hecho muchas veces.

Ups.

Pues eso es cierto. Y yo no había caído en ello.

Él se levanta, creo que un poco ofendido, y se dirige hacia el baño. Oigo cómo tira de la cisterna y, a los pocos segundos, el agua de la ducha al caer.

Me siento un poco mal por haber jodido nuestro momento de euforia postcoital con una de mis meteduras de pata. Así que, después de soltar un suspiro, me levanto de la cama y me dirijo también hacia el baño. Descubro la cortina de ducha y lo encuentro de espaldas a mí, con el agua cayendo directamente sobre su cabeza.

En un movimiento que me sorprende hasta mí, lo agarro desde detrás, rodeando su pecho con mis brazos, y me pego a su espalda.

—Lo siento. Soy una metepatas.

Él suspira y se gira sobre sí mismo para mirarme.

—No es eso... es que, joder, no sé qué concepto tienes de mí, la verdad.

—No tengo ningún concepto malo, si eso te preocupa. —Él frunce el ceño—. Para mí no es un problema que tengas menos experiencia que yo.

—Pero ¿quién te ha dicho que tengo menos experiencia? Puede que tú lo hayas hecho con muchos, pero, a lo mejor, no te ha valido para nada. Porque, no sé, quizás no sabes cuál es la postura favorita de la persona con la que te estás acostando, o cuál es el punto exacto que hace que se dispare su sistema nervioso.

Alarga una mano, y me acaricia el cuello. Justo en el *sitio*.

—A lo mejor la clave no está en acostarse con muchos, sino en hacerlo muchas veces con la misma persona —continúa—. ¿Alguna vez te has planteado cómo sería conocer tanto a alguien, o que alguien te conociese tanto a ti, que no tuvieras que decirle nada, que supiera exactamente dónde, cómo y cuándo tiene que tocarte para hacerte disfrutar?

—Por supuesto que me lo he planteado. Y he tenido relaciones duraderas con otros hombres. No solo me acuesto una vez con ellos y los dejo tirados.

—Pero ¿has llegado a sentir eso que te estoy diciendo?

Reflexiono durante breves instantes y me doy cuenta de que tiene razón. Nunca en la vida he dejado que nadie me conociese tanto como para saber todo lo que hay que saber sobre mí. Ni siquiera he hecho el esfuerzo en intentar conocer tanto a nadie tampoco.

Pero me da rabia reconocerlo.

Él no tiene por qué llegar a mi vida de repente para dejarla entera patas arriba. Quizás no sabe,

o no entienda, que lo que hago es protegerme. Que prefiero ser fría, distante y discreta para no ser vulnerable.

Le hago a un lado y me meto debajo del chorro de agua. Deslizo mis manos por la cabeza, echándome el pelo hacia atrás, y siento cómo el agua me recorre todo el cuerpo.

—¿Sabes? Tengo la sensación de que no se te puede decir nada.

—Yo opino lo mismo. —Suelto una risa seca, mientras me enjabono el pelo.

Cuando termino de aclararme la espuma, abro los ojos para descubrir a Álex mirándome fijamente.

—Solo porque no te diga lo que tú quieres oír, no significa que no esté loco por ti. —La solemnidad con la que lo dice hace que me quede en blanco.

Y, así, yo, que solía presumir de ser una de esas personas a las que es difícil dejar sin palabras, no sé qué decir.

## Capítulo 23

Palabras.

Divino tesoro que no valoramos, pero que, sin él, estamos perdidos.

Palabras... lo que os echo de menos cuando abandonáis mi mente.

Nunca me había planteado la posibilidad de quedarme sin ellas. De que, sin motivo aparente, abandonasen mi cerebro y me dejasen con la boca abierta, boqueando como un pez, sin poder siquiera susurrarlas.

El poder de las palabras...

Es alucinante cómo el contexto, la expresividad, el orden pueden ejercer un efecto tan dispar en el uso de las palabras. Cómo algo que, a simple vista no significa nada, pueda suponer tanto.

Como el hecho de dejarme a mí sin ellas.

Y lo poderosos que son aquellos capaces de conseguirlo.

Yo, con mi lengua viperina, mis comentarios fuera de lugar, mis salidas de tono... mis borderías. De repente, nada. El vacío más absoluto.

Y, quizás, el motivo principal de mi silencio es que yo siento lo mismo que él. Que, es muy posible, que me esté volviendo un poco loca. Que, además, empiece a gustarme esta sensación.

Álex sonrío y todo se vuelve un poco más fácil. No espera de mí cosas que sabe que yo todavía no puedo darle y eso no hace más que ablandarme un poco por dentro.

—Tranquila, Ali. Respira. No te vas a morir.

—Ya lo sé, imbécil. —Las palabras vuelven a mí de pronto. Álex intenta disolver un poco la tensión creada por su declaración, sacándome una sonrisa, y consigue que mis pensamientos se aclaren de nuevo.

Esa noche, por primera vez, cuando nos despedimos para irnos a dormir, creo que lo echo de menos.



El tercer día de la sesión de fotos avanza a marchas forzadas. Álex y Marina, la modelo que lo acompañará hoy, tienen una química excelente.

*Excesiva*, me grita mi cerebro de vez en cuando.

Pero yo no puedo hacerle caso a esa vocecilla, porque entonces significaría que me he convertido en una novia celosa. Algo que no he sido jamás, y pretendo no ser.

Víctor les obliga a colocarse en unas posturas un tanto extrañas. Están utilizando una especie de tobogán de cemento en el que Marina tiene que apoyar la espalda para que Álex la aborde desde delante. Él tiene que mirarla fijamente, mientras que ella seduce a la cámara con ferocidad. Las siguientes fotos son parecidas, solo que ella tiene que apoyar una mano en el pectoral de Álex, o tiene que enrollar su pierna en torno a las caderas de él.

—Están genial los dos, ¿eh? —Lucía se aproxima hacia mí sonriendo de una manera que lo dice todo. Le encanta Álex, casi tanto como a mí.

—La verdad es que sí... —La voz que me grita desde el cerebro interviene de repente—. ¿Quién es ella?

—Es una preciosidad... Ha hecho alguna cosilla con *La Rue*, y por eso la tenía fichada. Desde que Alma se fue a la competencia... me lo está poniendo muy difícil.

—Ah, pues ni idea.

—Míralos... —Me da un par de codazos en el brazo, obligándome a mirar de nuevo hacia ellos—. Me parece a mí que hoy estos dos...

Efectivamente, es lo que parece.

Álex la tiene cogida por la barbilla y sus labios apenas distan unos milímetros. Ella aprieta con una mano sus nalgas mientras que con la otra le araña la espalda descubierta. No sé por qué narices necesitan que estén sin camiseta si es una puta colección de ropa de invierno.

Estoy segura de que están respirando el mismo aire, rozándose los labios de forma accidental...

Algo bulle en mi interior.

Un calor procedente del estómago empieza a escalar a través de mi columna vertebral, clavando los tacos de sus botas en cada una de mis terminaciones nerviosas y haciendo que la piel del cuello se me ponga de gallina. Siento la necesidad de salir fuera del estudio, de respirar aire fresco.

De huir.

—Oye, voy a ir un rato fuera... —Hago una seña hacia el móvil—. Me están llamando por teléfono.

Lucía hace un gesto con la mano hacia la salida, y yo echo a correr colocándome el teléfono al lado de la oreja para fingir que estoy hablando con alguien.

Cuando salgo a la calle, no me detengo en la puerta. Sigo andando hasta llegar a una zona con bancos que hay varios metros más allá. Me dejo caer pesadamente sobre uno de ellos y me llevo las manos a la cabeza.

Qué es esta sensación.

Mierda

¿Son celos? ¿Es eso lo que me está pasando?

Me levanto como impulsada por un resorte en el momento en el que proceso lo que me está ocurriendo.

Si me estoy poniendo celosa... ¿significa eso que me estoy enamorando?

Decido no seguir por ese camino.

Sin embargo, llamar a mi madre en plena crisis existencial me parece una brillante idea. Sin siquiera planteármelo un par de segundos, marco su número.

—*Ali, mi amor, ¿cómo estás?* —La voz melodiosa de mi madre desde el otro lado del teléfono vuelve a ponerme la piel de gallina.

Desearía encontrar en ella algo de paz, algo de calma. Me encantaría seguir pensando en ella como alguien con magia, como solía hacer de pequeña.

—Hola, mamá. Estoy bien, ¿tú cómo estás?

—*Oh, cariño, genial. No sabes cuánto me alegro de que hayas decidido llamarme, al fin. Tu hermana no para de insistir en que lo haga yo, pero como siempre estás tan ocupada... no quería incordiarte.*

—Tranquila, mamá... —Suspiro—. Las cosas han cambiado un poco en estos últimos meses.

—*Sí, algo sospechaba...* —Ella también suspira—. *¿Por qué no me has llamado antes?*

—¿Para decirte qué, exactamente, mamá? ¿Que la persona que yo consideraba uno de mis amigos ha decidido despedirme? ¿Que he tenido que vender el coche y poner el piso en alquiler porque no podía permitirme pagar una hipoteca? —Noto que mi tono de voz aumenta varias

octavas. Siento que descargo parte de mi frustración contra ella, y no puedo evitarlo.

—*No te pongas así conmigo, Ali. Ya sabes cómo se te ponen los chacras. De todas formas, sí, podías haberme llamado para contarme todas esas cosas. Soy tu madre, y... a pesar de lo que puedas llegar a pensar, tú y tu hermana sois lo más importante para mí...* —La oigo sorberse la nariz—. *No sé qué habría sido de mí si no os hubiera tenido a vosotras.*

—Mamá, por favor... —Me froto las sienes con ahínco. Creo que no ha sido una buena idea llamar a mi madre en este momento—. No quiero hablar del tema...

—*De acuerdo... En fin, ¿querías decirme algo?*

¿Quería decirle algo? La verdad, no lo sé.

Me gustaría poder contarle que creo que me estoy enamorando, que acabo de sufrir mi primer ataque de celos... pero no puedo hacerlo. Creo que, en el fondo, ella espera de mí eso, que un día la llame para contarle que he conocido al hombre de mi vida, que voy a casarme y que estoy loca de amor. Creo que espera de mí que sea una persona normal, con sentimientos, que pueda expresar mis emociones en cada momento. Sin embargo, esa no soy yo.

—Nada. Solo quería saber qué tal estabas.

—*Pues estoy bien, como ya te he dicho. Pasado mañana, Palmira y yo nos vamos a ir a pasar el fin de semana a la casa que tiene cerca del lago, ¿te acuerdas? Fuiste allí cuando eras pequeña... creo que yo todavía estaba embarazada de Julieta.*

Intento hacer memoria de algún tipo de recuerdo real, pero lo único que se me viene a la mente es una foto en la que salimos los tres, mis padres y yo, con el lago de fondo.

—Sí, ya sé... Bueno, pues que lo paséis bien.

—*Gracias, cariño. Llámame más, ¿vale?*

—Vale, mamá. Hasta luego.

Cuando cuelgo el teléfono, tengo ganas de llorar.

Echo de menos a mi padre. Echo de menos a la persona que era yo cuando él vivía, aquella capaz de expresarse, de ser cariñosa con sus seres queridos. Echo de menos la admiración que sentía por mi madre. Siempre he tenido más complicidad con mi padre, pero yo antes la adoraba. Antes de que él se fuera, éramos todos tan felices...

Cristina Vega siempre había sido una persona peculiar. Se caracterizaba por ser una romántica empedernida, algo espiritual de más, pero con los pies en la tierra. Nos había puesto el nombre de sus dos protagonistas de novela favoritas, y había dado en el clavo. Yo era curiosa, un poco metepatas, y no pensaba en el amor. Sin embargo, mi hermana era tierna, cariñosa y con muchas ganas de enamorarse. Mi madre había acertado de lleno al otorgarnos el nombre de sus dos personajes favoritos, porque, salvando las obvias distancias, ambas compartíamos con ellas muchas de las características que las definían.

Respiro unas cuantas veces antes de alejarme del banco.

Se levanta una brisa suave, que acaricia las hojas de los árboles que hay a mi alrededor. Algunas hojas secas bailotean por el suelo, empujadas por el aire, y pienso en lo fácil que debería ser dejarse llevar. Quizás, después de todo, la culpa de que sea como soy no la tiene mi aparatosa biografía. Quizás la culpa siempre ha sido mía, que no he estado dispuesta a pasar página, a cerrar un capítulo de mi vida que lo único que me hace es daño. A lo mejor, la solución nunca ha estado en añadirme capas y capas, para proteger mi núcleo rocoso.

No lo sé.

Siempre he creído que, cuando uno quiere cambiar, lo primero que tiene que hacer es plantearse. Sin embargo, nunca había sido consciente de lo difícil que puede ser llevar a cabo el cambio.



Pienso en Álex. En cómo él, a pesar de ser un chico, no tiene miedo a ser quien es. A cómo se expresa, tanto con palabras como sin ellas. A la manera que tiene de purgar sus emociones y expiar sus pensamientos a base de compartirlos.

Pienso en lo fácil que sería para los dos si yo admitiera que estoy empezando a sentir cosas por él, porque creo que él también las siente por mí. No tendría que ocultar que me duele verlo con otra, que lo echo de menos por las noches, que cada vez me siento más a gusto cada vez que me abraza...

Me paso las manos varias veces por el pelo, intentando encontrar el poco coraje que me queda para volver a la sesión de fotos sin sentirme loca de celos.

No sé de dónde los saco, pero lo hago.

Sin embargo, decido sentarme al fondo de la sala y fingir que el móvil reclama toda mi atención. Las buenas intenciones de cambiar mi actitud se quedan en el olvido en el mismo momento en el que vuelvo a entrar en el estudio y los veo abrazados.

Y, así, dejo pasar las horas, hasta que podemos marcharnos a casa.

## Capítulo 24

Álex lleva un rato hablando emocionado sobre la sesión de fotos, pero yo apenas he respondido a sus preguntas con algunos “ajam” y asentimientos.

—¿Estás bien?

Me siento derrotada. Estoy cansada de luchar. Ya no sé cómo entenderme, cómo interpretar lo que siento.

—Mmm... —murmuro como respuesta. Las farolas encendidas se desdibujan a medida que avanzamos a través del tráfico. Me pesa el cráneo, que descansa sobre el reposacabezas, así que miro distraída cómo se desliza el mundo a través de la ventanilla.

Siento su mirada sobre mi cogote, pero, de verdad, no tengo fuerzas ni ganas de girar la cabeza para mirarlo de vuelta.

—¿Ali?

—¿Mmm?

—Háblame, por favor. —El tono suplicante de su voz consigue conmoverme.

Un poco.

Suelto un suspiro y ruedo la cabeza hasta enfrentarlo. Él alterna la mirada entre la carretera y mi cara con nerviosismo.

—¿Qué te pasa? —insiste.

—Nada.

—¿No lo he hecho bien? —pregunta, preocupado.

Me río con ironía.

—Lo has hecho de maravilla.

—¿Entonces?

—Entonces... nada. Solo estoy cansada.

Él me mira, niega con la cabeza, y sigue conduciendo. Yo vuelvo a mirar por la ventana. A partir de ahí, el viaje se continúa en silencio.

No me pregunta nada más.



Cuando llegamos a casa, ambos entramos en nuestras respectivas habitaciones en silencio. Al cabo de unos minutos, lo oigo entrar en el baño.

Me dejo caer sobre la cama.

¿Por qué me estoy comportando de esta manera?

Él no tiene ninguna culpa de mi ataque de celos, de mi historia con mi madre... No puedo tratarlo mal solo porque esté frustrada, ni puedo pagar con él las consecuencias de mis batallas personales.

No soy buena con las palabras de amor, pero puedo tragarme un poco mi orgullo y unirme a su ducha. Con un poco de suerte, no me pedirá explicaciones, y yo se lo agradeceré.

Me desnudo con prisas y corro hacia el baño. Descubro la cortina de la ducha y me meto con él.

No se lo espera, porque lo siento dar un bote.

Sonrío con cansancio, y despejo su cara, echándole un mechón de pelo húmedo hacia atrás.

—Me cuesta mucho entenderte, ¿sabes?

—Ya, a mí también —reconozco.

—No me alejes, por favor... —Me acerca a su cuerpo, agarrándome por la cintura—. Solo quiero estar contigo. —Envuelve mis hombros con sus brazos, y apoya los labios en mi sien.

Me relajo un poco.

Rodeo su cintura con mis brazos y apoyo la cabeza contra su pecho.

—No puedo... —empiezo—. No se me da bien hablar de mis sentimientos, ¿sabes? No es que no quiera, es que... —Me separo un poco y señalo mi garganta—. Se me pone un nudo aquí, que no me deja hablar.

—Lo sé, ¿vale? No te preocupes. Solo no te alejes... aunque no puedas decir las cosas, para mí es importante saber que sigues ahí.

—Llegará un día en el que te canses de esto, ¿sabes? De que no pueda decirte las cosas, de que me acojone por lo que siento por ti...

—Bueno, llegado el momento... hablaremos, ¿de acuerdo? No te preocupes ahora por eso.

Levanto la cara hacia él, y lo encuentro sonriendo.

Sus labios se unen a los míos, y creo que, por primera vez desde esta tarde, puedo respirar de nuevo.

**Septiembre**

## Capítulo 25

La rutina había sido siempre parte de mi vida. Puede que muchos no considerasen mi vida como rutinaria, pero yo tenía un esquema fijado, y las situaciones se reproducían de manera constante.

Conocer a mi representado, encontrar algo con lo que se sintiese a gusto, acudir a fiestas, cenar en restaurantes caros, conocer a gente nueva, fingir que todo el mundo era simpatiquísimo, comprarme ropa de marca... Había decidido que esa era mi vida y, la verdad, estaba contenta con cómo me iban las cosas.

En mi antigua vida los sentimientos no interferían, porque no existían. Hacía muchos años ya que había decidido que no iba a dejar que mi corazón se involucrase en nada de lo que hacía. Quizás, todo se debía a que ya había sufrido bastante por ello. O porque había visto a otras personas hacerlo.

Lo cierto es que, viéndolo con perspectiva, me estaba convirtiendo en alguien tan sumamente distante que ni siquiera se ilusionaba por nada. Había perdido el sentido de las cosas, ya nada era tan importante como para que me trasmitiese algún sentimiento, y eso no podía ser así.

Es muy posible que, en el fondo, conocer a Álex hubiera sido lo mejor que me había podido pasar en la vida. Es posible porque, desde hace pocos meses, he vuelto a ser capaz de sentir algún tipo de emoción. Y no me refiero solo al estado de euforia postcoital, al revoloteo constante que siento en el estómago, o al modo en el que se me acelera el pulso cada vez que él me acaricia la cara.

Es un poco estúpido, pero me doy cuenta de todo lo que me he estado perdiendo justo en el momento en el que veo cómo quedan las cortinas nuevas de mi habitación, el escritorio y demás artículos de decoración que compramos el otro día en Ikea. Y no siento emoción por estrenar algo nuevo, sino porque esto empieza a parecerse a un hogar.

Álex admira satisfecho nuestra labor, después de que nos hayamos pasado casi todo el sábado colocando tornillos y clavos. Pasa un brazo por encima de mis hombros y me atrae hacia su costado, colocando los labios sobre mi pelo.

—¿Te gusta?

Lo miro desde abajo, con una sonrisilla ridícula.

—Me encanta.

Sus ojos brillan de emoción cuando se acerca a mis labios para besarlos. Sin pensarlo siquiera dos veces, enrosco mis dedos alrededor de su cuello y pego un salto, para hacer lo mismo con mis piernas en sus caderas.

—Uooo —Álex se tambalea un poco, ya que no se esperaba mi ataque de euforia, pero consigue recomponerse rápido y sujeta mi cuerpo contra el suyo colocando sus manos en mi culo—. ¿A qué viene esto? —pregunta divertido—. Creo que es la primera vez que eres mínimamente cariñosa conmigo sin que haya una razón aparente.

Frunzo el ceño, pero asumo que tiene razón.

—Cállate, tonto. No lo estropees... —Él me acaricia la cintura y yo me retuerzo un poco por las cosquillas—. Creo que... soy feliz.

—¿De verdad? —La intensidad de su mirada hace que se me erice la piel de la nuca—. Me alegro mucho. Yo también lo soy.

Terminamos disfrutando bajo las sábanas de mi arrebatado de felicidad. Sin embargo, siento que esta vez es diferente. Las cadencias son más largas, los besos más lentos. Compartimos más suspiros que gritos. Apenas separamos los labios para coger más aire.

Si alguna vez me había preguntado por qué la gente diferencia entre “follar” y “hacer el amor”, creo que acabo de comprenderlo.

Después de pasarnos toda la tarde compartiendo respiraciones, besos y susurros bajo las sábanas de mi cama, y tras un breve descanso para repostar energía, Álex estira su brazo sobre mi almohada y me invita a descansar mi cabeza sobre él.

Y, así, por primera vez, pasamos la noche juntos.



A la mañana siguiente, me despierto cuando los primeros rayos de sol entran por mi ventana. Después de un día tan intenso como el de ayer, ambos olvidamos bajar las persianas, por lo que es la luz del alba la que interrumpe mi sueño.

En contra de todo pronóstico, suspiro de felicidad al encontrarme caliente entre los brazos de Álex, que me aprisionan contra su pecho desnudo. Entierro mi nariz entre el leve vello oscuro que decora su piel y respiro. Su olor me inspira tranquilidad, confianza. Es como si sintiera que esa es mi casa y que, pase lo que pase, todo va a salir bien.

Decido no indagar en los motivos de mis sensaciones y pensamientos. Soy muy consciente de la novedad de todo esto, de que mi yo de apenas unos días atrás estaría a punto de sufrir un ataque de pánico por el mero hecho de haber pasado la noche abrazada a otro ser humano y por lo que supone la sensación de calma que invade mi cuerpo. Porque, pese a todo, sigo siendo muy consciente de que eso significa cosas; cosas peligrosas que llevo muchos años evitando.

Sin embargo, si me pongo a pensarlo con detenimiento, ahora mismo no soy capaz de encontrar motivos lo suficientemente fuertes como para explicar el por qué de mis miedos.

¿Mi madre era una persona débil y se dejó llevar?

¿Acaso todas las personas debemos actuar de la misma manera?

¿No soy yo lo suficientemente distinta a ella como para temer perderme en el proceso?

De cualquier manera, sé que solo puedo responder a alguna de todas las preguntas que pasan por mi cabeza. Cómo voy a saber la manera de responder de mi cuerpo y mi cabeza al amor si nunca me he permitido sentirlo. Si siempre he trazado una línea invisible, y no tan invisible, para separarme de todos aquellos capaces de hacerme sentir algo. Si, además, siempre me he empeñado en rodearme de gente que sé que nunca sería capaz de inspirarme nada que no sea una atracción meramente física.

Sin siquiera pensarlo mucho más, me acurruco de nuevo entre los brazos de este hombre maravilloso, y cierro los ojos

**Octubre**

## Capítulo 26

Hay ocasiones en las que la vida te obliga a parar.

A dar marcha atrás, a recapitular, para que puedas ver con perspectiva todo lo que has hecho hasta ese momento, hasta dónde has llegado, y poder, así, corregir la trayectoria que estabas tomando, por si encuentras matices que no terminan de gustarte de la vida que estás viviendo.

Muchas veces la terapia de choque es necesaria.

Pum.

De golpe, todo se viene abajo. Y la única opción que tienes de salir adelante es reconstruirte desde los cimientos, porque son la clave y es posible que la razón principal por la que todo se haya ido al garete.

Momentos concretos en la vida te obligan a hacerte promesas a ti mismo que estás convencido de que vas a cumplir. Lo que seguramente no tengas en cuenta es que las circunstancias son terriblemente decisivas. En ese momento, en ese *ahora*, todo tiene su sentido, porque tu *alrededor* marca las pautas de las decisiones que tomas.

Sin embargo, esas circunstancias van cambiando a lo largo de tu vida. Así que, como Ortega y Gasset, me veo a mí misma diseccionando por partes las circunstancias que me llevaron en el pasado a decidir que no quería enamorarme, que la soledad emocional era el mejor escudo protector que uno puede ponerse, porque si no estás dispuesta a sentir, no pueden herirte.

En lo que no había caído en ese momento es que no todas las emociones son malas. Y yo llevaba demasiado tiempo perdiéndome todo aquello que hace que, al fin, la vida tenga algo de sentido.

Entendía aquellas personas que decidían pasar su vida en soledad, sin pareja, porque yo también había decidido vivirla de esa manera durante mucho tiempo. Pero ahora que entendía lo que era compartirla con alguien, creo que no volvería atrás.

A pesar de que la vulnerabilidad fuese una mierda, a pesar de que sentir te deja expuesta, abierta en canal. A pesar de que esa sutura puede ser la brecha que se utilice para llegar a tu núcleo y debilitarlo. De todas formas, tampoco sirve de mucho tener un núcleo muy fuerte si no puedes compartirlo con nadie.

Si en algún momento de mi vida anterior pude pensar que había llegado a la mejor parte, sin duda, me equivocaba.

¿Cómo no pude darme cuenta antes de que los sentimientos no son tan malos? Es cierto que te hacen vulnerable, que te conviertes en diana para el sufrimiento.

Pero... ¿y todo lo demás?

Las cosas buenas, el pico de oxitocina, las endorfinas y todas esas sustancias químicas que se segregan al ser feliz. Pensaba que unos zapatos de marca podían sustituir todas esas emociones.

Ahora me doy cuenta de que no.

Han pasado cinco meses desde que mi vida se vino al garete. Cuatro y medio desde que conozco a Álex. Y, a día de hoy, creo que han sido los meses más completos de toda mi vida de adulta. Porque, sí. La vida en pareja te obliga a delimitar algunas parcelas. Pero yo tenía el concepto equivocado de que las relaciones te obligaban a prescindir de ti mismo, y no es así. Yo sigo siendo yo, y mis circunstancias, solo que ahora son compartidas.



Álex y yo hemos logrado diseñar una nueva rutina, en la que ambos tenemos nuestro espacio, pero que siempre termina en *nosotros*. Porque me encanta levantarme pronto, para salir a dar un paseo cuando todavía ni siquiera es de día del todo. En ese momento, aprovecho para pensar mucho. En mí, y en cómo he tenido que llevarme un buen guantazo vital para darme cuenta de todo lo que me estaba perdiendo. También para pensar en lo que quiero hacer con mi vida, con mi futuro profesional. En cómo he ido apartando a personas de mi lado que me hacían mucho bien, como mis amigas de la universidad, a las que ya apenas veo nunca. Y no entiendo por qué, ni en qué momento dejé de verme tanto con ellas, porque eran algo fundamental de mi vida pasada, cuando empezaba a despuntar en la adultez.

Sin embargo, adoro volver a casa y encontrarme a Álex preparándose para ir a trabajar a la cafetería. Que riegue mi cara con mil besos, antes de decirme que tengo café recién hecho esperándome en la cocina. Pasarme el día ultimando citas, tanto de Álex como del resto de los chicos, que hasta ahora ya son cuatro. Los amigos de Álex son también muy bien parecidos, lo que ayuda a que las firmas estén interesadas en hacer campañas con ellos. Aunque tengo que admitir que casi todas sienten algún tipo de predilección por Álex. Quizás se deba a ese aire despreocupado que tiene, a su sonrisa de grandes dientes blancos, un poco separados. A que está muy de moda su look *hipster*, con barba y el pelo largo.

No lo sé.

O a lo mejor es porque de verdad vale para esto, aunque él no se quiera dedicar a ello de manera profesional. No es la primera vez que se me pasa por la cabeza la idea de convencerlo para que lo haga. Que aproveche el filón que está teniendo. Porque eso es lo malo de la moda, que todo es fugaz. Hoy estás aquí y mañana nadie sabe quién eres. Y, a pesar de que sus planes de futuro son muy distintos, sé que tiene la capacidad de ganar mucho dinero vendiendo su imagen.

También adoro que él vuelva a casa para la hora de comer y tener preparada la comida para los dos. Todavía recuerdo lo mucho que odiaba cocinar hace algunos meses. O los días en los que no me apetece hacer nada, ir a recogerlo al trabajo para encontrar un restaurante nuevo de la ciudad que nos enamore.

Volver a casa por la tarde, y que Álex me ayude a diseñar la nueva página web en la que incluiré, además de la agencia *freelance* de representación, la organización de pequeños eventos.

De cenar viendo series de *Netflix* con mis pies entre sus manos. De acostarnos envueltos en besos, brazos y piernas.

Y de sentir.

De sentir que este es mi hogar.

**Noviembre**

## Capítulo 27

Nunca me ha gustado demasiado cumplir años.

Aunque, para ser honesta, supongo que debería decir que dejó de gustarme cumplir años después de llegar a los diecisiete.

Supongo que todos pasamos por esa etapa infantil en la que nuestro día especial solo es equiparable a la noche de Reyes Magos. Pero a mí me llegó la decepción mucho antes de lo que suele ocurrir con el resto del mundo. Porque, de repente, cumplir años significaba tener más responsabilidades, y yo ya iba cargadita de ellas.

Cumplir los dieciocho y no poder celebrarlo cogiéndote una buena borrachera o enseñándole, muy orgullosa, el carnet de identidad a ese portero que no te dejaba entrar en la discoteca, debería estar prohibido. Al menos, si esa es tu máxima aspiración en la vida, como era para mí por aquel entonces.

Sin embargo, por primera vez en muchos años, estoy ilusionada otra vez. Porque esta vez lo voy a celebrar con alguien que me importa. Y, que no se me malinterprete, porque los últimos cumpleaños los había celebrado con mi hermana y no podía objetar sobre los planes que habíamos ido improvisando sobre la marcha, pero estoy emocionada porque esta vez fuera distinto.



Llevábamos varios días trabajando mucho. Empezaba a sentir un ligero estrés constante a causa de todo lo que estaba haciendo, pero, en el fondo, me encantaba sentirme ocupada. Supongo que no era más que un reflejo de la vida que llevaba hasta hacía pocos meses. El ajetreo continuado que implicaba el que el trabajo de otras personas dependiese directamente de ti. Era como un chute constante de cortisol, que me mantenía activa y pendiente de todo de manera constante. Pero estaba acostumbrada a ello, y, aunque me agotara, me encantaba.

Álex, hacía unos días, me había recordado que apenas faltaba una semana para mi cumpleaños, y me sorprendió que se acordara. No sé por qué, me hizo mucha ilusión que alguien estuviera pendiente de ello, incluso cuando ni siquiera yo me había dado cuenta de que faltaba tan poco tiempo.

Por eso, cuando llega a casa por la tarde me coge por la cintura mientras yo termino de hacer la comida, asustándome, no me cuesta demasiado atar cabos.

—Joder. —Me llevo una mano al pecho, intentando tranquilizar los latidos desbocados de mi corazón—. Qué puto susto, imbécil.

Se echa a reír, con la cabeza pegada a mi cuello, y termino por imitarlo.

—Tengo una sorpresa... —Empieza a darme mil besos por el cuello y la nuca, haciendo que la piel se me ponga de gallina.

—Álex... para, que se me va a quemar la comida.

Él se separa de mí segundo, quita la sartén del fuego, y me hace girarme hacia él para encararlo.

—He dicho que tengo una sorpresa... —Levanta una ceja, mirando hacia mí, con esa sonrisa de suficiencia que tanto me gusta.

—Ya te he oído... —Pongo los ojos en blanco.

—¿No quieres saber qué es?

—¿Y no dejaría de ser una sorpresa si me lo dijeras?

—Supongo que sí, pero... —Me tiende un sobre—. Feliz cumpleaños.

—Todavía faltan un par de días. —Lo miro con recelo mientras abro el sobre.

Dentro hay unos papeles de una reserva. Dos noches en un hotel de Toledo a partir de mañana.

—Sé que no es gran cosa, pero... ¿te apetece?

Sonrío.

—Me apetece un montón. Gracias. —Me pongo de puntillas y le doy un breve beso.

—Es que... nunca hemos hecho nada especial. Y, aunque sea un fin de semana, podemos estar tranquilos, ir a comer algo rico... yo que sé. Además, está cerca, y podemos ir en coche —. Me hace gracia sentir que está nervioso por el regalo.

—Me parece una idea buenísima. De verdad.

Y es cierto.

Tengo de todo, así que no necesito nada material. Este es un regalo que, sin saberlo, siempre quise que alguien me regalase. Coger el coche, hacer kilómetros, desaparecer del mundo unos días, y disfrutar de nosotros.

Así que me pongo de puntillas de nuevo, lo agarro por el cuello, y le doy un beso de esos que dicen mucho más que cualquier palabra.



El viaje no es demasiado largo, algo más de una hora, así que cuando entramos en la provincia de Toledo todavía no tengo la sensación de haber salido de Madrid. Sin embargo, cuando Álex se aleja un poco del núcleo de la ciudad y comienza a conducir por carreteras comarcales, lo miro de reojo. No sé por qué esperaba que fuese un hotel normal y corriente en mitad de la ciudad.

No lo es.

No para de conducir hasta llegar a un antiguo caserío, de piedra, situado en una colina, a las afueras de Toledo.

Es un hotel de esos coquetos, rodeado por gran muro de piedra también. En el interior, hay un patio con varias mesas de forja preparadas para tomar un refrigerio y una gran carpa en forma de tipi llena de alfombras de colores vivos. En la parte de atrás, hay un gran mirador de piedra que te permite disfrutar de toda la ciudad de fondo. La verdad es que es una pasada.

—¿Te gusta? —Álex me coge por detrás, rodeando mi cintura con sus brazos, y apoya la barbilla en mi hombro. Miramos embelesados las vistas que tenemos justo enfrente de nosotros, mientras el sol se va escondiendo por poniente.

—Mucho.

Respiro con tranquilidad, dejando que la sensación de paz me cale hasta los huesos. Hacía tiempo que no me sentía tan relajada. Mucho menos me podría haber llegado a imaginar nunca que me iba a sentir así de bien, apoyando el peso de mi cuerpo contra la persona de la que estoy enamorada.

Después de un rato, vamos a nuestra habitación. Es puro lujo. El estilo en la decoración es un poco recargado para mi gusto, combinando lo moderno y lo clásico, pero tiene una cama enorme vestida con sábanas blancas. Solo me hace falta eso.

Lo miro, poniendo una sonrisa picarona, pero él niega con la cabeza antes de tirar de mi brazo hacia fuera de la habitación.

—Luego, que ya llegamos tarde...

Pongo un puchero infantil, y él se descojona de mí.

—Date una ducha, y cámbiate. Tenemos reserva abajo en media hora.

Cuando llegamos al restaurante del hotel, un camarero nos dirige hacia la mesa.

—Qué bonito —comento distraída mientras ojeo la carta.

—Sí, la verdad... —Levanto la vista hacia Álex, porque el tono de su voz me intriga.

Él permanece unos segundos en silencio, mirándome con una sonrisa, hasta que alarga la mano por encima de la mesa para encontrarse con la mía.

—Feliz cumpleaños, mi amor.

La solemnidad de sus palabras me deja sin saber qué contestar. Es él siempre el que utiliza apelativos cariñosos para referirse a mí, pero nunca había usado ese. Y yo, que en el fondo estoy coladita por sus huesos, decido dejarme llevar aunque solo sea por un momento, para poner una sonrisa de idiota.

—Todavía faltan un par de horas para las doce...

—Lo sé, pero quiero decirte que estoy muy feliz de que estemos aquí, los dos. Y que te quiero. Sonríe de nuevo y le aprieto la mano, que todavía sigue unida a la mía.

—Yo también estoy muy feliz, Álex.

Él me sonrío, con esa sonrisa llena de dientes blancos y perfectamente torcidos, que hace que me enamore un poco más de él.

—Qué bien.

Y, por su gesto, deduzco que mi felicidad para él supone como un chute de endorfinas. Como si solo con decirle que soy feliz con él, ya fuese suficiente.

Porque no me presiona cuando sabe que todavía no soy capaz de decirle que yo también lo quiero. Porque creo que él ya lo sabe aunque nunca se lo haya dicho.

Terminamos de cenar en un plácido silencio. La velada ha sido preciosa, y apenas quedan cinco minutos para que lleguen las doce de la noche cuando salimos del restaurante y nos encaminamos hacia la habitación.

—Ahora sí... —Cuando llega el momento, Álex me rodea la cintura con un brazo y me acerca hacia él—. Feliz cumpleaños, Alicia.

Me mira a los ojos, antes de alargar una mano hacia mi cara para acariciarla. Su mirada es intensa, y a mí me empieza a latir el corazón de manera desbocada dentro del pecho.

Suspira contra mí y me aproxima todavía más hacia él, hasta dejarme casi incrustada contra su pecho. Acerca su cara a la mía, pegando nuestras frentes.

—Voy a seguir haciéndote feliz. Ya lo verás.

Cierro los ojos unos instantes, antes de abrirlos de nuevo para mirarlo.

—No tengo ninguna duda.

Él sonrío, niega con la cabeza una sola vez, y une nuestros labios.

Nos besamos con paciencia hasta que la vamos perdiendo poco a poco. Las prendas de ropa van desapareciendo de manera progresiva, hasta que no hay nada que separe nuestras pieles. Cuando nos tumbábamos en la cama, ya desnudos, seguimos besándonos con intensidad, con pasión, pero sin prisa. Cada beso es una presentación silenciosa de nuestros cuerpos y nuestras almas desnudas, que se van conociendo un poco más a cada unión de nuestros labios. Cuando me penetra por primera vez, besándome la cara, los labios, las clavículas, el cuello, cierro los ojos con fuerza y suelto un jadeo. Sus caricias me dejan sin aliento casi más que el placer de la penetración. Me abrazo a él y dejo que me haga el amor, cediéndole a él todo el mando.

Y, por primera vez en toda mi vida, no me duele no ser yo la que lleva las riendas.

**Diciembre**

## Capítulo 28

Estoy enamorada.

Lo veo desenvolverse frente a la cámara, sonreírme con picardía cada vez que tiene oportunidad, y me doy cuenta de que estoy enamorada de él hasta las trancas.

Solo puedo pensar en las ganas que tengo de llegar a casa, enterrar mi cara en su pecho y respirar.

Y ser nosotros.

De cara al público, mantenemos únicamente una relación que trasciende de lo profesional en la amistad. Sé que Álex quiere que lo gritemos a los cuatro vientos, y estoy segura de que, si alguien se fijara más de dos minutos en nosotros, se daría cuenta. Pero yo sigo empeñada en no hacerlo público todavía.

Me engaño a mí misma diciéndome que lo hago por él, convenciéndome de que va a trabajar mucho más si piensan que está soltero, pero creo que en el fondo todavía me aterra un poco lo que siento por él. Y también porque me niego a compartir con nadie lo que tenemos. Porque todavía lo siento muy mío y no quiero que nadie lo estropee. Solo Pepa, mi hermana y alguno de sus amigos saben que, desde hace cuatro meses, dormimos juntos y abrazados todas las noches. Solo ellos saben que mi habitación ya se ha convertido en nuestra y que pasamos más tiempo entre los brazos del otro que separados.

La Navidad está a la vuelta de la esquina y, gracias a eso, todas las firmas están reafirmando sus campañas de publicidad para que los consumistas podamos dejarnos todos nuestros ahorros en los centros comerciales. Llevamos algo más de un mes sin parar de trabajar, lo cual a mí me encanta.

Creo que a Álex no tanto.

No para de quejarse de que, al final, van a terminar echándolo de la cafetería, de tantos favores que está pidiendo para cambiar los turnos. Gracias a que su compañera Andrea le sustituye, no está teniendo demasiados problemas. Pero sí es cierto que llegará un día en el que la situación termine por explotar.

Sin embargo, en el tema de publicidad está siendo todo un puntazo. He de reconocer que la ayuda de Pepa fue como un milagro caído del cielo. Esa chica es fantástica. Me pasó varios números que yo tenía olvidados y, gracias a ello, empezamos a trabajar sin parar. Además, la publicación de la campaña de invierno con las fotos de Álex fue todo un éxito y no dejaron de llamarme antiguas compañeras que le habían preguntado a Lucía de dónde había salido ese chico tan mono.

Casi sin darnos cuenta, entramos en una vorágine de trabajo que poco tiempo libre nos deja para hacer otras cosas, pero que está saliendo muy bien.

Álex, de vez en cuando, también protesta cuando se da cuenta de que todo esto le está quitando tiempo para lo que a él verdaderamente le importa. Pero yo no quiero dejar pasar esta oportunidad tan buena.

No sería la primera vez que veo a gente con un futuro brillante quedar un poco rezagados por no perder el horizonte, y terminar cayendo al poco tiempo en el olvido.

Esto es lo malo de esta profesión. A no ser que seas un modelo de pasarela ya reafirmado, llega un momento en el que, cuando la gente deja de verte, se olvida de ti. Y eso es lo que no puedo permitir con Álex.

Es bueno en esto, porque le sale natural. Me sorprende que, ahora que lo conozco bien, no se sienta más tímido delante de la cámara. Pero simplemente creo que él lo ve como un medio para conseguir un fin. Y su fin es muy caro y necesita mucho dinero.

No voy a decir que a base de sesiones de fotos nos vayamos a hacer millonarios, pero está claro que, cuantas más hagamos, más liquidez entrará en nuestra cuenta bancaria. Y también está claro que, aunque el dinero no da la felicidad (ahora soy más consciente de ello que nunca), sí que ayuda mucho a conseguir tus sueños.

Cuando terminamos la sesión, decidimos ir a dar una vuelta por el centro de la ciudad. Álex protesta porque está cansado, pero logro convencerlo fácilmente.

Desde hace un par de semanas, apenas nos queda tiempo libre entre sus sesiones, su trabajo en la cafetería... además, yo he empezado también a adentrarme en el mundillo de la organización de eventos, así que ya casi nunca vamos a tomar nada por ahí, como hacíamos meses atrás cuando acabábamos de conocernos.

Y, la verdad, echo mucho de menos nuestras conversaciones intrascendentes. Echo de menos ver cómo las chicas se giran al verlo pasar y sentirme orgullosa de ser yo su novia.

¿Quién me hubiera dicho a mí, meses atrás, que pronunciaría de forma tan clara esa palabra sin cagarme por la patita?

Pues mírame, mundo, que aquí estoy yo, Alicia.

Caminamos tranquilamente por las calles de Madrid, hasta llegar a la plaza de Olavide. Nos sentamos en una de las terrazas, y esperamos a que el camarero se acerque para pedir nuestras consumiciones en un plácido silencio.

Hace mucho frío, pero han colocado una de esas estufas en forma de seta, así que por lo menos podemos permanecer en la calle sin morir congelados de frío.

—¿Cómo estás? —pregunto, después de un rato.

—Bastante cansado, la verdad...

—Bueno, es normal. La sesión de hoy ha sido bastante larga...

—Sí... más de lo que pensaba.

—Ya, yo también. Pero bueno, al final las fotos han quedado bastante bien, ¿no?

Álex se encoge de hombros, y le da un sorbo a su cerveza sin decir nada. Lo encuentro un poco cabizbajo, pero lo achaco a su cansancio.

—La semana que viene tenemos la última sesión antes de las fiestas. Después, hasta enero, tendrás tiempo para descansar.

—Bien.

—¿Qué planes tienes para estas Navidades? La verdad es que no hemos hablado nada del tema...

—Pues... si te soy sincero, no tengo ni idea. Son las primeras que estoy solo.

Aunque evite el tema a toda costa, sé que Álex echa mucho de menos a su abuela. Por lo que me ha contado, es la única madre que ha tenido y prácticamente la única persona que se ha preocupado siempre por él.

Hace algún tiempo me comentó que, cuando su madre murió y su padre se marchó, fue ella la que se hizo cargo de todo. Lourdes era una mujer de cerca de sesenta años cuando volvió a



convertirse en madre por segunda vez a la fuerza, y no tuvo muchas alternativas más que cuidar de su nieto recién nacido cuando sus padres desaparecieron.

Por lo que me contó, la pobre mujer tuvo que dedicarse a limpiar casas y a hacer algunas labores de costura a pesar de que su edad de jubilación ya estaba muy próxima, solo para que a su nieto no le faltara de nada.

Su abuelo estaba prejubilado de la albañilería por culpa de una lesión en la espalda, y la pensión que entraba en casa tampoco era muy grande. Por eso, a raíz de que muriera a causa de un infarto cuando él tenía diecinueve años, decidió impulsar todavía un poco más su carrera como modelo.

Álex siempre quiso recompensarlos estudiando bien, siendo de los primeros de su clase. Consiguió su primer trabajo de modelo mientras aún estudiaba en la Universidad, un poco obligado y animado por algunos de sus compañeros, pero con la excusa de conseguir un dinero extra que pudiera ayudar en casa. Además, gracias a la beca que le pagaba la universidad, pudo ahorrar algo para costearse los viajes que estaba obligado a hacer para las sesiones en el extranjero. Aparte de eso, siempre tuvo muy claro que aquello solo era algo pasajero para poder contribuir a la economía de la casa. Esa es la razón por la que, cuando encontró al fin un trabajo de ingeniero informático, decidió dejar atrás toda esa vida que no le gustaba.

Yo nunca había sentido la necesidad de trabajar hasta que terminé de estudiar, y era más por la urgencia de huir de mi casa que por conseguir dinero. Mi padre trabajaba como contable en una empresa, así que, cuando murió, tanto mi hermana como yo empezamos a recibir una pensión que nos permitía un flujo de dinero bastante bueno. Además, mi madre trabajaba como administrativa en el ayuntamiento, por lo que, a pesar de estar de baja durante mucho tiempo, no teníamos demasiados problemas económicos.

Normalmente, solíamos celebrar juntas las fiestas. Salvo las Nocheviejas, que desde hacía algunos años yo aprovechaba para ir a alguna fiesta, siempre pasábamos la mayor parte del tiempo juntas. Y eso, como es evidente, solía exasperarme bastante.

Mi madre se pasaba gran parte del tiempo cocinando una cantidad ingente de comida que siempre solía ir repartida en tupperes hacia mi casa. Nunca entenderé por qué seguía cocinando para tantas personas, como cuando aún vivían mis abuelos y éramos más de tres personas a la mesa.

Ya que Álex no tiene con quién pasar las fiestas más que conmigo, no dudo en preguntarle si se quiere unir al plan.

—No sé... a lo mejor es demasiado pronto. Quizás a tu madre no le guste.

—A mi madre no le va a importar. Lleva años preguntándome que cuándo le voy a presentar a algún novio. Quizás incluso hasta se piense que soy lesbiana... —bromeo.

—Bueno... ¿y a tu hermana? —Sus ojos estaban impregnados en duda.

—¿A mi hermana? Mi hermana te adora más a ti que a mí, y eso que aún no te conoce en persona.

Él se queda dubitativo durante unos instantes, antes de encogerse de hombros con una sonrisa.

—Pues supongo que no tengo mucho más que objetar.

Sonrío y me inclino hacia él para darle un beso.

Quizás aquello era una cosa muy común para el resto de las parejas, eso de pasar las navidades juntos y demás, pero yo nunca me lo había planteado.

Para mí, las Navidades no eran más que un acuerdo de los establecimientos para potenciar el consumismo. Gracias a mi profesión, sabía bien lo que suponía para una marca la llegada de estas fechas, cómo todo el mundo lo planeaba al milímetro, cómo las campañas se volvían mucho más

exigentes. Por eso, además de que desde la ausencia de mi padre ya nunca había sido lo mismo, hacía mucho tiempo que no sentía esa ilusión por las fiestas navideñas.

Después de tomar algo, vamos caminando hasta casa. Tenemos todavía un rato largo caminando, pero nos apetece disfrutar un poco más de la noche.

—Me alegro mucho de que vengas a casa este año, de verdad —confieso.

—Y yo también.

Álex aprieta el brazo que tiene sobre mis hombros hasta casi incrustarme contra su costado. Besa el alto de mi cabeza, dejando sus labios unos segundos apoyados sobre mi pelo.

Y yo sonrío.

## Capítulo 29

Está muy claro que las personas interfieren de manera muy significativa sobre nuestra percepción de los hechos.

Durante los últimos diez años, había vivido el mes de diciembre con una sensación de agobio tremenda.

Primero, porque desde que mi padre faltaba, el ambiente en casa de mi madre siempre tenía una neblina de tristeza que me encogía el estómago. Los recuerdos de él, de tiempos pasados y mejores, siempre nos azotaban a las tres. Para mí, al menos, era como si su fantasma estuviera agazapado detrás de una puerta, esperando el instante de mayor debilidad para aparecer.

Además, desde que trabajaba, estas eran fechas en las que se cobraba un mayor afluente de campañas y eventos, por lo que las personas a las que yo representaba siempre estaban muy ocupadas y, por ende, yo también. Sí es cierto que las fechas puntuales como Nochebuena y Navidad solían estar libres para todo el mundo, pero el resto del tiempo siempre había algún acto o fiesta al que debíamos acudir para una presentación de un producto, o como imagen de alguna campaña.

Sin embargo, como este año Álex y yo decidimos que no queríamos trabajar demasiado, van a ser muy diferentes. Después de terminar el último reportaje para un perfume masculino, nos quedamos libres hasta después de enero. Bueno, él sigue teniendo que ir al Limón y medio, pero son solo unas cuantas horas por la mañana, así que el resto del tiempo lo tendremos para disfrutar de nosotros.

Después de llamar a mi hermana para contarle que este año seremos cuatro en casa, decido hacer lo mismo con mi madre.

No hemos hablado demasiado en estos meses, pero quizás es más de lo que solíamos hacer hasta ahora. Álex intenta apaciguarme un poco en mi mal humor contra ella. Cree que nadie elige tener depresión y mucho menos teniendo dos hijas pequeñas. Según él, puede que incluso el hecho de estar haciéndonos eso a nosotras supusiera para ella hundirse más en el lodo.

Para mí todo es mucho más sencillo. Creo que mi madre perdió al amor de su vida, que incluso lo quería más que a sus propias hijas, y que con él se fue ella también. Ni siquiera había vuelto a ser la misma después de entonces. Ya no estaba empastillada todo el día, pero tampoco era la persona que yo recordaba que fuera.

También es cierto que los recuerdos de las personas son tan subjetivos que, quizás, el de mi madre sea una fantasía idealizada de lo que yo creía que era. Es posible que siempre hubiera sido mucho más blanda de lo que a mí me parecía en ese momento.

La reacción de mi madre, como era de esperar, es buena. Se alegra mucho por mí, por que por fin haya encontrado a mi medio limón, como ella dice. A mí me parece una gran gilipollez todo eso de la media naranja, el medio limón, las almas gemelas y todas esas demás sandeces, pero reconozco que sonrío un poco al ver lo ilusionada que está.

No pretendo que todo vuelva a ser como antes con ella, pero me planteo que, quizás, haya sido algo injusta en general. A lo mejor, mi resentimiento hacia ella también era producto de la añoranza a mi padre, y no tanto por el hecho de que enfermara.

En cualquier caso, estoy dispuesta a darle una oportunidad a esta nueva etapa.

Veremos qué es lo que ocurre.

## Capítulo 30

Julieta cuchichea conmigo mientras Álex y mi madre charlan en la cocina.

—No te lo mereces —me dice con una sonrisa maliciosa en la cara.

—Lo sé —confieso—. Pero es mío, así que ni se te ocurra echarle un ojo de más.

Mi hermana suelta una carcajada y me da un puñetazo en el brazo.

—En serio, Ali. Es perfecto. ¿Y dices que no tiene algún amigo?

—Claro que tiene amigos, zopenca. Lo que pasa es que está trabajando mucho, y apenas tiene tiempo para quedar con ellos.

—Jope, pues tienes que presentarme a alguno...

—Julieta, no me seas guarra. Que tú ya tienes tus escarceos por ahí...

—Ya, tía, pero ninguno es tan guapo como Álex. En serio, te odio mucho en estos momentos...

Mi madre y Álex entran en el salón, donde estamos sentadas Julieta y yo, riéndose de algún comentario que ha hecho mi madre.

—Pues sí, Álex, ahí donde la ves, Alicia era una niña súper cariñosa. No nos dejaba ni un solo momento tranquilos a su padre y a mí. Lo pasó fatal cuando nació Julieta...

Mi hermana suelta una risotada y me hace una mueca de burla.

—Oye —protesto—, que os estoy oyendo.

Álex sonríe en mi dirección, mirándome con esos ojos que solo él sabe ponerme, y yo no puedo evitar transformar mi ceño fruncido en una sonrisa tonta.

—Estáis fatal... —comenta mi hermana con una risa.

—Déjame en paz —le devuelvo el puñetazo en el brazo, tal y como hizo ella unos minutos antes.

Julieta se levanta del sofá frotándose el brazo, y se dirige hacia Álex.

—Entonces, Álex, ¿tienes muchos amigos solteros?

—¡Julieta! —la regaño.

Álex empieza a partirse de risa.

—No te preocupes, Ali. —Niega con la cabeza, aún sonriendo—. Pues tengo algún amigo que todavía está soltero, sí.

—Genial, pues tienes que presentármelo.

Julieta se sienta a la mesa, seguida por el resto, y empezamos a cenar. Mi madre, como siempre, ha preparado más comida de la necesaria, entre la que se encuentran el gran surtido de ibéricos, gambas, y cordero asado.

Tengo que reconocer que es la primera cena de Nochebuena en casi una década que no estoy deseando que lleguen las doce de la noche para poder irme a mi casa corriendo.

Lo estamos pasando bien.

Mi madre, como buena anfitriona que es, se desvive por satisfacer todas las necesidades que Álex pueda tener durante la cena. Y él, como es un sol, se lo agradece todo con su mejor sonrisa.

Cuando terminamos de cenar, brindamos con champán y comemos turrón. Después, mi madre saca su alijo de licores varios y volvemos a brindar con orujo, porque según ella trae mejor suerte que hacerlo con champán.

No me voy a quejar.

Estoy a gusto, así que solo voy a dejar que el transcurso de la noche fluya hacia donde más le plazca.

Ya en casa, no puedo evitar soltar un breve suspiro de satisfacción mientras me desmaquillo frente al espejo.

Álex se acerca por mi espalda y me rodea por detrás, envolviendo sus largos brazos en mi estómago.

—No ha sido tan malo, ¿no? —Rueda su nariz por mi cuello, así que tengo que encoger los hombros para evitar el escalofrío que me recorre la espalda.

—No... ha estado bien.

—¿Ves, cariño? A lo mejor es todo una cuestión de actitud. Ni tu madre es tan mala, ni tú la odias tanto...

Sé que tiene razón, pero tampoco puedo dar un plumazo a todos los sentimientos que han estado cociéndose a fuego lento a lo largo de todos estos años. Quizás sea culpa mía que la relación con mi madre no haya sido la mejor de todas, pero todavía me cuesta asimilar que la responsabilidad me corresponda única y exclusivamente a mí.

—Estoy trabajando en ello, ¿vale?

Él sonrío contra mi nuca y deja un último beso en mi cuello.

—Y yo te quiero por ello.

Álex se va del baño antes de que yo pueda decir nada. Sabe que me cuesta decirle que lo quiero, aunque estoy convencida de que él ya es consciente de ello. Le agradezco en silencio que no me ponga en esa situación, que me facilite tanto la vida que sea capaz de renunciar incluso a eso.

Por todo esto, lo quiero aún más.



Al día siguiente, me levanto con algo de resaca. Llevo unos cuantos meses bebiendo poco más alcohol que las cervezas que tomamos muy de vez en cuando, así que he perdido el ritmo. Sin embargo, cuando llegamos a casa de mi madre y volvemos a repetir la misma escena del día anterior, se me olvida.

Mi hermana y Álex hacen muy buenas migas. Los oigo desternillarse de risa por uno de esos programas de reposición que echan el día de Navidad. Mientras, yo ayudo a mi madre a terminar de preparar la comida.

—Se os ve muy bien, cariño.

—Gracias, mamá.

—Lo digo en serio, nenita. Hace mucho tiempo que no te veo sonreír tanto.

—Bueno... —confieso—. Será que hace mucho tiempo que no soy tan feliz.

—Cariño... —Los ojos de mi madre se empañan en lágrimas y, sin quererlo, me tenso—. Todos echamos mucho de menos a tu padre... no te puedes imaginar cuánto lo hago yo. Pero hay que aprender a olvidar... a saber echarlos de menos con una sonrisa y no con un llanto.

—Mamá... —la reprendo.

—Ya lo sé, Alicia. Ya sé que no te gusta hablar de él. Pero tienes que empezar a aceptarlo. Tu padre murió hace ya diez años. Es hora de que podamos hablar de él sin que te enfades.

—Por favor, no quiero seguir hablando del tema...

—Está bien...

Cojo una de las fuentes de comida que ya está llena y la llevo hacia el comedor.

Álex levanta la vista de la televisión al oírme entrar y transforma su sonrisa en una mueca de

preocupación al ver mi cara. Me hace un gesto interrogativo con la cabeza, a lo que yo le respondo con una negación.

No quiero seguir hablando del tema, así que hago todo lo posible por que pase de largo sin mayor trascendencia.

Para cuando mi madre trae el resto de los platos, yo ya me he mentalizado para intentar pasar el resto del día sin mayores altercados.

Y eso hacemos.

Sin embargo, cuando llego a mi casa esta vez, siento un halo de decepción.

## Capítulo 31

El día de Nochevieja siempre había sido mi favorito del año. Desde que cumplí la mayoría de edad, me encantaban las fiestas de largo. Además, era la excusa perfecta para comprarme un vestido y unos zapatos nuevos.

Sin embargo, este año es algo diferente.

Después de pasar el resto de días de vacaciones tranquilamente en casa, disfrutando de nosotros, yendo al cine a ver películas de estreno y queriéndonos mucho, me doy cuenta de que el orden de prioridades de mi vida está cambiando. Ya no siento esa necesidad de salir de fiesta, de derrochar el dinero, de emborracharme en público bailando hasta las tantas de la mañana.

Es por ello que Álex y yo decidimos celebrarlo en casa. Invitar a mi hermana y a Pepa y a su marido, y hacer una cena tranquila, con juegos de mesa, y charlar hasta las tantas. Mi madre, como desde hace algunos años, se va con un grupo de amigos a una casa rural, así que no me siento mal por dejarla sin compañía en este día.

Todo sale perfecto.

Mi hermana y Álex parecen llevarse incluso mejor que conmigo, y Pepa y su marido son tan encantadores que todo encaja a la perfección.

Decidimos preparar un pescado al horno, que queda de miedo. Además, el ambiente es discernido, cálido, y creo que todos nos encontramos muy a gusto.

—Jo, Ali, me alegro de que todo te esté yendo tan bien. —Pepa me ayuda a recoger los platos mientras el resto se decide por qué programa ver para las campanadas.

—Gracias, Pepa.

—Te lo digo en serio. Te conozco desde hace tres años y nunca te había visto brillar tanto. Ni siquiera ese día que tuviste que vestirme entera de lentejuelas para seguir el *dress code* de aquella fiesta.

Sonrío, enseñándole los dientes, y me encojo de hombros.

—Me hace la vida muy fácil, Pepa. Es un tío genial, la verdad. No sé qué sería de mí ahora mismo si no lo hubiera conocido...

Pepa se acerca a mí y me envuelve en un abrazo breve.

—Pues estarías bien, seguro, Ali. Pero tengo la sensación de que con Álex estás mejor.

Me saca la lengua y me guiña un ojo, y yo suelto una carcajada.

Cuando se acercan las doce de la noche, todos esperamos impacientes frente al televisor con nuestro cuenco de doce uvas. Álex, que está sentado a mi lado, me aprieta el muslo en un gesto de cariño, y yo, que a estas alturas del partido ya no tengo ninguna inhibición, me arrebujó contra su costado después darle un beso en los labios.

Después de las campanadas, que a duras penas me han permitido tragarme las doce uvas, nos felicitamos el año entre todos, con besos y abrazos. Álex coge mi cara entre sus manos y apoya su frente contra la mía.

—Por el mejor año de nuestras vidas.

Sonrío

—Que así sea.

Rompo la corta distancia que separan sus labios de los míos y los dejó ahí unos segundos,



unidos, disfrutando del momento.

Brindamos con cava por la llegada del año nuevo y yo me doy cuenta de que no puedo desearle nada más, aparte de que siga como el anterior.

Más concretamente, como la segunda mitad del año anterior.

Porque gracias a todo, lo malo y lo bueno, he conocido a Álex. Y estoy aprendiendo, poco a poco, a reconciliarme conmigo misma y mis demonios.

Después, echamos una partida al *Trivial*. Las chicas aunamos fuerza contra los chicos, pero el quesito naranja del deporte siempre se nos resiste. Así que ellos terminan ganando.

Mi hermana ha traído también el *Singstar*; así que, después de unos cuantos chupitos, empezamos a propinar berridos contra diestro y siniestro. En este caso, las chicas somos las ganadoras. Creo que nunca había visto a Álex cantar, y ahora entiendo el por qué. Lo hace tan mal que hasta logra darme un poco de ternura.

Después de tanto juego y tantas voces, creo que estamos todos demasiado exhaustos como para seguir siquiera de pie, así que nos apoltronados en el sofá, con un chupito en la mano cada uno, comentando anécdotas graciosas de Nocheviejas pasadas. Como cuando a mí se me enganchó un vestido largo de palabra de honor en el tacón y terminé enseñándole el pezón a media fiesta. O como cuando Pepa bebió tanta ginebra que terminó vomitando en un vaso de tubo enfrente de un grupo de chicos.

Álex comenta que sus Nocheviejas no son muy divertidas desde hace años, y a mí se me parte un poco el corazón. Sé que en el fondo ha tenido una vida un poco triste, y me desgarran por dentro que haya sido así. Porque, a pesar de todo, es una persona amable, dulce y atenta. Tengo la sensación de que si todo eso le hubiera ocurrido a otra persona, su carácter se hubiera agriado tanto que ya no se podría llegar a considerar siquiera humano.

Para cuando todos se van, yo solo tengo ganas de acostarme abrazada a mi chico, y agradecerle al año el haberle puesto en mi camino.

Porque estoy segura de que él es la suerte más grande que tendré en toda mi vida.

**Enero**

## Capítulo 32

Tiro de Álex, mientras caminamos cogidos de la mano.

—¿Adónde vamos? —me obliga casi a llevarlo a rastras a través de las calles de Madrid.

Está agotado, lo sé.

Acabamos de salir de otra sesión de fotos que se ha hecho mucho más larga de lo normal, pero quiero volver a sentir que somos una pareja normal, sin que nada pueda estropearlo. Además, tengo una sorpresa que espero que le encante.

—Calla, llegamos enseguida.

Caminamos un par de calles más en silencio. Yo algo nerviosa por la anticipación de lo que voy a enseñarle. Él supongo que con ganas de volver a casa para darse una ducha y meterse en la cama.

A cada paso que nos vamos acercando a nuestro destino, siento que me pongo más nerviosa. Es una tontería, porque no es la primera vez que veo algo así. Pero esta vez es algo especial.

—Mira... —Señalo hacia una marquesina de un autobús.

Álex me mira un poco sorprendido. Permanece varios segundos observando en silencio hacia el punto que yo le estoy mostrando, justo frente a nosotros, hasta que vuelve a hablar.

—Pero... ¿ese soy yo?

Asiento con una sonrisa gigante. Me siento como una niña pequeña a la que, al fin y después de mucha insistencia, le han regalado un poni por navidad.

—Joder... —Álex se lleva una mano al pelo, y lo echa hacia atrás.

No es la reacción que esperaba.

—¿No te gusta? —pregunto, preocupada.

—Sí, no... es que... no tenía pensando que mi cara fuera a aparecer en una marquesina. No sé si eso me puede perjudicar en mi carrera profesional.

Lo observo en silencio durante unos instantes. Se suponía que esto tenía que ser una sorpresa agradable, no como si se acabara en enterar de que alguien se ha fugado con todos sus ahorros.

—Pero... ¿no es de lo que se trata?

—Pues no. —Me mira mientras niega con la cabeza—. No es lo mismo hacer un catálogo para una marca, que posiblemente nadie vaya a ver además de las cuatro personas que estén interesadas, a que tu puta cara esté por toda la ciudad.

—No te entiendo... —Mi estado de perplejidad es tal que no sé muy bien qué más decir.

Echo a caminar en sentido contrario.

No esperaba para nada una reacción como esta. Se supone que a él también le interesa ser una persona más o menos conocida dentro del mundillo para que le salgan más trabajos.

O eso es lo que yo pensaba.

Él se queda un rato más observando su imagen en la marquesina. Es una de las fotos que le hicieron en la primera sesión que hicimos juntos. Puedo decir con seguridad que es una de las mejores fotos que he visto de Álex, porque se le ve a él, su cara entera, en blanco y negro. Está sentado en una banqueta, con las piernas un poco abiertas, y una mirada pura. Algo serio, pero no intimidante. Es perfecta.

Continúo mi camino calle abajo porque lo cierto es que no sé muy bien qué hacer. A los pocos

segundos, lo oigo caminar detrás de mí hasta que se coloca a mi lado.

Lo siento dudar varios segundos antes de volver a hablar.

—Lo siento, Alicia, pero no estoy seguro de que esto sea lo que yo quiero.

No digo nada y él tampoco.

Llegamos a casa un tanto deshechos. Yo, por su reacción, y él porque imagino que necesita poner en orden sus prioridades. Saber qué es lo que quiere hacer con su vida. Y espero que lo sepa cuanto antes, para no perder más el tiempo.

En este punto, el dinero empieza a entrar en casa con más o menos fluidez y, aunque gran parte de ello se debe al trabajo de Álex, necesito saber si él está dispuesto a continuar con esto. Porque, si no, tendré que empezar a buscar filón en otros nichos, o en otras personas.

Cenamos algo rápido sin siquiera poner la televisión. Álex se da una ducha mucho más larga de lo estrictamente necesario y, no sé por qué, me da la sensación de que, en el fondo, es solo una manera de evitarme.

Después de muchos meses de arrumacos y caricias, nos metemos a la cama y nos damos un único y frío beso antes de dormirnos.

Y, para ser sincera, creo que nunca había dormido tan mal en mi vida.

## Capítulo 33

La mañana siguiente amanece gris.

Y, no sé por qué, tengo la sensación de que no es más que un reflejo de cómo me siento. Después de pasarme casi cuatro horas dando vueltas sobre las sábanas, por fin logré dormirme de puro cansancio a eso de las tres de la mañana. No recuerdo exactamente qué es lo que soñé: solo sé que fueron pesadillas.

Cuando abro los ojos, descubro que Álex no está en la cama.

Llevo varios meses despertándome bastante pronto, a eso de las seis, para mi paseo matutino. Sin embargo, después de esta noche, no me apetecía nada. Así que, cuando sonó el despertador esta mañana, lo único que hice fue apagarlo y dar media vuelta para conseguir dormir unas horas más. Se me hace raro despertarme y no encontrarlo dormido a mi lado, aunque asumo que es más tarde de lo habitual y que ya estará despierto.

Quizás me hubiera venido bien ir a caminar para poner en orden mis pensamientos. A lo mejor, tendría que haberle dicho a Álex que se viniera conmigo para poder hablar de lo que pasó ayer, de lo que todo eso implica.

Siento que nos hemos distanciado varios kilómetros, y no entiendo cuál es la razón.

Cuando por fin me levanto, lo encuentro sentado en la mesa de la cocina. Tiene la mirada perdida en la taza de café que sostiene entre las manos.

—¿Qué haces? —pregunto, temerosa.

Él me mira con los ojos vidriosos, tristes, y a mí se me encoge el corazón.

—Pensar...

Suspiro profundamente antes de ir hacia él y tocarle el pelo. Me encanta enredar mis dedos entre sus largos mechones. Él inclina su cabeza contra mi mano y suspira también.

Me siento a su lado.

—¿Qué pasa, Álex?

—No lo sé... creo que se nos está yendo un poco de las manos todo esto. —La forma en la que me mira, como si estuviera roto, me parte en dos.

Hasta hace unos días estábamos estupendamente. Éramos la pareja perfecta. Y, sin embargo, en un abrir y cerrar de ojos, parece que todo se va a la mierda.

—¿A qué te refieres?

—A lo de las fotos, las sesiones... —Suspira—. Joder, Ali, mi puta cara está en una marquesina del centro de Madrid. No era eso lo que yo quería...

—Pero ¿qué era lo que tú querías? Explícamelo, por favor, porque no lo entiendo.

—Yo lo único que quería era sacar algo de pasta y... joder, ayudarte a ti.

—¿A mí? —Mis cejas se elevan.

—Sí, Ali. Después de lo de Abercrombie, las cosas empezaron a ponerse demasiado serias. Hice muchas sesiones de fotos en Estados Unidos, conocí a mucha gente, y no me gustó nada de lo que vi allí. Yo tenía las cosas muy claras, ¿sabes? Lo dejé porque me dio la gana, a pesar de que tenía encima de la mesa un contrato para pasarela, para hacer que las cosas se volvieran más serias. Pero no quise, porque no me gusta esto.

—Pero... —No sé por qué, me pongo un poco a la defensiva—. Yo no te pedí nada de esto,

¿sabes? Fuiste tú el que se ofreció. Me dijiste que a ti también te iba a venir bien económicamente y, además, eso es cierto. Estamos ganando bastante dinero ahora, Álex, y eso te viene muy bien para tu programa.

—No, Ali... no lo entiendes. Ya sé que no me pediste nada, pero... lo hice por conocerte, ¿vale? Nunca he sentido nada como lo que sentí cuando llegaste al Limón y medio ese primer día. Creo que... creo que fue un jodido flechazo. Surrealista, ¿no? —De su garganta brota una risa amarga que me encoge el estómago—. El caso es que me dio igual perder un poco de mis principios si ganaba tu amistad, o... lo que fuera que estuvieras dispuesta a darme. Y cuando por fin me contaste tu problema, supe que tenía entre mis manos la única oportunidad de conocerte.

—Joder... ¿y no podías haberme pedido una cita? Como cualquier persona normal y corriente.

—Supongo que sí, pero no lo hice. Y ahora estamos metidos aquí hasta las rodillas y no sé muy bien cómo decirte que odio todo esto. Que no me gusta nada. Que si lo he hecho es por ti, porque te quiero, y porque necesitaba volver a ver esa sonrisa en tu cara después de la primera sesión.

—De verdad, me dejas fría... yo también he visto tu sonrisa, ¿sabes? También he visto la forma en la que la cámara te quiere, y cómo te conviertes en alguien seguro y confiado. Cómo parece que nada ni nadie puede pararte.

—Es solo una ilusión...

—¿Cómo puedes decir eso?

—Porque es la verdad. Porque a lo mejor no te has fijado bien en cómo son las cosas, pero yo solo sonrío cuando te veo a ti. Porque eres lo único bueno que me llevo de todo esto.

Me rasco un ojo mientras intento poner en orden los pensamientos. No sé muy bien cómo gestionar todo esto.

—¿Entonces? ¿Quieres dejarlo todo? Tenemos contratos firmados, tienes sesiones de fotos programadas hasta abril, por lo menos.

Él se levanta hacia el fregadero y aclara la taza de café.

—Ya lo sé... haré todo lo que está ya programado, pero, a partir de ahí, se acabó. ¿Vale?

Lo miro a los ojos durante unos instantes, esperando que me diga algo más. Que todo es una broma, que de verdad no va a tirar por la borda la gran oportunidad que tiene frente a sí. Sin embargo, cuando las palabras no llegan, yo solo puedo asentir y levantarme.

—No te enfades, por favor...

—No me enfado. Solo... solo necesito salir a dar una vuelta, ¿vale?

Él se acerca a mí y me envuelve en sus brazos. Y yo, que desde hace algún tiempo había aprendido a apreciar ese gesto, de repente, vuelvo a quedarme tiesa como un palo. Sin saber qué hacer con los brazos.

—Vuelvo en un rato.

—Vale...

Y no sé por qué, sé que esto va a suponer un antes y un después en nuestra relación.

## Capítulo 34

Después de darle muchas vueltas, cojo el teléfono para marcar el número de la única persona con la que me apetece hablar en estos momentos.

—Juli, necesito hablar contigo.

—¿Qué ha pasado?

—¿Podemos quedar, o no?

—Sí, sí. Dame treinta minutos para cambiarme y voy hasta donde me digas.

—Vale. Te veo en nuestro sitio.

—Vale. Hasta ahora.

Nuestro sitio.

El templo de Debod seguro que es uno de esos lugares que más de una persona utiliza para exorcizar demonios. Julieta y yo solíamos venir aquí a menudo cuando ella todavía era una niña y yo pretendía ser más adulta de lo que realmente era.

No sé por qué elegimos este lugar.

Quizás porque nunca habíamos venido con nuestros padres, o porque fue el primer lugar que visitamos juntas las dos solas.

Solo sé que para nosotras significa algo.

Yo siempre sentía una especie de calma intrínseca al mirar las aguas que rodean al templo, y me imagino que Julieta disfrutaba del poder arquitectónico que había en ese lugar. Un regalo de Egipto en España, decía ella siempre. A mí la historia no me importaba demasiado, pero encontraba entre esos jardines mi pequeño remanso de paz.

Solo que tenía que ser con ella.

Nunca me había planteado ir allí yo sola. No sé muy bien por qué. Supongo que, en el fondo, respetaba que lo que aquello representaba para mí dejaría de hacerlo si no estaba con mi hermana.

En cualquier caso, cuando Julieta llega con su cara de preocupación, yo ya empiezo a sentirme algo mejor.

—¿Qué pasa, Ali?

Mi hermana pequeña me da un abrazo de esos que solo ella sabe dar, y siento que soy como una niña pequeña a la que su madre consuela después de una caída.

Solo con ella siento que los abrazos son naturales. Aunque no siempre se los devuelva, es la única persona con la que nunca he sentido que aquello era algo extraño.

—Álex no quiere seguir trabajando.

Julieta me mira, esperando que diga algo más.

—¿No quiere trabajar de nada? —Me mira extrañada.

—No, me refiero a que no quiere seguir trabajando conmigo.

—Vaya, ¿y eso por qué?

—Pues porque dice que no es lo que quiere. Que todo esto lo hizo por mí, porque quería conocerme. Pero que lo odia. Que no quiere seguir perdiendo más el tiempo con ello.

—Bueno, pues... ya está, ¿no? —Julieta se encoge de hombros—. Acéptalo y listo.

La miro asombrada. Alucino con la capacidad que tiene mi hermana de entender e interpretar la vida. Para ella, todo es sencillo.

Si no quieres hacer una cosa, no la hagas.

Si algo no te hace feliz, déjalo de lado.

—No es tan fácil, Juli.

—¿Por qué no? ¿Hasta cuándo tenéis firmados contratos?

—Hasta mediados de abril, más o menos.

—¿Y eso tampoco quiere hacerlo?

—No, me ha dicho que eso sí que lo va a hacer. Pero que, a partir de ahí, se acaba.

—Bueno, y... ¿dónde está el problema?

—¿Que dónde está el problema? —repito, alucinada—. Pues en que está en el punto de despegue de su carrera. En pocos meses hemos conseguido tener más trabajos que la media de modelos españoles. Y eso que, salvo la campaña de Paris que vamos a hacer en marzo, todo lo estamos haciendo en España. Ten en cuenta que, además, hay muchas marcas que quieren que también haga publicidad en redes sociales, e incluso nos han ofrecido su colaboración de manera más o menos continua en un canal de Youtube.

—Ya, vale. Todo eso está muy bien, pero si él no quiere hacerlo, no hay mucho más que hablar.

—Joder, Julieta, pero es que esta es la oportunidad de su vida. No quiero que la desperdicie solo porque está agobiado y cansado. Además, no sé muy bien por qué se metió de lleno en esto. Si lo único que quería hacer era conocerme, ¿por qué narices no me pidió una cita?

Mi hermana me mira en silencio, y niega con la cabeza.

—¿Te estás escuchando, Ali? Parece que lo único que te importa es que siga trabajando para que tú también puedas seguir haciéndolo. Si de verdad quieres a Álex, que creo que es así, tienes que respetar su decisión. Si de verdad lo quieres, harás lo que sea por su felicidad.

Repaso mentalmente las palabras de mi hermana. Claro que lo quiero, aunque todavía no haya sido capaz de decírselo, pero no sé si estoy dispuesta a renunciar a todo porque se haya agobiado.

—A lo mejor recapacita en unos días... —Pienso en voz alta.

—En serio, tía, a veces no te conozco. —Julieta se levanta del banco donde estábamos sentadas y me mira desde arriba—. Necesitas ser un poco menos egoísta para vivir en sociedad. A veces, me cuesta entender qué es lo que Álex ha visto en ti.

—Vete a la mierda, Julieta. Eres una niña que todavía no sabe lo que vale ganarse la vida. Me gustaría saber qué cojones vas a hacer tú para ganártela, el día que dejes de vivir a costa de la pensión de papá y de la paga que te da mamá.

—Pero ¿cuándo te has convertido en una víbora? Te juro que pensaba que Álex te estaba haciendo mucho bien, ¿sabes? Por fin estaba viendo esa parte que sé que tienes dentro, la más humana, la que solo sacas conmigo cuando te da la puta gana. —Julieta coge aire varias veces, mirándome con desprecio—. Pero no es así... empiezo a pensar que en el fondo lo único que te gusta de él es que has vuelto a ganar dinero, a tener una vida de esas que tanto te gusta. Y, ¿sabes qué? Que no te lo mereces. Primero tienes que curarte de toda esa mierda que llevas dentro. Y cuando por fin estés preparada para dar algo que no sea por interés, entonces podrás querer de verdad a alguien.

Me levanto como un resalto del banco porque siento la enorme tentación de estrangularla en este momento. Sin embargo, lo único que hago es echarle una mirada de odio letal y echar a caminar hacia otra parte.

—¿Ves? —me grita ella desde el sitio—. Ni siquiera tienes motivos para defenderte. —Vuelve a mirarme una vez más con desprecio, antes de echar a andar en dirección contraria a mí—. Cuando los encuentres, me llamas.



**Febrero**

**Marzo**

## Capítulo 35

Nunca me había planteado cómo de voluble es la normalidad.

Un día estás en el pico más alto de la montaña, y al día siguiente se te hace imposible siquiera salir de la cama.

De repente, todas las cosas que tienes claras, todas las determinaciones que has tomado, las reflexiones que te han hecho llegar a tomar una decisión concreta, desaparecen.

Mi vida se viene abajo de nuevo y, esta vez, no encuentro los mecanismos para ponerle solución.

Mi hermana sigue sin hablarme.

Sé que soy yo, como siempre, la que tiene que dar el primer paso. Pero esta vez, de verdad, siento que no tengo motivos. No porque no crea que tiene razón. Sino porque estoy segura de que tiene tanta, que no sé muy bien qué le voy a decir.

Álex está raro.

Cada vez protesta más cuando tenemos que ir a una sesión. Está cabizbajo, serio. Incluso lo veo triste, con la mirada perdida. Cada día que pasa, siento que se aleja más de mí, que busca más excusas para encerrarse en su despacho a trabajar. Y yo, que antes utilizaba cualquier artimaña para enredarlo en un plan que lo alejara de allí, ni siquiera soy capaz de acercarme a su puerta para preguntarle si está bien.

Preparo la cena, aunque en las últimas semanas Álex ha estado comiendo en su despacho.

Cuando lo tengo todo preparando, me arengo y voy hacia su despacho para avisarlo.

—La cena está lista. —Me cuesta reconocer mi voz temerosa.

Estoy esperando otra negativa, que me diga que está muy ocupado para perder el tiempo comiendo y que se llevará algunas cosas para subsistir mientras sigue tecleando como un poseso.

Sin embargo, se gira hacia mí y me sonrío ligeramente.

Es la primera sonrisa que le veo en varios días, así que siento una llamita de esperanza brotar de la base de mi estómago. No es una gran sonrisa como las que solía regalar a diestro y siniestro meses atrás, pero teniendo en cuenta que en los últimos días apenas lo he visto pronunciar más de cinco o seis palabras seguidas, me conformo con eso.

—Acabo esto un segundo y voy para allá.

Sin siquiera darme cuenta, camino hacia él y me siento en sus muslos.

Echo de menos su contacto físico.

Lo echo de menos a él.

Si hace meses alguien me hubiera dicho que iba a terminar casi suplicando por algo de cariño, no me lo hubiera creído. Y aquí estoy, intentando llamar la atención de mi novio para que me haga un poco de caso. Porque empiezo a ponerme nerviosa cada vez que siento que me evita. Y la razón principal es que no sé cómo gestionarlo. Cómo hacer que todo vuelva a ser como antes.

Él se sorprende por mi gesto, pero envuelve su brazo derecho en mi cintura y me da un beso en el cuello.

Me relajo un poco. Después de todos estos días en los que estábamos tan distantes, había empezado a preocuparme de verdad. A lo mejor, después de todo, por fin estaba empezando a

darse cuenta de que yo no era la persona indicada para él.

Y, en el fondo, también me hacía enfadarme conmigo misma por haberme implicado tanto con otra persona. Por dejar que mi felicidad dependiera de ella.

—Voy ahora, ¿vale?

Asiento sin decir nada y le doy un suave beso en los labios antes de levantarme y volver hacia la cocina.

Como no tenía muy claro si iba a querer cenar conmigo o no, no había preparado la mesa. Así que me dedico a colocar platos y vasos en la mesa de comedor. Descorcho una botella de vino y le doy un trago.

—Espera, que te ayudo.

Él termina de traer las cosas que faltan y se sienta frente a mí en la mesa del comedor.

—Parece que la cosa va avanzando —me dice después de masticar un pedazo de pollo.

Sonrío sin darme cuenta y me alegro de que, por fin, las cosas empiecen a evolucionar.

—Qué bien. Me alegro muchísimo. —Y mi alegría es genuina.

Quiero que triunfe, que sea todo lo que él quiera ser.

—¿Sabes? Empezaba a pensar que nunca iba a ser capaz de hacerlo. Esto me está costando mucho más de lo que tenía planeado...

No sé por qué, pero sospecho que, en el fondo, hace referencia a que el tiempo que ha invertido en lo de ser modelo le ha estado robando atención a lo que verdaderamente a él le importaba.

—Lo sé... pero, bueno, ya queda poco, ¿no?

—Bueno... tengo la base del software más o menos desarrollada, pero todavía me falta toda la parte de diseño. Eso es lo que me va a llevar más tiempo. La programación se me da bien, pero lo otro...

—¿Sabes? Todavía no tengo muy claro de qué narices va tu famoso programa.

Él sonríe y le da un trago a la copa de vino.

—Es un programa de ciberseguridad. Eso sí lo sabes. —Yo asiento y él sonríe—. Trata de evitar que otros puedan acceder a las bases de datos y demás información confidencial de las empresas que lo utilicen.

Asiento, intentando disimular que sigo sin entender muy bien de qué va todo eso.

Él suelta una risotada.

—Ya sabes que las grandes empresas guardan datos sobre movimientos bancarios, patentes y todo eso, y lo que estoy intentando hacer es desarrollar algo más potente de los programas que ya existen, para evitar que otros puedan llegar a acceder a esa información y utilizarla en su contra.

Vuelvo a asentir y él sonríe, mientras niega con la cabeza.

Supongo que asume mi ineptitud para la informática.

La verdad es que nunca me he interesado demasiado por lo que él hace, y me siento mal. ¿Cómo es posible que llevemos más de siete meses viviendo juntos y que todavía no tenga claro a qué se dedica mi novio?

Me doy una colleja mental por vivir en la inopia. Quizás, él también necesite hablar del tema para contextualizarlo todo y yo no he sido nunca muy buena interlocutora.

Mientras Álex mete en la nevera los restos de la cena, yo me dedico a fregar la sartén que utilicé antes. Un chorro de agua me salpica la camiseta del pijama, y me doy cuenta de que estoy llena de lamparones secos que ya no se marchan con los lavados.

Me río un poco de mí misma porque me cuesta reconocerme. Hace tiempo, jamás hubiera ido

con un pijama lleno de restos de gotas secas de café y otras manchas indescifrables. Quizás, no estaría de más que mañana me pasara por Oysho para comprarme un pijama nuevo que llevar a Paris. Se me ocurre que también Álex pueda necesitar algo.

—¿Necesitas que te compre algo para llevar a Paris? Es posible que mañana me dé una vuelta por el centro para ver si veo algo...

Lo noto tensarse frente a mí y niega con la cabeza.

—No, no necesito nada.

Él sigue guardando cosas hasta que está todo perfectamente recogido. Cuando acaba, pasa de largo y sale de la cocina.

Me regaño a mí misma por haber sacado el tema.

Sé que todavía le cuesta admitir que tenemos que irnos, aunque serán solo tres noches. No entiendo cómo en tan poco tiempo ha desarrollado esa animadversión a las campañas publicitarias. Además, esta en concreto creo que es una de las mejores cosas que le podrían salir. Es una colaboración con L'Oreal for men. Están haciendo un trabajo muy interesante sobre la postura del hombre en la moda y la belleza. Para reivindicar la desaparición de los estereotipos masculinos. Además, han invitado a un montón de gente importante y famosa para que colabore con ellos. Si hablamos de dinero, está muy bien pagado.

Y, joder, es Paris.

Tres días en Paris, con todo pagado. Sí es cierto que va a ser duro, porque las sesiones y los eventos se van a alargar durante todo el día, pero no pienso perderme una visita a la Torre Eiffel de noche. Con todas esas luces encendidas. Menuda maravilla.

Nada puede salir mal en la ciudad del amor con la persona a la que amas, ¿verdad?

## Capítulo 36

Por fin llega el día de nuestro viaje a París.

—¿Lo tienes todo?

—Sí.

—¿Pasaporte?

—Vale con el DNI, pero sí.

Mientras terminamos de hacer las maletas, empiezo a sentir la emoción. Siempre me ha encantado viajar. Y, aunque hacerlo por trabajo no es que sea mi opción favorita, es la primera vez que lo voy a hacer con Álex, así que estoy muy ilusionada.

No es la primera vez que visito París, pero sí que es la primera vez que lo hago con alguien a quien quiero. Nunca me había planteado que París tuviera nada de especial, o diferente a lo que cualquier gran ciudad pueda tener, pero es más que un mito que es la ciudad del amor. Quizás la única forma que tengas de verla de esa manera es visitándola con la persona de la que estás enamorada.

Después de facturar las maletas, nos reunimos con el grupo que parte desde Madrid. Entre ellos, hay varios *influencers* de moda, modelos de fotografía como Álex e incluso alguno de pasarela internacional. Me alegro al descubrir que esta también puede ser una oportunidad profesional para mí, para conocer a más gente interesada en mi trabajo.

Cuando nos montamos en el avión, siento que Álex se retuerce en su asiento, a mi lado.

—¿Estás bien?

—Sí, es que... no me gusta demasiado volar.

—Vaya. —No lo sabía—. Bueno, es un viaje cortito. Estaremos allí en un par de horas.

—Lo sé... —Suspira—. Solo... solo voy a cerrar los ojos un rato. Avísame cuando estemos llegando. —Se coloca los cascos con música y cierra los ojos.

Lo dejo descansar durante el resto del vuelo, hasta que aterrizamos. Sospecho que, si no le gusta volar, lo que menos gracia le haga sean el despegue y el aterrizaje. Así que no lo despierto hasta que no estamos ya totalmente parados, esperando a que nos dejen salir del avión.

—¿Ya hemos llegado? —Su voz somnolienta me hace sonreír.

—Sí. —Me inclino hacia él y le doy un breve beso en los labios, evitando que nadie nos vea.

Cuando llegamos al impresionante hotel, nos encontramos con parte de la organización, que nos comunica que, después de un rato para poder descansar y dejar las maletas en su sitio, tenemos que encontrarnos todos en el *hall* para que nos lleven al evento.

Álex, además de la sesión de fotos, también va a participar en una breve entrevista que les van a hacer a los integrantes, pero eso será a partir de mañana.

Por lo que tengo entendido, hoy simplemente nos harán una visita por la central de L’Oreal, y luego tendremos una fiesta por la noche.

Como es lógico, tenemos asignadas habitaciones diferentes. Lo bueno es que están una al lado de la otra. Me parece ridículo que tengamos que seguir fingiendo que no somos pareja, pero es una cosa que decidimos hace tiempo y que no hemos sido capaces de desmentir.

La habitación es preciosa.

Tiene una cama enorme con dosel, vestida con sábanas blancas. El suelo del baño está

compuesto de azulejos pequeños en tonos blancos y negros y tiene una bañera con patas de esas con estilo *vintage* que pienso aprovechar antes de marcharme.

Antes de bajar a reunirme con el resto, llamo en la puerta de Álex. Me abre con una expresión inescrutable y mi estómago pega un salto dentro del vientre por la preocupación.

—¿Qué pasa?

—Nada. Es que el viaje me ha dejado un poco revuelto... ¿Tenemos que bajar ya?

Miro el reloj y compruebo que tendríamos que estar abajo desde hace dos minutos.

—Sí. Lo siento. ¿Quieres que avise de que no te encuentras bien?

—No, no... dame un segundo y estoy. Pasa.

Me hace un hueco y entro en su habitación, totalmente idéntica a la mía. Se adentra en el baño, se lava la cara con agua y se rehace el moño.

—¿Estás mejor?

Camino hacia él, que se observa en el reflejo del espejo del baño. Lo agarro por detrás y asomo la cabeza por uno de sus laterales, para verme a mí también reflejada.

—Sí. No te preocupes.

Me giro para mirarlo de frente y elevo una de las manos para colocarle un mechón detrás de la oreja. Tengo que decirle que lo quiero. No sé si eso pueda servir de algo, para que se sienta mejor, pero inexplicablemente siento la necesidad de decírselo.

—Álex, yo... —Clavo mis ojos en los suyos. Y lo veo. Veo que es el hombre de mi vida, con el que pasaría el resto de mis días. Y también veo que nos estamos perdiendo. Que sus ojos ya no brillan al mirarme como lo hacían antes. Que sus sonrisas son cada vez más tristes.

No sé de dónde, el pavor vuelve a surgir en mi estómago. Se me bloquean las cuerdas vocales y me cuesta incluso tragar saliva.

—Shh... —Él silencia mi intento de declaración de amor fallido con un beso suave en los labios.

Lo abrazo con fuerza, enterrando mi cara en su pecho.

Porque siento que lo pierdo.

Poco a poco.

Como agua que se desliza entre los dedos.

Pero él me abraza con fuerza y respira sobre mi pelo.

Y yo vuelvo a sentir que no lo merezco.

## Capítulo 37

La fiesta de bienvenida se celebra en uno de los salones del hotel.

Las luces están bajas, la música alta. Hay camareros repartiendo comida y bebida en bandejas y la gente va muy elegante vestida.

Yo me he puesto una falda blanca y negra maravillosa de Carolina Herrera, que me compré hace unos días, con un top negro sin mangas y Álex está más que impresionante con un traje sin corbata y camisa blanca.

No se me han pasado por alto todas las miradas que más de una y de dos le han dirigido a mi novio, pero, como estamos trabajando, no puedo decir ni hacer nada.

Él está algo más animado que cuando aterrizamos. Sin embargo, todavía lo encuentro algo apagado. Hace tiempo que no veo al chico que conocí. Aquel que era sonrisas para todo el mundo y palabras de amabilidad. No es que ahora sea descortés, pero lo encuentro algo más huraño de lo que solía ser, y por eso noto la diferencia.

Nos reunimos con el grupo de gente española después de coger nuestras bebidas. Comentan algo acerca de que hay rumores de que incluso la propia Rihanna forme parte de la campaña y a mí se me hace la boca agua.

Todo esto me encanta.

Me apasiona.

Se me había olvidado lo mucho que me gusta estar rodeada de gente elegante, de sentirme princesa aunque sea por un día.

Álex habla despreocupado con uno de los chicos, y yo repaso con la vista a todas las personas que tengo a mi alrededor. Reconozco muchas caras, entre los que se encuentran modelos internacionales de pasarela, y actores famosos.

Sonrío.

Termino mi copa de vino y me disculpo de Álex y del grupo, para ir al baño.

Mientras me lavo las manos, un par de chicas con pinta de modelo entran en el baño y comienzan a hablar en inglés.

—Lo conocí hace tiempo en una campaña en Nueva York. Hacía muchísimo que no lo veía, así que supuse que se había retirado.

—Joder, pues qué suerte. La verdad es que es guapísimo.

—Sí, y encantador. Además, me encanta cómo habla, con ese acento español, tan gracioso.

Las miro a través del espejo mientras comparten una risita.

—Cuando lo conocí tenía una novia en España. Por lo que tengo entendido, no acabaron muy bien. Creo que... creo que ella lo dejó por otro.

—¡No! Imposible. ¿Quién puede ser mejor que él?

—Ya, no lo entiendo. Además, era súper diferente al resto. Nada engreído, muy educado y respetuoso... una maravilla trabajar con él. Por lo que he oído, ahora está soltero.

—Oye, ¡pues no pierdas la oportunidad! Vete a hablar con él...

Las dos chicas sueltan una risita y comparten miradas cómplices. Se marchan después de pintarse los labios, y yo, no sé por qué, empiezo a sospechar que hablan de Álex. Todo encaja bastante bien. Y, si no me equivoco, una de ellas va a intentar acercarse a él.



Eso no me gusta nada.

Me reúno de nuevo con el grupo. Charlo de manera fingidamente despreocupada con una de las *bloggers* más famosas de España y con su mujer, mientras miro cada pocos minutos a Álex, que sigue charlando con el mismo chico de antes. Se le ve relajado y sonriente, y eso me gusta. Quizás, después de todo, lo único que necesitaba era un poco de compañía masculina, charla intrascendente y una copa de vino.

De repente, lo veo sonreír. Unos brazos largos le rodean los hombros, y una melena rubia casi hasta la cintura oculta mi visión de una cara que ya reconozco. Es evidente que es la chica del baño que lo conocía de Nueva York.

Continúo con mi charla, pero sin dejar de prestar atención a cómo esa chica coge del brazo a Álex y apoya una mano en su pecho.

Por favor.

Venga, ¿en serio?

No hay necesidad de tocar tanto.

Él sonríe en su dirección y veo un brillo en sus ojos. Ese brillo que antes veía cuando me miraba a mí.

Me parte en dos.

Si en algún momento de mi vida me había planteado lo que era sentir que se te rompía el corazón, acabo de sentirlo en este mismo instante.

Me disculpo de las chicas y me acerco hacia allí. Respiro un par de veces profundamente antes de intervenir.

—Hola —saludo sonriente, en inglés.

La chica del baño se gira hacia mí y me sonríe también.

—Hola. ¿Tú eres...?

—Soy la...

—Es mi agente.

Juro que iba a decir lo mismo.

Sin embargo, que haya sido él quién lo dijera ha supuesto para mí como un mazazo en plena boca del estómago. Porque, aunque no lo ha dicho de ninguna manera que pudiera suponer un mensaje subliminal para esa chica, sí que lo ha sido.

La sonrisa de la otra se abre de par en par. Incluso se inclina desde su metro ochenta para darme un par de besos *a la española*, como ella misma dice, acompañados de una estúpida risita.

Miro a Álex, que sigue hablando con su antigua amiga, todavía atónita. Él no me mira, pero estoy segura de que sabe que lo estoy observando.

Después más de quince minutos de charla absurda y de sentirme ninguneada, me disculpo con ellos y me acerco hacia la barra que hay al final del salón para pedirme una copa. A tomar por saco el vino y el champán. Lo que yo necesito es un whisky escocés.

Observo con resignación el vaso chato con hielo y whisky que me acaban de servir antes de darle un largo trago.

Sabe fuerte, pero me gusta el calor que va deslizándose a través de todo mi esófago hasta llegar a mi estómago.

Cuando termino el primer vaso, pido otro.

—¿Por qué te has ido? —Siento antes que oigo a Álex colocarse a mi lado de la barra.

—No me gustaba estar de sujetavelas.

—¿Sujetavelas? —El asombro en su voz es tal que incluso grita un poquito—. Eres tú la que no quiere que nadie sepa lo nuestro. Eres tú la que lleva meses tonteando con fotografías,

compañeros de profesión... y a mí me daba igual porque sabía que luego era conmigo con quien te ibas a casa. Pero joder, Ali, no te atrevas a convertirme a mí en el malo, porque lo único que estaba haciendo era hablar con una chica a la que conocí hace años.

Lo miro atónita.

—¿Ves? Es que ni siquiera eres consciente de todo eso. Tu manera de hablar con los hombres, como si les hicieras una promesa... a mí me da lo mismo, en serio, pero no te atrevas a ofenderte cuando giran las tornas.

—O sea, que admites que estabas ligando con ella. —Levanto una ceja.

—¡No! —Se lleva una mano al pelo, frustrado, de manera que se le sueltan algunos mechones de delante—. Mira, no hay manera de hablar contigo sin discutir. Creo que lo mejor es que me vaya a mi habitación.

—Pues sí. Es lo mejor.

—¿Tú no vas a subir?

Lo miro desafiante.

—No. Me quedaré por aquí, a ver si encuentro alguien interesante con quien hablar.

Él suelta una risotada amarga y niega con la cabeza.

Sale del salón, después de despedirse del resto de la gente.

En cuanto lo veo desaparecer, me giro hacia la barra y pido otro whisky.

Esta vez doble.

## Capítulo 38

Me despierto por primera vez después de muchos meses en una cama distinta a la mía y sin nadie a mi lado.

Anoche, después de estar un rato bebiendo whisky, me fui a la habitación.

A la mía.

Estaba enfadada con Álex porque sentía que él le había dado la vuelta a la tortilla.

Eso me hacía odiarlo.

Estaba harta de sentirme culpable por todo lo que hacía. Estaba cansada de que siempre pareciera que la culpa de los problemas de los demás fuera mía también.

Si él tenía problemas de seguridad en sí mismo, no era mi responsabilidad.

Si él veía fantasmas donde no los había, yo no podía hacer nada.

Además, era él quien estaba intentando ligar con la chica americana. O, al menos, no frenaba los intentos de ella por seducirlo.

Tengo que reconocer que mis celos me sorprenden. A día de hoy, todavía me cuesta digerir ese sentimiento tan profundo que me brota desde el estómago. Sé que no son buenos, pero son irracionales. Intento evitar que se me note, pero a veces se me hace ardua tarea. Además, muchas veces soy consciente de que no son fundados. No puedo culparlo a él de la actitud que otras personas puedan tener con él.

Sin embargo, esta vez me parecía todo distinto. Quizás la sensación no es más que fruto de mis inseguridades, de que siento que nuestra relación se está deteriorando, de que lo estoy perdiendo. Pero vi cómo la miraba. Vi ese brillo que siempre veía cuando me miraba a mí, antes. También la manera en la que se tocaban de manera accidental, las sonrisas brillantes repletas de dientes blancos.

Y no puedo obviar el hecho de que dejase claro que yo soy solo su agente. A pesar de que siempre haya sido yo la que ha querido mantener las distancias en el ámbito profesional, no esperaba que fuera tan tajante en esta ocasión. Porque sé que a él tampoco le parece del todo bien cuando yo digo que esa es nuestra única relación. Y, si esta vez ha querido dejarlo claro, quizás haya una razón en el trasfondo.

Pues, si eso es lo que quiere, eso es lo único que seré hoy.

Me preparo rápido y voy a buscarlo.

Llamo un par de veces a su puerta y él me abre con gesto de arrepentimiento.

—Ali, ¿podemos hablar un momento...?

—No, Alex, tenemos que bajar a desayunar.

—Joder, Ali, por favor...

—Mira, lo he estado pensando y tienes razón. Si esto es trabajo, tenemos que actuar como profesionales. Ya hablaremos de lo nuestro cuando estemos en casa.

—¿De verdad? ¿Vas a dejar que esta mierda se enfríe y se recaliente después?

—Es justo lo que voy a hacer. —Me impaciento, y golpeo el suelo varias veces con la punta del zapato—. ¿Estás preparado?

—Sí. Vamos. —Él sale al pasillo con resignación, después de coger la tarjeta de su habitación.

Desayunamos con el resto del grupo de españoles, que están repartidos en varias mesas

redondas. Cada uno nos sentamos en una mesa diferente, así que no tenemos que volver a hablar hasta un rato más tarde, cuando tenemos que irnos hacia donde se va a producir la sesión.

Mientras lo veo hacerse fotos con varias personas más, siento que mi enfado se disuelve un poco.

Lo veo relajado, tranquilo.

Como siempre, transpira seguridad en sí mismo, mientras posa serio, mirando a la cámara de esa forma que parece que la seduce.

Mientras, yo me entretengo hablando con los distintos agentes, con antiguos amigos. Me siento a gusto charlando con esta gente, porque me recuerda a una época en la que yo era muy distinta a cómo soy ahora mismo.

Me recuerda a la Alicia que no le tenía miedo a nada, la que no era vulnerable. La que entraba en una sala y hacía que veinte hombres cayeran a sus pies, a la que los compañeros de profesión admiraban por su tenacidad y su disciplina.

Yo siempre había sido así, y me encantaba serlo. Porque, además, ya no era la forma en la que me veían el resto de personas, era cómo me consideraba yo a mí misma.

Tranquila, segura, con amor propio.

Sin embargo, ahora me veo como un cachorrito asustado. Pendiente de otra persona más que de mí misma. Con la necesidad de saber si me sigue queriendo o no. Con la inseguridad de pensar que puede conocer a alguien que le aporte más de lo que yo puedo darle.

Para cuando termina el día, ya no sé muy bien qué pensar.

Sé que me gusta esta nueva persona en la que me he convertido por otras muchas razones. Me gusta sentirme más humana, pero me da un miedo tremendo.

Porque, cuando le abres la puerta a los sentimientos, no son todo cosas buenas a lo que le das la bienvenida.

## Capítulo 39

El último día en París resulta ser un poco más de lo mismo. Hoy graban el reportaje, haciéndoles entrevistas a todos los participantes. Me gusta que no sean solo hombres los que intervienen. Hay un papel muy importante también de la mujer, en cómo interpreta la figura masculina dentro de la moda. Supongo que durante muchísimos años, asociamos todos los productos de belleza a la mujer. Y creo que es un error. Porque ellos también deberían poder cuidarse sin ser prejuizados. Porque los hombres también tienen derecho a ser quien ellos quieran ser, aunque eso implique utilizar un poco de corrector y máscara de pestañas. Y no por ello ser homosexuales.

Álex y yo hemos estado durmiendo en habitaciones diferentes las dos noches, y no hemos hablado mucho desde la discusión del primer día.

Él asume que soy yo la que tiene que dar el paso para aclarar lo que haya que aclarar. Y yo asumo que estoy demasiado cansada de sentirme culpable para solucionar nada en estos momentos.

Sin embargo, de cara al resto hemos mantenido una relación profesional estrecha, a pesar de que la complicidad que hemos tenido durante todos estos meses se haya esfumado. Estamos los dos enfadados, y lo sabemos. Y esas cosas, por mucho que lo intentes, no se pueden fingir ni disimular.

Como va siendo habitual, hay una gran fiesta de despedida en un restaurante de moda de la ciudad. Está todo decorado con mucho cuidado. Hay varias zonas en las que te regalan productos de la marca, te hacen las uñas, te dan un masaje. Incluso, una pitonisa que te lee la mano.

Nos sentamos a cenar en una mesa redonda con varias de las personas con las que vinimos desde España. Álex se sienta a mi lado, y reconozco que lo agradezco.

A pesar de todo, me da un pavor tremendo sentir que nos estamos alejando tanto y que no podemos hacer nada para remediarlo.

A mi otro lado, se sienta una *influencer* muy conocida en España y Latinoamérica. Tiene un canal de Youtube con casi un millón de suscriptores, y me comenta que quizás le interesaría que le echara una mano en la organización de su agenda. La verdad es que hemos hecho buenas migas durante el viaje, así que le prometo que, cuando volvamos a casa, le mandaré toda la información detallada de mis cuotas y demás que le pueda resultar útil.

Mi agenda habitual de clientes solía estar más dirigida hacia los modelos, tanto chicos como chicas, pero reconozco que todo el mundo de publicidad está evolucionando hacia plataformas como Youtube e Instagram. De hecho, cada vez son más las marcas que invierten casi todo su presupuesto en anunciarse a través de estas vías. Y a mí me parece bien.

Cuando terminamos de cenar, nos sirven una copa de champán a cada uno. Brindamos por las amistades nuevas que se han ido gestando y por que podamos repetir la experiencia en un futuro no muy lejano.

No se me pasa desapercibido el gesto de Álex. El ceño se le frunce mientras entierra la cara en la estrecha copa de champán. Sé que él no tiene en mente volver a hacer nada parecido a esto. Sé que su éxito tiene fecha de caducidad y que queda menos de un mes para que lo dé todo por terminado.

Me cuesta muchísimo asumir que, de verdad, esto es todo. Que aquí se acabe nuestra relación

profesional.

—¿Te importaría acompañarme a un sitio? —Después de la cena, Álex se acerca a mí para hablarme al oído.

Siento que la piel se me pone de gallina a causa de su cercanía, después de haberlo sentido tal ajeno durante varios días.

Confieso que mi primera tentación es la de negarme, porque sigo algo enfadada con él. Pero luego pienso en todo el tiempo que estamos perdiendo por eso mismo, que hemos estado tres días en París y que no hemos aprovechado para hacer turismo, pasear, cenar solos...

—Mmm, vale. ¿Adónde?

—¿No puedes esperar? Es una sorpresa...

No soy muy fan de las sorpresas, pero dado que la cosa no está demasiado bien, decido asentir y acompañarlo.

Sale al exterior y para a un taxi. Habla con el conductor a través de la ventanilla antes de hacerme un gesto para que entre. Lo miro con suspicacia. Él me devuelve la mirada, pero veo que sus ojos están llenos de una súplica silenciosa, así que decido no ser impertinente y entro.

—De verdad, ¿adónde vamos?

—Enseguida lo verás...

El taxi nos conduce por las calles de París hasta que puedo ver la preciosísima Torre Eiffel de fondo, iluminada.

—¿Vamos allí? —No puedo evitar que la voz me salga llena de ilusión infantil.

Él asiente, sentando a mi lado, y entrelaza sus dedos con los míos.

Le doy un apretón y sonrío.

El taxi nos deja justo al lado de Trocadero, así que podemos disfrutar de toda la magnitud de la Torre Eiffel de fondo, a través de los jardines.

Yo me quedo absorta durante unos minutos, contemplando la belleza de la imagen. Álex me observa en silencio, de pie a mi lado.

—No puedo más con esta situación... —dice, al cabo de unos minutos.

Suspiro con resignación y me vuelvo hacia él, para mirarlo.

—¿Qué nos está pasando, Álex?

—Pues... —Respira profundamente— Creo que nuestros caminos empiezan a separarse...

Sin poder impedirlo, se me forma un nudo de fuerza en la garganta y se empañan los ojos con lágrimas.

—No quiero que nos separemos...

—Ni yo tampoco.

—Entonces, ¿por qué estamos dejando que ocurra?

—Pues... porque, a veces, las cosas son complicadas.

Una lágrima se desliza por mi mejilla y Álex la limpia con cuidado con ayuda del pulgar. Niega con la cabeza antes de apresarme entre sus brazos. Yo entierro la cara en su pecho, mi lugar favorito, y dejo que la presión de estos días se disuelva un poco a través de mis lágrimas.

—Lo intentaremos, ¿vale? —dice él, apoyando su barbilla en mi cabeza—. Haremos lo que haga falta por salvarlo. Yo te quiero.

Asiento contra su pecho, porque me muero de ganas de decirle que yo también lo hago, pero no puedo.

Esa noche, cuando volvemos al hotel, decidimos pasarla juntos. Y hacemos el amor en un silencio extraño, triste. Un silencio que dice muchas más cosas de las que podrían decir las palabras.

Un silencio que me dice que tenemos mucho que solucionar, que los dos perseguimos metas diferentes en la vida. Que lo que le llena a uno, al otro le deja tan vacío que apenas puede respirar.

Un silencio premonitorio de que se acerca una despedida.

**Abril**

**Mayo**



## Capítulo 40

Después de la vuelta de París, las cosas no mejoraron demasiado.

Cuando, por fin, hicimos la última sesión de fotos que teníamos planeada, Álex volvió de dedicarse en exclusiva a trabajar desde su despacho cada vez que estaba en casa y yo empecé a hacerlo fuera cada vez más. Además, comenzó a duplicar turnos en la cafetería algunos días, de modo que apenas nos veíamos.

La comunicación entre nosotros se había vuelto cada vez menor, y cuando hablábamos ambos estábamos a la defensiva. Habíamos tratado de solucionar los problemas a la vuelta, pero se había ido construyendo un muro de piedra entre nosotros, que nos alejaba más y más. Y yo no encontraba entre mis recursos un pico que me ayudara a derribarlo. Me empezaba a cansar de su malhumor, su desgana, y utilizaba cualquier excusa para salir de casa.

Empecé a organizar algunos eventos. Showrooms, fiestas de promoción de marcas... a través de ellos, pude conocer a personas relativamente influyentes y me surgieron muy buenas oportunidades.

La *influencer* a la que había conocido en París, María Pardo, resultó estar muy interesada en mi trabajo, y empezamos a trabajar juntas. Además, ambas tenemos prácticamente la misma edad, así también nos habíamos hecho buenas amigas.

Empezamos a salir de fiesta. A ella le invitaban constantemente a eventos y fiestas de marcas, y a mí cada día me gustaba más volver a ese ambiente.

Además, teníamos planeado un viaje a Las Vegas para el mes siguiente, porque le habían invitado para promocionar una marca muy conocida de maquillaje, y me había invitado a acompañarla. En realidad, había sido casi una súplica.

Ella estaba cansada de viajar sola, de sentir que la gente se aprovechaba de su inexperiencia en algunos ámbitos para sacar tajada de ello. Y, a mí, que alguien me requiriese de esa forma me hacía volver a sentirme útil y necesaria, así que estábamos empezando a formar el tándem perfecto.

Estaba deseándolo.

No había vuelto a hablar con mi hermana desde hacía un par de meses, y la echaba de menos. Mi madre me había llamado hacía una semana diciendo que teníamos que arreglarlo, que Julieta estaba triste y enfadada, pero todavía sentía que no tenía nada que decirle.

La situación personal me desbordaba, e intentaba silenciar todas mis alarmas saliendo mucho. Conociendo a gente nueva, relacionándome con personas muy influyentes.

Además, me encantaba la sensación de volver a tener amigos. Mis amigas de la facultad estaban muy centradas en sus vidas personales y profesionales, y hacía tiempo que estábamos muy distanciadas.

La única persona con la que, en los últimos meses, había podido contar, era con Pepa. Pero las cosas habían cambiado bastante. Hacía algo más de un mes que me había dicho que estaba embarazada. Además, ella nunca había sido demasiado fiestera, por lo que la única forma que teníamos de vernos era quedando a tomar café por las tardes. Y con las resacas que estaba teniendo desde que no paraba por casa, no me resultaba demasiado fácil levantarme de la cama a una hora lo suficientemente prudencial como para quedar con ella.

En el fondo, sabía que se me estaba yendo todo de las manos. Sabía que mi actitud no estaba ayudando a solucionar los problemas con mi relación con Álex, pero estaba demasiado ofuscada con todo.

Necesitaba quitarle importancia al hecho de que estaba perdiendo al amor de mi vida. Porque, si no lo quería tanto, no dolería. Si fingía que me importaba mucho menos de lo que realmente lo hacía, el día que lo perdiera de forma definitiva no sería tan duro.



Cuando llego a casa después de una noche de fiesta, me sorprende al no encontrar a Álex en nuestra cama. Me preocupo un poco, porque puede que todavía esté encerrado en el estudio, así que lo busco ahí.

Tampoco está.

Lo descubro durmiendo en su antigua habitación.

Intento acercarme a él sin hacer ruido, pero tengo que reconocer que estoy algo borracha, y que los pies se me enredan solos con algo que hay en el suelo. Me río sin poder evitarlo después del tropiezo, pero la risa se me corta cuando oigo que Álex maldice antes de encender la luz de la mesilla de noche.

—Joder —protesta—. ¿Pero qué hora es?

—Las cinco, o así... —Mi tono ebrio suena patético—. ¿Por qué estás aquí?

—Porque estoy hasta los cojones de que me despiertes cada vez que llegas borracha como una cuba a las tantas. Hay gente que necesita dormir para poder rendir en el trabajo al día siguiente, ¿o es que no lo ves?

—Oye —me defiendo—. Yo también estaba trabajando, ¿sabes? Gracias a que llego borracha como una cuba, como tú dices, estamos ganando dinero.

—Lo estarás ganando tú.

—Es de los dos...

—No, Ali. Lo tuyo es tuyo, y lo mío es mío.

—¿Cómo?

—Pues eso... —Se levanta de la cama y va hacia la cocina.

Lo persigo por la casa, todavía subida a mis tacones.

—Y, por lo que más quieras, quítate los zapatos —dice con desprecio—. Vas a despertar a todo el vecindario.

—No me gusta cómo me estás hablando. —Lo señalo con un dedo, amenazante.

—Ya, a mí tampoco me gustas tú en estos momentos. —Bebe agua mientras me mira con resentimiento.

—¿Perdón? —Abro los ojos de par en par—. ¿Pero de qué vas?

—No, de qué vas tú. ¿En quién te has convertido? —Suena más a resignación que a enfado.

—A lo mejor es que soy así. A lo mejor es que la persona que he sido contigo hasta hace un tiempo solo era una ilusión de alguien que jamás podré ser.

—Vete a dormir la mona, anda. Mañana hablamos.

—No quiero. Estoy harta de que me hagas sentir culpable por ser quien soy. A lo mejor es que no te gusta cómo soy.

—A lo mejor.

Él sale de la cocina dejándome con la palabra en la boca y se encierra en su habitación. Pienso en ir a increparle, pero la verdad es que estoy agotada.

Así que me voy a dormir a mi habitación.

Sola.

Doy vueltas en la cama con rabia, mientras pienso en cómo se ha ido todo a la mierda en tan poco tiempo.

Me acuerdo del primer día que lo conocí, en la cafetería. Su manera de comportarse, su sonrisa perenne.

Odio pensar que, en parte, soy yo la causa principal de que ya apenas sonría, pero no sé cómo gestionar esta situación.

Además, mi estado etílico tampoco ayuda.

En el fondo, estoy rabiosa con él también. Por haberme distanciado de mí misma. Por haberme hecho ser alguien que en realidad no soy.

Por haberme dado esperanzas.

Por destruir mi seguridad.

Porque el hecho de quererlo a él haya supuesto que quiera menos a la persona que había sido hasta que lo conocí.

## Capítulo 41

Me levanto al día siguiente a la una y media del mediodía.

La desazón de la discusión de ayer todavía me pesa. Tengo ganas de llorar, de gritar muy fuerte, pero no soy capaz.

Supongo que ya considero que me he arrastrado lo suficiente.

Tengo mucho sueño y la boca pastosa, así que voy a la cocina a beber un vaso de agua.

Álex estará en la cafetería hasta las tres, así que todavía me queda un rato para estar a solas y poner en orden los pensamientos.

Ayer se nos fue de las manos.

A mí se me fue de las manos.

No quiero que esto siga así, porque me duele, pero estoy enfadada y triste.

Me doy una ducha caliente, que consigue llevarse consigo un pedazo de pesadez. No demasiado, pero sí lo suficiente como para templarme un poco la rabia y hacerme reflexionar.

Tenemos que hablar. Esto no puede seguir así.

En algún momento en estos últimos meses nos hemos perdido el uno al otro, y a nosotros mismos. Ni él es quién era ni yo tampoco. Y eso es lo último que debería ocurrir.

Se me escapa una lágrima.

No sé en qué acabará la conversación, pero estoy segura de que se tomarán decisiones. Y, quizás, aunque duela, aunque sean de las que te hacen daño, sea lo más adecuado.

En algún momento de la vida, te das cuenta de que no siempre lo que quieres es bueno. Que, a veces, es necesario pensar con la cabeza y no con el corazón. Y, aunque el mío me grita a pleno pulmón que intente arreglar las cosas, que no sea tan orgullosa, mi cerebro me dice que hay situaciones que no tienen solución.

Cuando llega Álex, he preparado algo de pasta para comer. Lo espero sentada en la mesa del comedor, con intención de que hablemos.

—Me voy directo a trabajar —dice en cuanto me ve sentada en la mesa.

—Por favor, siéntate —le pido.

Intento sonar paciente, porque de verdad necesito que hablemos. Quiero que esta situación se resuelva. Tanto para bien como para mal.

No podemos seguir haciéndonos daño. Lo que algún día fue bonito se está convirtiendo en algo tóxico, que nos hiere a los dos.

Hay que hacer algo para cambiarlo.

Él suspira y cede.

—Esto es una mierda. No podemos seguir así —empiezo. Me rasco una ceja para disimular una mueca de desazón.

—Ya lo sé. —Él asiente, mirándome fijamente.

—¿Por qué nos está pasando esto? —Intento sonar fuerte, pero soy consciente de que mi tono de voz tiene mucho de súplica.

No lo soporto.

Hace tiempo me prometí a mí misma que no sería la persona que estoy siendo ahora mismo, aquella capaz de renunciar a todo por otra persona.

No soporto la lástima que me doy a mí misma. Lo odio con todo mi ser.

—Porque a lo mejor nos estamos empeñando en salvar una cosa que no tiene futuro. —La manera en la que lo dice me hiere en lo más profundo. Como si no le importara, como si ya se hubiera rendido.

Mi corazón hace crac.

Un pedacito carnoso se desprende del resto del músculo.

Siento los nervios bullir en mi estómago y el presentimiento de que esto se ha terminado.

El dolor es muy intenso, pero consigo bloquearlo al menos durante unos segundos. No sé ni cómo, ni de dónde, pero encuentro las fuerzas para hablar.

—Quizás tienes razón.

—Sí...

Me lleno de rabia. En lo más profundo, supongo que tenía la esperanza de que él intentara luchar por nosotros. Que no se rindiera tan fácil. Que intentara convencerme de que lo solucionaríamos.

Pero si él no tiene fuerzas para luchar, yo muchas menos.

Si él ha decidido que esto no merece la pena, no seré yo quien intente hacerlo cambiar de parecer.

—A lo mejor debería buscarme otro sitio para vivir hasta que pueda volver a mi casa.

—Puede que sea lo mejor, sí. —Él asiente una sola vez con la cabeza.

Siento que la rabia, la frustración y el dolor me embargan. Ni en mil años hubiese dicho que Álex podría herirme tanto. Si él ya ha decidido que lo nuestro no merece la pena, que no piensa intentar luchar por nosotros, no voy a ser yo la que intente hacerlo cambiar de parecer.

La mezcla de sentimientos dañinos que bullen en mi interior toma el relevo a la hora de hablar. Hace tiempo que dejé de pensar con la cabeza, pero ahora mismo mi cerebro ha decidido darle al botón de *off* y es mi estómago el que habla por mí.

—¿Sabes qué? Creo que todo esto ha sido un error. Tú y yo, trabajar juntos... no sé por qué nos empeñamos en hacer que esto funcionara, cuando ambos sabíamos que estábamos destinados a terminar mucho antes de empezar.

Él me mira, levantando una ceja, y suelta una risita amarga.

—Eres increíble, Alicia. Nunca lograré entenderte. ¿Quieres reducir lo nuestro a una mierda sin sentido? Pues mira, hazlo. Si quieres creerte tus gilipolleces, no soy quién para intentar hacerte cambiar de opinión. Estoy bastante harto.

—¿No eras tú el que decías que nunca se rendía? —Suelto con acritud.

Todavía recuerdo a Álex, al poco de conocernos, diciéndome que él nunca se rendía.

Menuda sarta de mentiras.

—Está claro que estaba equivocado.

—Ya veo, ya. —Se me escapa una risa resentida.

Él niega con la cabeza.

—Yo estoy dispuesto a luchar por todo aquello en lo que creo. Pero me parece que poner empeño en intentar salvar esto que tenemos es una pérdida de tiempo.

Otro trozo de corazón se desprende del resto.

Yo sabía que las rupturas son dolorosas, pero nunca me había planteado que supusieran incluso un dolor físico.

—Pues sí. Una pérdida de tiempo total.

—No se puede arreglar una pareja cuando una de las personas que la forman está empeñada en sabotearla.

—¿Cómo te atreves? —grito, indignada—. No me puedo creer que estés teniendo tanta cara dura de culparme a mí de todo.

—Por supuesto que sí. Hace meses que no me escuchas. Hace meses que vas a tu puta bola. Eres una persona egoísta, Alicia. Hasta que no te des cuenta de lo sola que te vas a quedar así, no creo que haya nadie que pueda ayudarte.

—Vete a la mierda, Álex.

—Tranquila, llevo meses viviendo en ella...

No decimos nada más, pero poco queda por decir.

Me levanto de la mesa casi sin probar bocado y voy hacia mi habitación.

Empiezo a sacar la ropa del armario, a vaciar cajones. Encuentro debajo de la cama las maletas y las empiezo a rellenar de cualquier manera.

Se me escapa una lágrima mientras termino de vaciarlo todo. Es mezcla de frustración y pena.

Hay algunas cosas que no me entran, pero me da igual. Que se queden aquí. Ya vendré a recogerlas en otro momento, cuando él no esté en casa.

Me duele muchísimo haber acabado así, pero no me veo con las fuerzas para luchar por algo que sé que está roto.

Llamo a María para preguntarle si puedo quedarme con ella unos días. No quiero llamar ni a mi hermana ni a mi madre, y Pepa vive con su marido, así que no quiero molestar más de la cuenta. Como ya imaginaba, me dice que su casa es la mía, así que pido un Cabify para que me lleve hacia allí.

Álex permanece durante todo el proceso sentado en la mesa, justo en el mismo sitio en el que lo dejé.

—Me voy ya... —Está de espaldas a mí y no se gira para mirarme—. Quedan algunas cosas todavía, pero vendré a recogerlas en otro momento.

Él asiente con la cabeza, todavía sin mirarme.

—Adiós, Álex.

—Adiós, Alicia.

Cuando, por fin, cierro la puerta, dejo que me caiga la segunda lágrima, acompañada del resto.

## Junio

## Capítulo 42

Hace un mes que me fui de casa de Álex. Un mes que me he estado quedando en casa de María.

Un mes que mi vida personal se fue a la mierda.

Un mes en el que he salido mucho de fiesta, me he emborrachado muchísimo.

He follado bastante.

Dos días después de irme de casa de Álex, conocí a un chico en un bar de Malasaña. Yo estaba borracha y él estaba bueno, así que terminamos montándonos en el baño.

No recordaba lo sucio que era eso.

Llevaba casi un año haciendo el amor con la persona a la que quería, y no me gustó demasiado la sensación que me dejó volver a tirarme a un tío cualquiera en un sitio cualquiera.

Una semana después, volví a acostarme con otro tío al que no volvería a ver nunca más.

Cuatro días después, María y yo nos fuimos a Las Vegas y repetimos el proceso durante una semana entera.

No sé en qué momento me permití llegar tan lejos.

Estoy metida en un bucle de autodestrucción en el que salir de fiesta, trabajar, ir a inauguraciones de locales, a fiestas privadas, me llena lo suficiente como para no pensar en todo lo que he perdido. Total, me paso gran parte del día borracha o durmiendo la mona, así que estoy totalmente anestesiada.

Me cuesta reconocermé a mí misma en el espejo, pero me convengo de que se debe a que tengo el corazón roto, que es normal que duela, y que este tipo de cosas no se solucionan de un día para otro. Que los trocitos de mi corazón tardarán un tiempo en volver a pegarse los unos a los otros. Que las ganas de llorar que siento todas las noches desaparecerán a medida que pasen los días.

Silencio todos mis llantos contra la almohada, porque no quiero llorar y no quiero que nadie sepa que lloro porque echo de menos una vida mucho más anodina de la que estoy teniendo ahora, pero que me llenaba el alma mucho más.

Pero no puedo dejar de fingir que esto es lo que me gusta, porque lo cierto es que las cosas me están yendo mucho mejor de lo que iban antes de conocer a Álex.

Estoy conociendo a muchísima gente, estoy yendo a muchísimos sitios. Y eso es lo que yo siempre había querido, ¿verdad?

Además, a finales de este mes volveré a recuperar mi piso. La pareja a la que se lo alquilé hace ya un año están esperando un bebé, así que necesitan un sitio más grande para quedarse. Seguramente se compren un chalet a las afueras de la ciudad, o eso me han dicho.

Y, aunque me gusta vivir con María, me gusta más hacerlo sola. Algo que he aprendido de todo esto es la importancia de tener un espacio que te pertenezca. Un sitio en el que nadie pueda echarte, porque es tuyo.

Así que estoy deseando que pasen los pocos días que faltan para que termine el mes, para poder esconderme en mi guarida.

Donde no tengo que fingir que todo es perfecto.

Donde nadie puede juzgarme.  
Donde pueda ser quien yo quiera ser.



**Julio**

**Agosto**

**Septiembre**

## Capítulo 43

Nada es lo mismo.

En algún punto desde que me fui de casa de María y la actualidad algo se rompe en mí. Quizás ya no sea capaz de silenciar las voces de mi cabeza con mierdas, con salidas y con alcohol. Quizás mi conciencia me lleve gritando durante meses que he tomado la decisión equivocada, que soy una egoísta de mierda.

Todo es verdad.

Me ha costado tiempo darme cuenta, pero creo que lo estoy haciendo.

Volver a mi casa supuso para mí el principio del fin. De repente, el hecho de estar sola ya no me gustaba.

Además, ya no olía a mi casa.

No había desperfectos, estaba bastante bien cuidada, pero todo estaba distinto. Ya no sentía que aquello me definía, no me venía representada en mis muebles.

Las noches se me hacían eternas, e incluso había empezado a tener miedo.

Todo era muy extraño.

No entendía nada.

El sitio que había convertido en mi guarida, en mi remanso de paz, de repente me resultaba tan ajeno que ya no me tranquilizaba.

No sé en qué momento me di cuenta de que hogar no es dónde, sino quién. Y yo hacía casi tres meses que no sabía nada de mi hogar.

—Julieta, ¿podemos hablar? —Decido que la única persona en el mundo que puede ayudarme a poner en orden todo el remolino de sentimientos es mi hermana.

Sé que llevo demasiado tiempo haciendo caso omiso a mi instinto de llamarla, pero tengo que reconocer que me daba vergüenza admitir que la estaba cagando.

Sin embargo, después de muchos meses sin saber de ella, ya no aguanto más.

Necesito hablar con ella, disculparme.

—*Te ha costado llamarme casi cinco meses...* —Está enfadada y tiene motivos para ello.

—Lo sé, pero ¿podemos hablar?

Supongo que detecta en mi tono la súplica, porque la oigo suspirar.

—*Sí. Voy para allá.*

Cuando cuelgo el teléfono tengo que admitir que estoy muy nerviosa.

No sé qué le voy a decir exactamente, solo que sé que quiero disculparme, y que necesito que me ayude.

Confesarle a alguien que no soy feliz, que esto ya no me llena.

Que desde hace meses no duermo bien, que incluso tengo miedo por las noches.

Que estoy en la puta mierda y que necesito que vuelva a formar parte de mi vida.

Llama al timbre.

Es la primera vez desde que me mudé aquí que, en lugar de utilizar su juego de llaves, llama primero.

No sé si es síntoma de lejanía o que empieza a ser algo más prudente. No tengo ni idea de cuál es la razón, pero eso no hace más que remarcar que las cosas han cambiado. Que nuestra relación

está fría.

Nunca hemos pasado tanto tiempo sin hablar la una con la otra, y sé que, en esta ocasión, soy yo la que tiene que tomar las riendas.

Cuando abro la puerta y veo su cara seria, no puedo evitarlo y pongo un puchero. Los ojos se me llenan de lágrimas y sé que eso la ablanda porque avanza hacia mí y me da un abrazo muy fuerte. Reconfortada entre los brazos de mi hermana, lloro desconsolada mientras le devuelvo el abrazo.

Joder, no sabía cuánto la había echado de menos hasta este momento. No sabía cuánta falta me hacía sentirla hasta que no me ha envuelto entre sus brazos.

—Shh... —Julieta empieza a acariciarme la espalda, mientras nos empuja hasta el salón de mi casa.

—Lo-lo siento, Juli... —Lloro como nunca lo había hecho antes. Lloro con el corazón roto en mil pedazos, sabiendo que he jodido mi vida. Que mi orgullo, mi falta de consideración, mi egoísmo han acabado con lo mejor que tenía.

Con mi relación con mi hermana, con mi relación con Álex... incluso con mi madre.

Me deja llorar durante unos minutos, quizás horas. Descargo con mis lágrimas el pesar que llevo dentro, que me aprieta los pulmones hasta dejarme sin respiración, que me encoge el estómago hasta cerrarlo de golpe. Que me oprime el corazón hasta que dejarlo sin latidos.

La abrazo fuerte durante todo el proceso, y ella me acaricia la espalda. Lloro hasta dejarle la camiseta empapada en lágrimas, y la mía también. Lloro hasta que siento que he vaciado todo el tanque de lágrimas que tenía destinadas para el resto de mi vida.

—Mira, date una ducha caliente. Ponte un pijama cómodo, algo que te de gustito, y luego hablamos, ¿vale? —Cuando mis lágrimas remiten, mi hermana me coge de los hombros y me separa de su regazo.

Asiento con la cabeza, porque me parece muy buena idea, pero estoy segura de que todavía mi garganta no está preparada para emitir un sonido que no sea un desgarrar de cuerdas vocales.

Me meto en la ducha, y como Julieta me ha dicho, pongo el agua muy caliente. Dejo que me caiga por la cabeza, que me recorra el cuerpo entero. Me enjabono con paciencia, con cariño, para transmitirme algo de amor. Me abrazo a mí misma y lloro un poco más.

Nunca me había sentido tan triste.

Jamás.

Cuando salgo de la ducha, me pongo un pijama de algodón muy amoroso y me enrolló el pelo en un turbante con una toalla.

Julieta ha debido de coger una camiseta mía durante mi ducha, porque la suya estaba empapada en lágrimas.

—Vamos a comer algo y hablamos, ¿vale? Te estás quedando en los huesos...

—No he tenido mucha hambre estos días.

—Ya lo sé, pero no puedes seguir así...

Asiento de nuevo, admitiendo que tiene razón.

Cuando nos sentamos a comer, intento poner en orden todo lo que quiero decirle, pero, como siempre, mi hermana se adelanta.

—¿Me cuentas qué es lo que ha pasado?

Vuelvo a poner un puchero. Algunas lágrimas se me desbordan de los ojos, pero las seco con la palma de la mano para poder hablar.

—Lo he jodido todo, Juli.

—Eso ya lo sé, pero ¿me quieres contar el por qué?

—No lo sé, tía... porque lo quería tanto que me daba miedo. Qué se yo. Porque a lo mejor no lo quería tanto como debería y antepuse mi trabajo a él. Porque soy idiota.

—A ver, vayamos por partes... ¿Lo quieres?

—Joder, Juli, muchísimo...

—¿Y él lo sabe?

—Pues no lo sé, supongo que sí... nunca se lo llegué a decir, pero tuvo que saberlo. Yo intenté decírselo a mi manera.

—Sin embargo, cuando él decidió que no quería seguir haciendo lo que tú querías, dejaste que todo se fuera al garete.

—Pues sí, porque supongo que en el fondo me acojonaba depender de él, que me hiciera falta su presencia en mi vida para sentirme completa. Yo que sé. Es que no sé qué me pasó. Te juro que no tengo explicaciones para justificarme. Solo eso, que a lo mejor me acojoné porque lo quería demasiado y sentir eso me daba un miedo terrible.

—¿Y ahora?

—Pues ahora siento que mi vida es una mierda, porque profesionalmente estoy en lo más alto de mi carrera, y sin embargo no me llena. Ni siquiera volver a casa es suficiente ya. Lo echo de menos. Os echo de menos... también a mamá.

—Joder, Ali, pues... no sé, llámalo. Como has hecho conmigo. Llámalo y habla con él.

—Es que no puedo todavía... si lo llamo y me dice que no quiere saber nada más de mí, creo que me muero. Literalmente.

—Madre mía, te estás volviendo una *Drama Queen* de libro... no te vas a morir. Por supuesto que no. Entonces, ¿qué quieres hacer?

—No lo sé, Juli... no tengo ni idea.

—Mira, se me ocurre una cosa. ¿Por qué no haces una maleta y te vienes conmigo y con mamá unos días? A lo mejor el calor hogareño te tranquiliza.

—No sé, Juli... ya sabes que mamá y yo...

—No, Ali. Mamá y tú, leches. Sabes que tienes que reconciliarte con ella. Ya han pasado muchos años desde lo de papá, y tú ya eres una señora adulta capaz de reconducir su vida y poner las cosas en orden.

Asiento porque tiene razón, y me levanto de la silla con un suspiro.

—Voy a coger algunas cosas.

—Vale, pégame un grito si necesitas ayuda.

—Te quiero, Juli.

Por sorprendente que parezca, no me cuesta decirlo.

—Y yo a ti, hermana mayor.

**Octubre**

**Noviembre**



**Diciembre**

## Capítulo 44

El tiempo es oro.

Siempre había pensado en esa frase como un reflejo a la pérdida de tiempo. De la importancia que tiene aprovechar cada minuto que pasa, porque nunca más va a volver.

Sin embargo, después de estos meses, me doy cuenta de que tiene muchas más connotaciones.

El tiempo es oro porque pone las cosas en su sitio. Porque te da la posibilidad de reflexionar, de madurar, de crecer como persona. Porque te deja tomar distancia con las cosas, porque te permite que cobren sentido.

*El tiempo es oro.*

Me parece una analogía muy buena, ya que el oro siempre ha sido un metal muypreciado y codiciado desde los confines de la tierra.

Y yo he estado aprovechando cada minuto de estos tres meses para curarme. Para lamerme las heridas como un cachorro moribundo, para poder decidir qué es lo que quiero para mí en la vida.

Tiempo en el que he acudido a un psicólogo, que también me ha ayudado a contextualizar todo. Que me ha permitido perdonarme a mí, perdonar a mi madre. Incluso perdonar a mi padre.

Por lo visto, también estaba enfadada con él. Lo culpaba de alguna forma de todo lo que había sucedido. Y yo no lo sabía. Según me dijo mi psicólogo, llevaba años generando un odio subterráneo hacia todos aquellos que me hacían sentir dolor, porque había desterrado los mecanismos que me permitieran asumirlo y digerirlo.

Llevaba años odiando a mi padre porque asociaba su muerte a mi desgracia personal, a mi mala relación con mi madre. A mi forma de interpretar las relaciones amorosas. Lo odiaba porque por ello había bloqueado todos los sentimientos. Y, por lo visto, por incluso haber generado un *yo* que no me gustaba.

Lo único que me permitía sobrevivir era el odio.

Mi psicólogo también me decía que tenía que aprender a compartir. Compartir en el más amplio sentido de la palabra. No solo lo bueno, sino también lo malo. Me decía que había asumido una responsabilidad que no se me había obligado a coger, que había desarrollado una coraza de hierro forjado que no me permitía respirar libremente y que, por lo tanto, no dejaba que viviera tranquila. Que tenía que aprender a gestionar mi frustración, que no estaba de más pedir ayuda cuando las situaciones nos desbordan.

Que tenía que comunicarme, expresarme. Decir lo que sentía cuando lo sentía. Porque todas esas palabras que no dices se quedan atascadas en tu garganta y empiezan a hacer de tope para impedir que salga el resto.

Aprendí muchísimo durante esos tres meses de terapia.

Aprendí a perdonarme a mí, la primera. Porque no me veía con la capacidad suficiente de perdonar a nadie antes que a mí. Porque, aunque el dicho sea que para te quieran los demás tienes que quererte a ti mismo primero, también se aplicaba al perdón.

Exorcizar tus propios demonios te ayuda a ver con claridad el resto de las cosas.

Nadie es perfecto, ni tiene que serlo.

Y admitir eso es todo un paso.

Durante todo este tiempo me he mudado a casa de mi madre. Me instalé en mi antigua

habitación, que todavía seguía decorada con pósters adolescentes. Y, aunque el estilo no fuera acorde con mi edad, sentí mucha calma rodeada de los recuerdos de mi infancia.

También encontré entre esas cuatro paredes muchos momentos de angustia, porque hacía muchos años que ya no dormía allí. A veces, los recuerdos se hacían tan tangibles que parecía que se anudaban en mi cuello cortándome la respiración.

Pero también descubrí que dormir en tu casa de toda la vida siempre es bien. Que ahí siempre va a haber alguien que te quiere, que se preocupa por ti. Quizás mi madre y yo no hablásemos en el mismo idioma, pero la torre de Babel empezaba a desmoronarse por los cimientos.

Lloré mucho, reí mucho también.

Me encontré a mí misma entre mi madre y mi hermana, y descubrí que yo también podía ser cariñosa, que también podía ser divertida. Abracé mucho, y perdoné mucho también.

A mi madre, sobre todo.

Porque entendí que nunca tuvo la culpa. Porque si hubiera sido un cáncer lo que ella hubiera sufrido nunca la habría culpado por ello. Porque entendí que la depresión también es una enfermedad, y que no puedes hacer nada para evitarlo.

Una noche, en la que no encontraba consuelo, decidí que tenía que hablar con ella. Me levanté de la cama, me sequé las lágrimas con la palma de la mano, y fui hasta su habitación. Los suaves ronquidos de mi madre me hicieron sonreír. Eché a un lado las sábanas y me metí con ella en la cama. En contra de lo que esperaba, no se asustó. Supongo que en un estado de duermevela, mi madre me reconoció, y estiró un brazo para que me achuchara contra ella. Ella suspiró con satisfacción y me apretó en un abrazo. Me derrumbé porque comprendí cuánto daño le había estado haciendo negándome a dejarla entrar. La sensación me pilló por sorpresa.

—Mamá, yo... —Balbuceé, casi al borde del llanto otra vez.

—Calla, mi niña... ya lo sé. No te preocupes, mamá está aquí.

Y lloré desconsolada mientras abrazaba a mi madre como hacía años que no había hecho. Mientras sentía que ella me perdonaba por todo el daño que nos había hecho a las dos.

Hablé con Pepa, de su embarazo y de muchas cosas. Por primera vez, sentí envidia por ella. Estaba feliz, pletórica. Y en ese momento fui consciente de que nunca me había planteado la maternidad. Todavía no lo tenía demasiado claro, pero fue un pensamiento que me sorprendió porque fui consciente de nunca había pensado en ello hasta ese momento.

Dejé de trabajar para María. Ella no lo entendió, porque decía que hacíamos un gran equipo y era cierto, pero en ese momento no me sentía con fuerzas para seguir haciendo lo que estaba haciendo. De seguir trabajando en algo que ya no me llenaba.

Pensé mucho en Álex.

Lo busqué mucho por internet, reviviendo todo el trabajo que habíamos hecho hasta ese momento. Me hacía mucho daño, porque, por primera vez, pude ver la evolución en sus trabajos. Me di cuenta de que en cada uno de ellos iba perdiendo parte de su esencia, que se iba apagando como una vela que se consume con el paso del tiempo. Y me culpé mucho de ello, porque era yo la que lo había presionado para seguir haciendo aquello que no le hacía feliz. Porque, de verdad, pensaba que solo era una fase de agobio y que volvería a mí al poco tiempo diciendo que se había arrepentido.

También me dolía en el alma no haber sabido nada de él durante estos últimos seis meses. La última vez que había ido a su casa para recoger el resto de cosas que todavía quedaban por allí, él estaba trabajando. Había escrito una nota que nunca llegué a dejarle, porque me daba miedo decirle en ese momento muchas de las cosas que no había sido capaz de decirle a la cara.

En el fondo, me sentía como una cobarde que abandona la lucha antes de que empiece la

batalla. Porque sabía que la culpa de que se hubiera ido todo a la mierda era mía, porque nunca había visto mucho más de lo que mi ombligo me permitía, así que lo había perdido mientras me miraba la manicura.

Me dolía muchísimo todavía, pero empezaba a curarme poco a poco.

Eso también era parte de la terapia.

Aprender a querer sin que doliera.

## Capítulo 45

Julieta entra en mi habitación y me mira apoyada en la jamba de la puerta con cara de circunstancias.

—Tengo que decirte una cosa, pero me da miedo, porque no sé cómo te lo vas a tomar...

—Suéltalo.

La veo dudar.

—El otro día me encontré con Álex.

Mierda.

De repente, me pongo muy nerviosa. Tanto que hasta noto que se me acelera la respiración.

—¿Y qué te dijo?

—Pues... que ha conseguido terminar el programa y que va a hacer una presentación en un hotel para varias empresas esta noche.

Me cuesta tragar saliva.

Siento el orgullo crecer en mi estómago por que haya sido capaz de conseguir lo que se propuso.

—¿Vas a hacer algo? —me pregunta Julieta.

—¿Hacer algo? ¿A qué te refieres?

—Pues no sé, a ir a verlo...

—No. —Niego con la cabeza—. No puedo.

—Pero ¿por qué no puedes?

—Pues porque... —Me llevo una mano al pelo y lo echo hacia atrás—. Porque...

—Él te echa de menos, Ali. Lo sé.

—No sé si estoy preparada para verlo.

—Claro que lo estás.

—No, no...

Ella entra en mi habitación y se sienta a mi lado de la cama.

—Pensé que habías dejado de ser una cobarde.

—Joder, Juli. No seas tan dura... no soy una cobarde, solo es que...

—¿Qué puede ser lo peor que puede pasar? ¿Que os deis un abrazo? ¿Que os digáis lo mucho que os queréis?

—No, lo peor que puede pasar es que él ya no me quiera.

—Bueno, pero tienes que superarlo de una vez por todas. Tampoco puedes seguir así.

—¿Y si ni siquiera quiere hablar conmigo?

—Solo puedes descubrirlo si vas a verlo...

—Ay, dios... —Resoplo.

—Venga, vamos a escoger algo de ropa.

Cuando llego al hotel de la presentación, siento que me tiemblan las piernas. Mi hermana me ayudó a escoger un vestido negro sencillo con unos zapatos de tacón en color crudo. Hace bastante tiempo que no me visto tan arreglada y, en el fondo, me da un poco de vértigo. Me había vuelto a aficionar a las camisetas de algodón y a los vaqueros. Estar en casa gran parte del día es lo que tiene, que los vestidos de fiesta están sobrevalorados.

Siento las miradas de los hombres que están a mi alrededor, pero en lugar de hacerme sentir bien, me producen rechazo. No quiero que me miren. No quiero que nadie más que él me mire.

Entro en el salón donde se va a producir la presentación, y me siento en una silla al fondo. No quiero que mi presencia pueda desconcentrarlo, así que prefiero pasar desapercibida entre la muchedumbre.

Hay bastante gente ya hacinada en la sala, así que espero impaciente a que todo el mundo se siente y que Álex aparezca.

De repente, algo llama mi atención desde el fondo de la sala. Es como si mis ojos se hubieran convertido en imán y siguieran la trayectoria del metal.

Es él.

Lleva el pelo un poco más corto desde la última vez que lo vi y la barba más larga. Está impresionante, vestido con un vaquero oscuro y una americana azul marino. Algunas de las mujeres que están aquí lo miran con lascivia, y me dan ganas de huir.

No estoy preparada para un rechazo.

No estoy preparada para que me diga que ya ha pasado página y que ha conocido a otra.

Ni siquiera estoy preparada para ver cómo habla con otras.

Por dios, ¿pero qué cojones me pasa?

Respiro profundamente.

Vuelvo a hacerlo un par de veces más hasta que siento que el corazón vuelve a latirme a un ritmo normal.

Al cabo de unos minutos, cuando todo el mundo ya está en silencio, Álex sube a un pódium y empieza a hablar.

—Buenas noches a todos. Muchísimas gracias por venir. Mi nombre es Alejandro Cruz y hoy vengo a presentarles el trabajo al que le he estado dedicando los últimos dos años y medio de mi vida...

Continúa con su discurso durante al menos media hora más. Se apoya en material audiovisual que se proyecta en una pantalla detrás de él.

No comprendo todo de lo que habla, pero por primera vez entiendo la magnitud de lo que ha sido su trabajo.

Cuando termina, empiezan a aplaudirlo. Y yo, que siento un orgullo profundo y sincero hacia él, me uno a la muchedumbre aplaudiendo como la que más. Incluso me apetece levantarme y gritar BRAVO.

Después, comienza una ronda de preguntas. Algunas las personas que allí se encuentran empiezan a preguntar sobre el tema. Qué tiene de diferente con lo que ya existe. Por qué deberían confiar en él. Incluso hacen referencia a temas técnicos que yo no entiendo, pero veo que Álex responde a todas sus preguntas de manera confiada y desenvuelta, y yo vuelvo a sentirme henchida de orgullo.

Después de la presentación, tiene lugar un vino español. Tengo tentaciones de irme corriendo antes de que me vea, pero luego pienso que qué sentido tendría si no el haber venido hasta aquí, si luego voy a salir huyendo.

Me corrijo a mí misma después de pensar en eso, porque me doy cuenta de que sí que tendría sentido. Lo he visto triunfar, lo he visto desenvolverse a la perfección. Lo he visto brillar de nuevo y eso es todo lo que yo quería. Solo con eso ya me doy por satisfecha.

De todas forma, me camufló entre la gente. Me agazapo en mi copa de vino y me hago la escurridiza mientras lo observo hablar con diferentes personas.

Son muchos los que se acercan a él para felicitarlo, y me alegro de que las cosas le estén

yendo bien por fin.

Lo veo sonreír, incluso reír, charlar con el resto de la gente, y me doy cuenta de que eso es todo lo que me llevo de esto. No quiero volver a suponer un desequilibrio emocional en su vida. No quiero que nuestra relación termine por apagarlo.

Así que decido marcharme.

## Capítulo 46

No he dado dos pasos fuera del salón, cuando alguien me agarra con suavidad del brazo. No tengo que darme la vuelta para saber que es él. No solo por su voz, sino por la manera en la que responde mi cuerpo a su tacto.

—Ali... ¿eres tú?

Respiro profundamente antes de girarme y fingir una sonrisa.

—Hola, Álex.

Él me mira con el ceño fruncido.

—¿Qué haces aquí...?

—Ya ves. Alguien me había dicho que uno de los mejores informáticos de España iba a presentar su gran creación. —Lo miro a los ojos y sonrío—. No podía perdmelo.

—Julieta... —Niega con la cabeza, dibujando una leve sonrisa.

—Sí, Julieta.

—Le hice prometer que no iba a decirte nada.

—Tú, que la creíste... —Suelto una risotada.

—En el fondo, quería que te lo dijera. —Se acerca un poco a mí. Es solo un paso, pero se me corta la respiración—. Tenía ganas de volver a verte...

La manera en la que me mira me deshace. Sus ojos se anclan a los míos, y puedo ver a través de ellos un mar de sensaciones.

—Y yo me alegro de que lo hiciera. —Carraspeo un poco—. Te veo genial.

—Tú también estás muy bien. Te noto... distinta.

—Bueno, he estado trabajando un poco en ello. —Me encojo de hombros—. En... mí.

—Me alegro mucho. —Mira hacia la puerta, justo el sitio hacia donde yo me dirigía—. ¿Te vas ya?

—Sí, es que... —Pienso en una excusa para no distraerlo más tiempo del que ya lo he hecho—. He quedado.

—Ah, bueno, pues... no te entretengo. —Noto decepción en sus palabras.

—Ya nos veremos, Álex.

—Sí, ya nos veremos.

Paro un taxi a la salida del hotel.

Mientras nos movemos a través de las calles, no puedo dejar de pensar en que las cosas no tendrían que haber ocurrido así. Si hubiéramos seguido juntos, yo lo habría acompañado desde el principio. Me hubiera sentado en primera fila, orgullosa, y habría permanecido con él durante todo el proceso.

Me culpo a mí misma por no haber estado a la altura de la situación. Por no haber sido capaz de cuidar de lo que teníamos.

Cuando llego a casa de mi madre, me encuentro con mi hermana sentada en el sofá.

—¿Qué tal? —Se levanta y viene hacia mí corriendo cuando me siente entrar.

—Bien...

—¿Habéis hablado?

—Sí, un poco...



—¿Y cómo ha ido? ¿Habéis quedado otro día? ¿Os habéis dado el lote?

—No, Juli. No nos hemos dado el lote... y no, no hemos quedado.

—¿Por qué?

—Porque no, Julieta... todavía no es el momento.

—¿Y cuándo lo va a ser?

—Joder, si lo supiera... no estaría aquí.

—Y, entonces, ¿qué haces aquí?

Julieta tiene razón.

¿Qué hago aquí?

Necesito decirle todo lo que siento. Que sea él el que decida qué es lo que quiere hacer con mi corazón, cuando se lo entregue en la mano envuelto en un lazo rojo. Si quiere tirarlo al suelo, pisotearlo hasta dejarlo reducido a pequeños añicos, estará en todo su derecho.

Pero, si su decisión fuese darnos una oportunidad y nunca se lo pregunto, ¿qué hago yo si no con todo este amor dispuesto para él?

## Capítulo 47

Vuelvo a llamar a un taxi, y espero impaciente en el portal de mi madre a que llegue. No sé muy bien qué es lo que estoy haciendo. Supongo que, de una vez por todas, estoy empezando a escuchar lo que me dicen mis tripas y mi corazón. Y lo que llevan meses gritándome desgañitados es que tengo que decirle a Álex todo lo que siento.

No va a ser fácil, pero estoy convencida de que necesito hacerlo.

Dejar salir por fin todo lo que llevo dentro, todo lo que he estado intentando silenciar en los últimos meses.

Decirle por fin que estoy enamorada de él, que lo quiero, y que lo siento. Que si me porté como una egoísta de mierda fue porque estaba bastante podrida por dentro, pero que estoy trabajando en ello. Que ahora sé que hay cosas que tienen más importancia que otras, que no voy a volver a anteponer mi felicidad a la suya. Que ni siquiera la mía dependía de que él siguiera trabajando. Solo que me había acostumbrado a hacer las cosas sin pensar en nadie más que en mí misma, sin pararme a meditar siquiera si aquello era lo que me llenaba.

No significa que vaya a dejar de lado mis metas y mis aspiraciones, pero hay veces que hay que priorizar. Y mi prioridad en estos momentos es que él sepa todo lo que siento. Soy más que consciente de que puedo recibir una negativa. Es lo que merezco. Que me diga que ya no me quiere, que se ha olvidado de mí. Que le he hecho tanto daño que no va a ser capaz de perdonarme nunca. A pesar de todo eso, a pesar de estar casi al cien por ciento segura de que me va a decir que me vaya por donde he venido, tengo que sacarlo de mí. Exorcizar mis demonios, liberarme de la carga que estos sentimientos suponen para mi maltrecho cuerpo. Quiero que entienda que lo que siento por él es real, que siempre lo ha sido, aunque no haya sido capaz de demostrárselo con la fuerza suficiente.

Si volviera a empezar, lo haría todo distinto. Pero como no puedo, solo intento enmendar mis errores a base de limpiar mi conciencia. Y también mi corazón.

Cuando llega el taxi, no sé muy bien qué dirección decirle. Son más de las doce de la noche y no sé si Álex seguirá todavía en el hotel, o se habrá ido por ahí a celebrarlo. En su situación, yo hubiera ido directa a un bar a ponerme como una cuba, pero él no es así. O, al menos, no lo era durante el tiempo que estuvimos juntos. No creo que haya cambiado tanto, aunque jamás podría culparlo.

Decido ir a su casa.

No estoy segura de si estará allí, pero estoy dispuesta a esperarlo.

Llamo al telefonillo del portero automático. Nadie contesta, así que empiezo a plantearme si realmente esto ha sido una buena idea. Quizás tendría que haber esperado a mañana para mi declaración. No sé cómo reaccionará al verme a mí, ahí plantada. Solo espero que me deje hablar. Que no trate de justificar mi conducta. Que esté dispuesto a escuchar todo lo que tengo que decirle.

Decido esperar un rato.

Permanezco más de media hora esperando frente a su portal. De pie, sola, y con frío. Pero tengo que aguantar. En este momento, me planteo que, si fuera fumadora, ya habría hecho desaparecer media cajetilla.

Los nervios atenazan mi estómago, pero estoy dispuesta a hacer lo que sea. Tengo que sacar todo esto de mí. Lo necesito. La purga. Así es como lo llamo en mi cabeza. No es del todo romántico, pero supongo que la historia no va a tener un final feliz.

Suspiro, un poco desesperada.

Miro el reloj una vez más, y compruebo que son más de la una de la madrugada.

A lo lejos, veo cómo se acerca un coche oscuro. Las luces me ciegan un poco cuando se aproxima a la acera y para frente al bloque de pisos de Álex.

Lo veo bajarse, solo, y trago saliva. Aliviada por una parte, pero muerta de miedo por otra. Ya no hay marcha atrás. Tengo que decirle todo lo que siento.

Lo necesito.

Camina hacia mí con los ojos entrecerrados. No sé si porque todavía no me ha reconocido o por la extrañeza de encontrarme ahí.

—¿Alicia? —Su asombro es palpable.

—Hola, otra vez. —Sonríe un poco cohibida. Me encojo de hombros y pongo cara de circunstancias.

—¿Estás bien? ¿Ha pasado algo? —Se acerca a mí y me coge por los hombros, escrutando mi rostro, buscando en él algo. No sé el qué, quizás signos de daño.

—Tranquilo, estoy bien. Solo... —Cojo aire—. ¿Podemos hablar?

Él traga saliva. Su nuez sube y baja por su garganta. Asiente con la cabeza, mientras abre la puerta del portal y me hace un gesto para que entre con él.

Cuando llegamos a la casa, me bombardean mil recuerdos. Son como granadas de explosión masiva que colisionan contra mi pecho. Recuerdo muchas cosas... desde que llegué aquí por primera vez, la sensación de extrañeza y melancolía que sentía. Nuestra primera cena juntos, nuestra primera vez. La primera noche que dormimos juntos y la última... bueno, esa probablemente no sea digna de recordar.

—¿Vamos al salón? —pregunta él.

Asiento con la cabeza y lo sigo por el largo y estrecho pasillo hasta llegar allí. Me siento en el sofá, y él espera de pie unos segundos. Sin saber muy bien qué hacer con las manos.

—¿Quieres tomar algo?

—Mmm... un vaso de agua, por favor.

—Espera aquí.

Mientras Álex se va a la cocina, repaso con la mirada toda la estancia. Está prácticamente igual a cómo la dejé. Mucho más bonita y hogareña de lo que estaba cuando me mudé aquí por primera vez.

Me fijo en el mueble de televisión y veo una foto.

Mis pies deciden por sí solos echar a andar y la cojo.

Es una foto nuestra. No es más que un *selfie* que nos hicimos hará unos meses, un día cualquiera, tomando algo.

Se me llenan los ojos de lágrimas. Si no la ha quitado, quizás quiera decir que todavía no me ha olvidado, que todavía significo algo para él.

Lo siento detrás de mí, y me tenso. Vuelvo a dejar la foto en su sitio.

—¿Qué es lo que quieres, Ali...?

Suspiro y me giro hacia él.

—Yo, Álex... he venido a decirte muchas cosas.

Lo veo tensarse, tragar saliva con dificultad. Cojo el vaso de agua que sostiene entre sus manos y le doy un trago.

—¿Ahora? ¿Después de tantos meses? —No puedo evitar poner una mueca al ver el tono en el que lo dice, con un ligero resentimiento.

Me armo de fuerzas tomando aire por la nariz.

—Mira, Álex, yo... lo siento. Siento lo que pasó, cómo lo jodí todo. Siento haber sido una egoísta de mierda. Siento haber puesto por delante mis ambiciones. Siento no haberte escuchado. No haber hecho caso a mis instintos. Siento haberte hecho daño. Pero sobre todo, siento haberte perdido por no ser lo bastante valiente como para decirte que te quiero. Ni para quererte de verdad. Porque lo que sentía, y siento —me corrijo—, es tan fuerte que me da muchísimo miedo. Me daba muchísimo miedo. Porque me hacía vulnerable, y lo último que yo quería en la vida era parecerme lo más mínimo a mi madre. Pero da igual todo lo que haya querido, porque al final estuve en la mierda de todos modos. Conocerme es lo mejor que me ha pasado. Y joderlo contigo es lo peor que he hecho en toda mi vida.

—Joder, Ali... —Él respira profundamente.

—Ya sé que es demasiado tarde, que llego con meses de retraso. Pero necesitaba decirte que una parte de mí se ha quedado prendida contigo, aquí, entre estas cuatro paredes. Que ya nada me llena, ni siquiera mi propia casa. Quiero que sepas que he estado yendo a terapia. Y que estoy arreglando las cosas con mi madre. De hecho, llevo viviendo allí tres meses... —Sonrío—. No te cuento esto para que me perdones, solo... creo que necesitaba que lo supieras.

—No puedes llegar y esperar que olvide todo lo que ha pasado.

—Lo sé, de verdad. Pero bueno, necesitaba decirte lo mucho que te quiero. Porque nunca te lo dije y me arrepiento de no haberlo hecho. Porque, de verdad, nada merece la pena, ni siquiera mi trabajo, si no puedo compartirlo contigo.

—Puf... —Se lleva una mano al pelo, en ese gesto que tantas veces lo he visto hacer cuando está agobiado—. No sé qué decirte.

Siento que se me resquebraja un poco el corazón, pero también que me lo merezco. Porque no se puede pretender que una persona espere por ti meses, cuando eres tú la que lo ha jodido todo, cuando eres tú la que tiene que dar el paso para volver.

De todas formas, trago saliva y me obligo a sonreír.

—No digas nada. Ya sabía que podía pasar, ¿sabes? No te lo he dicho para que hicieras nada, solo necesitaba que lo supieras.

Camino hasta él. Me pongo de puntillas y le doy un beso en la mejilla.

Aprovecho para respirar un poco, recordar el aroma de su perfume y de su piel.

—Gracias, Álex. Por todo.

Echo a andar hacia la salida, sintiéndome liberada por primera vez.

También estoy hecha polvo, porque en lo más profundo de mi ser esperaba que él me dijera que también me quería, que podíamos empezar de cero. Pero supongo que esto es lo que merezco.

A veces, da igual la forma en la que quieres que ocurran las cosas. Ellas mismas deciden el camino que van a seguir.

—Hasta la próxima, Ali. —Y, de nuevo, como la primera vez que nos vimos en el Limón y medio, esa frase me suena a promesa.

Me giro una última vez antes de salir corriendo de su casa.

## Capítulo 48

Se puede vivir con el corazón roto.

Duele. Cuesta. Pero se puede. Aunque no es fácil.

Lloras. Mucho.

Ríes. A veces.

Pero, sobre todo, entras en un bucle autodestructivo que te hace recordar de manera constante todos los momentos felices que viviste con la persona a la que amas. Y, lo peor, te culpas a ti mismo por no haberlos disfrutado todo lo que deberías en su momento. Por no haber aprovechado cada oportunidad que tenías al alcance de la mano. Por ser como todo el mundo, cuando esa frase hecha cobra sentido. “Nunca sabes lo que tienes hasta que lo pierdes”. Y qué razón tiene.

Cuando me monto en el taxi de vuelta a casa de mi madre, se me escapan un par de lágrimas. En parte, son lágrimas de felicidad, porque he aflojado el nudo que tenía atado a la garganta. Aquel que no me dejaba hablar. Aquel que parecía apretarse cada vez que las palabras importantes se acercaban a la lengua.

Cojo aire por la nariz y lo dejo escapar por la boca.

Mi estómago va recuperando su estado habitual, ese en el que no está burbujeando de manera constante, y suspiro.

Supongo que eso es todo.

Al final, el cuento ha llegado a su fin.

Cuando llego a casa, la encuentro silenciosa. Dejo los zapatos de tacón en la entrada, y camino con cuidado hacia mi antigua habitación.

Me sorprende al encontrar a mi hermana dormida en mi cama.

—Juli... —Intento despertarla con cuidado.

—¿Ali? —Ella parpadea un par de veces antes de incorporarse—. ¿Cómo ha ido?

—Bueno, le he dicho todo lo que sentía... —Comienzo a desabrocharme el vestido y a desnudarme para ponerme el pijama.

—¿Y? —La mirada de mi hermana está llena de esperanza.

—Y nada, me ha dicho que por qué se lo decía ahora. —Me encojo de hombros, con resignación, después me pongo la camiseta.

—Te llamará. —Julieta sale de mi cama y viene hacia mí, para abrazarme.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

—No creo, Juli... me parece que él ya lo ha superado.

—¿Estás de broma?

—No, Juli, no estoy de broma.

—Ya lo sé, imbécil, pero sé de primera mano que él no lo ha superado.

—¿Por qué lo tienes tan claro?

—Bueno, pues... —Ella suspira y pone una cara rara—. Hemos estado hablando...

—Ya, eso lo sé. Fue él el que te dijo lo de la presentación de esta noche, ¿no?

—Sí, pero quiero decir que... hemos estado hablando durante todos estos meses.

La miro con preocupación, pero ella sigue hablando.

—Sé que ha estado hecho polvo sin ti, Ali. Él te quiere, pero te tiene miedo...

—¿Miedo? —Abro los ojos como platos—. ¿De mí? ¿Por qué?

—Hombre, pues porque le has roto el corazón.

La miro en silencio sin saber qué decir.

Tiene razón.

Asiento, cabizbaja y me voy al baño para desmaquillarme y echarme mis cremas. Cuando vuelvo a mi habitación, Julieta sigue sentada en mi cama.

—Ali, se va a arreglar. —Hace un gesto para que me siente a su lado de la cama. Voy hacia allí y apoyo la cabeza en su hombro.

—¿Tú crees?

Ella sonrío, y pasa un brazo por encima de mi hombro para darme un apretón en el brazo.

—Estoy segura.

## Capítulo 49

A la mañana siguiente, despierto con una sensación de resaca. Sé que no se debe al alcohol, porque una copa de vino no es lo suficiente fuerte como para dejarme estas secuelas.

Me levanto con un quejido, arrastrando los pies por el pasillo hasta llegar al baño. Me miro en el espejo. Tengo un aspecto terrible. El pelo está totalmente revuelto, y los ojos enrojecidos y amarrotados de lo poco que conseguí dormir.

Cuando voy a la cocina a desayunar, me encuentro con mi hermana. Está vestida, bebiéndose un café y con una sonrisa enorme en los labios.

—¿Qué pasa? ¿Por qué estás tan contenta?

—Nada, cosas mías...

Me encojo de hombros. Si quiere contármelo, lo hará. Y si no, también. Esta chica es incapaz de guardar un secreto.

La miro de reojo mientras me preparo el desayuno, y ella continúa sonriendo hacia su teléfono móvil.

—Pero ¿con quién hablas? —Empieza a picarme la curiosidad.

—Con nadie, pesada. —Ella suelta una risita.

Me siento a su lado, tratando de mirar por encima de su cabeza para ver la conversación del móvil, pero justo cuando estoy a punto de verlo, apaga la pantalla y se levanta de un salto.

—¿Me acompañas luego a hacer unos recados? Tengo que ir a comprar un libro para la universidad...

—Vale... —La miro con ojos entornados, y ella vuelve a sonreír.

—Venga, date prisa. Te quiero lista en media hora.

Termino mi desayuno con una protesta.

—Joder, vaya con la niña. Ahora tiene prisa...

—Venga, venga... —Julieta me da unos empujoncitos en la espalda, lanzándome hacia el pasillo.

—Juli, ¡ten cuidado!

Ella suelta una risotada y se sienta en el sofá.

Me doy una ducha rápida y me visto.

La acompaño a una librería donde, efectivamente, compra un libro para la universidad. Siento un atisbo de decepción. En mi fuero interno supongo que tenía la esperanza de que todo esto tuviera algo que ver con Álex, aunque ahora me doy cuenta de que no.

Caminamos por las calles de Madrid, y me pide que la acompañe también a mirar un par de tiendas que están cerca de mi casa. Ella se compra un par de camisetas que, para mi gusto, son horribles, pero sé que en ella quedarán genial. Nunca antes me había planteado la manera que tienen las personas de hacer que algo que, a priori, te parece feo se transforme en algo bonito. Julieta tiene esa capacidad. De hacer que algo que me horrorice termine por encantarme.

—Tengo sed —se queja ella después de mirar un par de tiendas más.

Camina con paso decidido hacia una calle próxima a la mía.

Una calle que conozco demasiado bien, porque me pasé muchos meses yendo por allí.

Ve el cartel de la cafetería antes de asimilar lo que eso significa.

El Limón y medio sigue siendo uno de esos lugares en los que encuentras la paz rodeada de olor a café recién hecho y bollería casera.

Siento algo de reticencia a entrar, porque no sé si estoy preparada para revivir todo lo que pasé entre esos muros, pero Julieta no me da tregua. Me coge de la mano y tira de mí para que entremos dentro.

Las campanillas sobre la puerta tintinean como siempre. Cuando traspasamos la puerta, mi mirada se dirige directamente hacia la barra, donde veo a un chico al que no conozco secando unas tazas.

Siento la decepción colándose entre los rincones de mi estómago, pero en el fondo también me tranquilizo, sabiendo que no tengo que enfrentarme de nuevo al rechazo de Álex.

Sin embargo, algo llama mi atención desde el fondo del local.

Mi mesa de siempre, la que solía utilizar cada una de las mañanas que venía aquí, está ocupada.

Un chico al que conozco demasiado bien, que hace que mi corazón empiece a latir desbocado, está sentado en la mesa, bebiéndose un café tranquilamente.

Cuando siento que lo miro, levanta la cabeza y sonrío.

—Venga, vete a hablar con él. —Julieta me empuja hacia allí, de modo que no tengo muchas más opciones que caminar hacia Álex.

Cuando llego a su mesa, él se levanta y hace a un lado la silla frente a la suya para que me siente. Cuando lo hago, vuelve a sentarse y dibuja una sonrisa en su rostro.

—Hola, me llamo Álex. Siento si esto te parece un poco raro, pero creo que acabo de sufrir un flechazo al verte. ¿Te gustaría quedar un día para tomar algo?

Sonrío como una idiota.

—Hola, me llamo Alicia. Me encantaría tener una cita contigo, Álex.



## Capítulo 50

### Álex

Fuimos una montaña rusa.

Desde el primer momento.

Alicia llegó a mi vida un día cualquiera para ponerla patas arriba, sin pedir permiso ni perdón. Desde la primera vez en que mis ojos se posaron en ella, supe que aquello iba a suponer un antes y un después.

Flechazo lo llaman algunos.

No sé lo que fue. Solo que, la primera vez que la vi, me quedé sin aire y sin latidos durante un par de segundos.

*Pum, pum, pum.*

Cuando sentí que mi corazón volvía a latir, me acerqué a ella. Su ceño fruncido, su forma de transmitir que estaba fuera de lugar, como si nunca hubiera estado en un sitio como ese, me hizo sonreír.

Quería volver a verla, todos los días. Necesitaba desdibujar con la yema de mis dedos las arrugas de su frente, quería colocar en sus labios la preciosa sonrisa que había comprobado que tenía. En ese momento, hubiera hecho cualquier cosa por conseguirlo. Y lo hice.

Renuncié a una parte de mí que había dejado atrás hacía años solo por tener una excusa para formar parte de su vida.

Y desde ese día, mis pensamientos y mis sueños fueron suyos. Sin hablar con ella, siquiera. Nunca había sido irracional hasta que la conocí. Con lo que a mí me gustaba la practicidad y el raciocinio. Todo se descompuso en el momento en que nuestras miradas se cruzaron.

Flechazo... qué sabrá la gente. Eso fue una explosión masiva. Un cataclismo de sentimientos. Un volcán en erupción.

Pero ella no quería que las cosas fuesen tan fáciles. Me parecía bien. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de conocerla. Poco a poco. Mucho a mucho. Lo que ella quisiera.

Y, al final, todo fue de poco a mucho de manera desordenada. Nos perdimos en nosotros porque quizás ninguno estaba preparado para llegar más lejos. Porque los dos nos queríamos mucho y poco a la vez, tanto a nosotros mismos como al otro, y necesitábamos poner en orden las cosas.

Sus bártulos en mi casa desaparecieron de un día para otro, como habían llegado, y me quedé hecho una mierda. Porque, al igual que ella, no estaba dispuesto a renunciar a mí mismo, pero sabía que se lo había entregado sin quererlo. Así que, con sus cosas, se fue parte de mí también, y me quedé otra vez solo.

No la echaba de menos porque no me gustara mi soledad. La echaba de menos porque adoraba estar solo, pero con ella. Porque la soledad es un estado de ánimo y no una circunstancia, y desde que la conocí no me había vuelto a sentir así.

Hasta que se fue, claro.

Y me vi a mí mismo en una situación que pensé que no me vería jamás. Implorando al aire que recapacitara, que volviera a ser la persona que yo creía que era, la que me daba más y me quitaba

menos. Aquella capaz de hacerme sentir el ser más completo del mundo.

Pero todo lleva su tiempo.

Y ella necesitó mucho.

Como no quería hablar con ella, lo hice con su hermana. Julieta era un ser lleno de luz, que quería a Alicia mucho más de lo que debería, y estaba preocupada. Porque ella intentaba levantar cabeza, pero no podía. Había algo que le faltaba. Y yo quería creer que ese algo era yo, pero no podía presionar. Así que le di más tiempo. El que ella necesitase.

Hasta que por fin llegó el día.

Y yo no supe qué decir.

Porque, en el fondo, me había hecho daño. Tenía miedo de volver a sufrir, aunque sabía que sin ella lo haría mucho más.

Así que volví a renunciar a mí mismo, pero esta vez a la parte que me frenaba. A la que me hacía dudar de ella y de mí, y de nosotros. Decidí que, si esta era la aventura de mi vida, iba a vivirla con plenitud. Sin casco y sin manguitos.

A lo loco.

De todas formas, ya lo estaba por ella.

Así que... ¿qué era lo peor que podía pasar?

## Epílogo

El amor no es fácil. La vida tampoco lo es. Pero estoy segura de que la vida sin amor sería todavía mucho peor.

Supongo que a todo el mundo le cuesta admitir sus debilidades. No es fácil afrontar aquello que te hace ser vulnerable, que te abre en canal y deja expuestas partes de ti que no quieres que nadie conozca.

Pero la vida, sin compartir esas partes blandas, se convierte en un sinsentido.

Mi historia con Álex ha tenido y tendrá sus altibajos, como todo. Porque lo que no te hace sentir, no te deja vivir. Porque si no subes y bajas, no sabes lo que te pierdes.

Hace tres años mi vida cambió para siempre.

En un abrir y cerrar de ojos, todo aquello por lo que había luchado con uñas y dientes se vino abajo y solo hubo una persona que me ayudó a resurgir de mis cenizas, como un Ave Fénix. Y esa persona fui yo misma.

Responsabilizar al resto de la humanidad de mis desgracias, de mi ineptitud por no cumplir con las expectativas de lo que yo me había autoimpuesto, no funcionaba.

Tuve que caer desde un rascacielos emocional y pegarme un gran golpe contra el suelo de la realidad para darme cuenta de que aquello que creía que me hacía feliz, en verdad, era una ilusión.

Pero gracias a todo ello, pude poner en su sitio todo lo que importaba.

Después de nuestro reencuentro en el Limón y medio, Álex y yo decidimos empezar de cero. Teníamos que solucionar algunas cosas todavía, como la confianza que ambos habíamos perdido en el otro, pero decidimos tomárnoslo con calma. Aprendimos a conocernos bien, como deberíamos haber hecho. En lugar de empezar la casa por el tejado, comenzamos construyendo cimientos sólidos en la base, piedra a piedra.

Él había logrado por fin su sueño. Y yo todavía estaba buscando el mío. Pero aquello suponía que podíamos emprender juntos un camino emocionante, en el que dejábamos hueco para sentir todas las emociones que teníamos que sentir.

Empezaba a aprender a no reprimir mis sentimientos. Procuraba dejarme llevar un poco más, porque me había dado cuenta de que era yo la única que se obligaba a refrenarse. A echar marcha atrás cuando sentía que las cosas se ponían un poco serias o profundas.

Después de varios meses de citas continuas, de largas llamadas de teléfono por la noche cuando nos echábamos de menos, nos dimos cuenta de que aquello no tenía sentido.

Ya habíamos vivido juntos durante casi un año y sabíamos de qué pie cojeábamos los dos. Así que me mudé al piso de Álex justo cuando hacía dos años que había ido allí la primera vez. Decidimos que su casa era la nuestra porque ambos sabíamos que allí era donde se había cocido todo, donde habíamos empezado a gestar lo que sentíamos en ese momento.

No fue fácil porque también había sido el lugar del declive, pero ya no tenía miedo de que volviera a ocurrir.

Esta vez estaba segura de que todo iba a salir bien.

En el ámbito profesional, me di cuenta de que la representación ya no era lo mío. En algún punto por el camino había dejado de parecerme emocionante, y no quería seguir haciendo las

cosas por inercia.

Pero a mí me gustaba el tema de la publicidad, todavía sentía que me emocionaba al formar parte de las campañas, así que decidí retomar aquello que había estudiado en la carrera e hice un máster en Publicidad. Gracias a la ayuda de Álex, formé una pequeña empresa online que apostaba por campañas pequeñas, de marcas emergentes, y el reto que suponía empezar algo de cero, hacerlo mío y a mi gusto, me encantaba.

Por primera vez en la vida, me di cuenta de que me sentía plena. Tenía un trabajo que me encantaba, tenía un novio que me quería y por fin, mi situación familiar volvía a estar donde debía estar.



Me recuesto sobre el hombro de Álex, mientras vemos la televisión un día cualquiera, después de un largo día de trabajo.

Suspiro de satisfacción al ser consciente de que esto es lo que de verdad me hace feliz. Da igual cómo de duro sea el día, siempre que está a punto de terminar, puedo sonreír al darme cuenta de que todo es mucho más sencillo cuando lo tengo a mi lado.

Él pasa un brazo alrededor de mi cuello y me aprieta contra su costado. Deja los labios contra mi sien, mientras yo me arrebujó contra él como un gatito, casi ronroneando.

—Te quiero, ¿sabes? —dice con los labios todavía pegados a mi pelo.

Sonrío.

—Yo también te quiero.

Poso mis labios contra los suyos y dejo que mi beso complete el sentido de mis palabras.

Fin

## Agradecimientos

Como siempre, esta es una de las partes más complejas a la hora de escribir un libro. Y no porque no se te ocurran personas a las que agradecer que hayan formado parte de alguna manera o de otra del proceso, sino por el miedo a que te puedas dejar en el tintero a alguien importante.

Empezaré por mis padres, que, como siempre, son un pilar fundamental en mi vida y me apoyan en (casi) todo lo que hago. Muchas gracias a los dos. Os quiero.

Me gustaría agradecerse a mis amigas Elena, Yanel, Carolina, Lucía, Tania, Andrea y María. Sois mi público más fiel. Si no os tuviera a vosotras, muchas de las situaciones que ocurren en mis libros no serían posibles.

También a Patricia Bonet y Abril Camino, por leerme por fascículos y darme vuestras más sinceras opiniones. Muchas gracias.

A Mario, mi mejor amigo. Si entiendo de qué va esa cosa llamada amor es gracias a ti. Por ser y por estar siempre. Te quiero.

Y, cómo no, a todos los lectores que hacen posible que esto tenga sentido. Muchas gracias a todos.

# Biografía

Carlota Laupani (Santander, 1991) durante muchos años creyó que la literatura era solo una asignatura escolar que estudiaba por obligación. A ella le apasionaba la biología, no los libros.

Sin embargo, cuando años más tarde descubrió por casualidad historias maravillosas a través de las novelas, leer pasó a ser una pasión. No tardó en darse cuenta de que su género favorito era la novela romántica y que le absorbía todo su tiempo libre.

De repente, las historias narradas entre las páginas comenzaron a inspirarle las suyas propias, hasta culminar con la publicación de sus dos primeras novelas, Codo con codo y Cara a cara, pertenecientes a la serie Elena.

Actualmente, intenta compatibilizar su vida profesional en el mundo de la investigación biosanitaria con sus dos pasiones, la escritura y la lectura.

Sígueme en redes sociales para no perderte ninguna novedad:



Carlota Laupani



Carlota\_laupani



Carlotalaupani